AÑO IX MAYO DE 1915 NÚM. 73

NOSOTROS

NUESTRA TERCERA ENCUESTA

LA GUERRA EUROPEA Y SUS CONSECUENCIAS

Damos a continuación las últimas contestaciones a nuestra encuesta sobre la guerra europea y sus consecuencias: (1)

Del señor Osvaldo Saavedra

Señores directores de la revista NOSOTROS: Invitado a colaborar en la encuesta iniciada por esa revista sobre la guerra y sus consecuencias, me considero moralmente obligado a corresponder a esta distinción a pesar de las vacilaciones que me sugiere la intensidad de su cuestionario.

Pregunta esa revista:

¿Qué consecuencias entrevé usted para la humanidad como resultado de esta guerra?

¿Qué influencias tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos, y especialmente de la República Argentina?

Esta interpelación suscita en mi espíritu una serie de reflexiones que deseo anotar como filosofía de los hechos, antes de llegar a las conclusiones a que conducen.

(1) Véase las demás contestaciones en los números 70, 71 y 72 de NOSOTROS.

La paz es el estado normal de la humanidad, pero los distintos grados de cultura, las diferentes organizaciones políticas, los limitados dominios geográficos, las creencias que la educación fomenta en los pueblos, la diversidad de intereses individuales y colectivos, la codicia de los hombres y las arrogantes susceptibilidades del patriotismo, predisponen a la guerra y alimentan cierta propensión a resolver por la fuerza las dificultades que no encuentran solución fácil y razonable en la diplomacia.

Por eso en medio de los horrores que presenta la colosal tragedia europea, todas las naciones neutrales siguen preparándose para caer en la misma obra de matanza y devastación si las circunstancias lo deciden.

Las naciones neutrales podrían imponer la paz a los beligerantes negándoles los elementos con que sostienen la guerra, pero eso importaría posponer los intereses comerciales a los sentimientos humanitarios. La sensibilidad humana no llega a esas abnegaciones. Sobre las sensiblerías de los pacifistas están las conveniencias nacionales, la razón de estado, todo lo que ya está escrito y consagrado para casos semejantes.

¿Cómo remover y sustituir las sanciones del pasado, la historia y los precedentes, las doctrinas y el derecho, las creencias y las costumbres por absurdas que parezcan?

Todo eso pesa demasiado, es una montaña de siglos superpuestos. Es más difícil cambiar las ideas heredadas que las corrientes de los ríos. Las ideas son el móvil del hombre, quien va donde ellas lo impulsan, lo hacen soldado o apóstol. Las ideas gobiernan la humanidad, el hombre es un instrumento de lo que piensa y quiere la sociedad. La paz armada es un tejido de la civilización mundial hecho con las ideas de todas las naciones. Está fundada y afirmada en la constitución psicológica de la humanidad actual. Para llegar a un pacifismo estable habría que deshacer este orden de ideas y rehacerlo con otras contrarias. (1)

---

(1) En los momentos en que me ocupo de desarrollar esta tesis encuentro en *La Prensa* del 1.° de Abril una correspondencia de Ramiro de Maeztu que comenta un libro de Mr. Norman Angell en el que el autor inglés trata de demostrar que esta guerra se debe a una falsa filosofía abogada por profesores y escritores teóricos. Si los militaristas teóricos — dice — se convierten en militaristas prácticos, solo en virtud de su teoría, parece también lógico que los pacifistas teóricos se vuelvan igualmente pacifistas prácticos, sólo en virtud de sus ideas. Luego cambiando las

Por ahora le hacen pensar al hombre que es bueno tener nación grande y fuerte y morir por la patria.

Sin embargo, no le demuestran que el hombre sea más feliz que en una nación pequeña y modesta.

Pero si la guerra parece inevitable en la vida de la humanidad, no es difícil cultivar y mantener la paz.

Pasa entre las naciones lo que ocurre entre los hombres, que el respeto recíproco depende de su cultura y concesiones mutuas.

Entre los hombres es insufrible el prepotente, se le somete, se le domina o se le excluye. Del mismo modo molesta entre las naciones la que pretende la hegemonía en su núcleo. Hay que vencerla, hay que reducirla. La nación dominante es vejatoria de las que forman sociedad con ella. Me refiero a la dominación altanera y agresiva. Porque hay dos formas de superioridad: la intelectual y material, la que cautiva y la que obliga, la que persuade y la que impone, la política y la militar, la inglesa y la alemana. El empleo de una u otra de estas formas en la vida de las naciones depende del espíritu predominante en la clase dirigente, y sobre todo en el jefe del estado. Si es militar o militarista el país está abocado a grandes peligros, porque es una amenaza para las otras naciones. Allí está el prepotente que es necesario anonadar, allí está el que ofende, el que hiere, el que subleva, allí está el Kaiser en quien se refunde la soberbia militar de toda una dinastía de siglos.

Si en el mundo prevaleciese la casta militar, la civilización no sería más que un breve armisticio. El militar ofende hasta con su manera de mirar, quiere retar al mundo, le está perdonando la vida. No es que tenga la intención de hacerlo, al con-

---

opiniones sobre la guerra se cambian también los sentimientos. Los pacifistas teóricos serán también pacifistas prácticos.

Esta es la tesis de Mr. Norman Angell.

Tal vez hará recordar que el cristianismo es la idea contraria de la guerra.

Pero la prédica del cristianismo como doctrina de amor y de piedad es insuficiente para formar escuela, porque le resta seriedad la fruslería del dogma religioso con su cortejo de milagros, maravillas y actos sobrenaturales. La exageración ha creado los incrédulos, que ya son más que los creyentes. La teoría del pacifismo puede y debe ser esencialmente práctica y llegar a demostrar que las luchas económicas, la conquista, la colonización, el imperialismo, en fin, no compensan los gastos de la paz armada ni las desdichas de la guerra, y que la grandeza del estado no hace más feliz al simple ciudadano.

trario, se empeña en ser culto y siempre es caballeresco, pero el espíritu que se le ha inculcado le imprime esa expresión ya imperiosa, agresiva o desdeñosa. Ese espíritu es su fuerza y su valor, lo hace susceptible y peligroso como una arma cargada. El militarismo se ha empedernido en la barbarie de sus códigos violentos, y de ahí que pugne con la dignidad democrática del ciudadano moderno. El militarismo, en su conjunto histórico, a despecho de sus gentiles jefes, es una brutalidad anacrónica, que con su índole despótica inutiliza a sus propias personalidades para el derecho y para la justicia, porque el ambiente en que se desarrolla el militar es más fuerte que las delicadas sutilezas jurídicas.

El Kaiser, pasando ultimatums bélicos, es un Quijote insano repartiendo mandobles.

¿Ese furor de vendaval es fruto de su genio?

No, el Kaiser es poeta, músico y escritor.

Su estallido trágico y fatal es la explosión de su espíritu militar acumulado en una herencia legendaria de guerras, invasiones y despojos, herencia acrecentada en su pueblo como una tiranía de ideas de la que el primer esclavo es el mismo soberano.

Hay que democratizar el militarismo, hay que amansar su valentía nerviosa.

El espíritu pacifista, mucho más moderno, también ha de dar su sucesión tranquila y respetuosa y ha de llegar a desnaturalizar el espíritu militar.

Será uno de los efectos de esta guerra, bien que de lento desarrollo.

Particularmente en los países democráticos ha de cambiarse, paso a paso, la legislación de cuartel, asimilándola al régimen civil, y ha de verse en un técnico militar a un empleado de gobierno, cumplido y solícito, con clara noción del respeto que se debe al soldado, porque ese soldado es un hombre del pueblo, fuente de todo poder.

El pacifismo no hay que esperarlo del espíritu de los estadistas ya hechos, porque está imbuído de la idea de la guerra. La paz hay que plantarla en el alma de los niños como noción de justicia y desprendimiento. Debe prender de semilla arrojada en el seno moral de la infancia por un partido político que reniegue de las tradiciones guerreras y conquiste la educación de las nuevas generaciones con tendencias pacifistas. El niño es una pá-

gina en blanco que se llena con lo que le dicta la sociedad. Mientras los padres, los gobernantes, los maestros y la sociedad le enseñen esas ideas que un día u otro motivan la guerra, no podrá decirse que la paz será duradera. Si se enseñase a odiar la guerra como se odia el crimen, si se adoptase una policía contra la guerra como existe contra los crímenes individuales, si comerciar con la guerra fuese un deshonor como son otros tráficos perniciosos, y si esta enseñanza la adoptase el conjunto de las naciones civilizadas, probablemente se arraigaría el sentimiento de la paz al cabo de una serie de generaciones.

Este ideal que hoy parece un lirismo es factible por medio de la labor mental en los nuevos ciudadanos. Tanto deciden las ideas inculcadas desde la niñez, que independientemente de la sugestión de la guerra recibida *ab initio,* el pueblo alemán está mecanizado para una guerra de dominio mundial, que le va fracasando por lo mismo que es una obsesión, porque las ideas fijas no son sanas ni inteligentes. La guerra está evidenciando que el hombre es un autómata del Estado. Si alguno pretendiera — dice Max Nordau — reclamar sus derechos de hombre y de ciudadano, afirmar su autonomía moral, su dignidad humana y la soberanía de su personalidad, sería considerado como un loco o como un malhechor. Si se negara a aceptar y a aprobar la política de su gobierno, sería declarado rebelde y condenado a trabajos forzados. Si dijera: "Me niego a batirme, estáis locos de atar, yo conservo mi razón, no quiero destruir nada ni matar ni morir", se le fusilaría inmediatamente después de deshonrarle como a un traidor y un cobarde.

Se ve, pues, que el problema de la paz se complica mayormente porque los gobiernos son más fuertes que los pueblos, y es que los pueblos carecen de pensamiento uniforme. Por eso tienen que obedecer contra su voluntad las órdenes de los pocos que los mandan. Para salvarse de la guerra deben aunar la idea de resistirla, con más razón las democracias. En las monarquías, por su origen divino, se explica el que los pueblos deban marchar ciegamente a matar y morir cuando los manda su soberano, símbolo de Dios, pero en los países democráticos, donde el soberano es el pueblo mismo, y el gobierno un simple mandatario, puede dificultarse la guerra, por medio de trabas de orden constitucional como sería la prescripción de un plebiscito previo. Cuando se delibera mucho no se pelea. La guerra es una precipitación de

la altivez. Los pueblos republicanos no deben delegar en sus gobernantes la facultad de declarar la guerra porque ella importa la de disponer de la vida, la familia y la patria. Es el pueblo mismo el que debe decidir esos sacrificios, salvo el caso de invasión, que importa una injuria real, deshonrosa, que obliga a la defensa, y por consiguiente la guerra es sobreentendida, no hay que consultarla.

Pero no hay que creer en la paz perdurable de las naciones. La humanidad está educada en la codicia, que entraña el egoísmo, la perfidia, la asechanza, la agresión y el despojo.

Sin embargo, si fraternizan las especies más antagónicas, si se encauzan las corrientes más impetuosas, bien pueden conciliarse las pasiones y los intereses de los hombres. El momento de las conmociones profundas es propicio para las determinaciones que podrían evitar su repetición. Como todos estamos consternados ante la matanza y la devastación, tal vez este estado de ánimo tenga la influencia de que se legisle el crimen de la guerra y se cree la justicia internacional que reprima a las naciones culpables. Este tribunal ya existe para los pequeños Estados, y no es imposible que la asociación neutral pueda imponerse a los más fuertes.

La influencia moral y material de la guerra en estos países de América y particularmente en la República Argentina, ha de ser un reflejo de la que se produzca en Europa, porque siguen su ejemplo y carecen de pensamiento propio. Han copiado la paz armada sin comprender todo su sentido originario, por puro espíritu de imitación, y así se ve que alguna de estas naciones está pretendiendo la hegemonía en su grupo, inducida por el celo exaltado de algunos gobernantes que la han llevado a la ruina armamentista y a provocar la antipatía que suscita toda pretensión de supremacía. Esta política bélica ha de ser ruinosa para la nación que quiera prevalecer y ha de rodearla de enemigos solapados.

Lo único que podría justificar el que se armasen estas pequeñas naciones, sería una política americana solidaria para secundar la doctrina Monroe, que es la que ha sostenido y sostiene la independencia y la integridad territorial del resto de las naciones americanas, expuestas a la colonización europea.

Europa se encuentra en esta alternativa: o contener su crecimiento o espaciarse conquistando. Europa no produce su ali-

mentación, tiene que integrarla adquiriéndola en otros continentes en cambio de sus manufacturas, pero este intercambio debe disminuir a medida que la civilización se difunda. América no ha de comprarle indefinidamente a Europa. Europa está destinada a vivir de sus rentas como un negociante retirado, en eterna discusión con sus copartícipes, por su mala fe histórica, o a lanzarse en aventuras de conquista sobre las naciones débiles. Esto importa decir que el enemigo de América está en Europa. Todas estas naciones tienen territorio de sobra y riquezas suficientes para decuplicar su población: no puede haber rivalidades de orden económico entre ellas.

¿Para qué armarse si no es para una alianza defensiva detrás de Estados Unidos? Porque ni siquiera tendría sentido esa alianza si no se colocara a vanguardia el coloso del norte.

La guerra moderna enseña con la exactitud de la ciencia, que no tiene objeto el armarse si las fuerzas no son proporcionales. Hay que tomar por base un poderío positivo y seguro. La estrategia es de aplicación eventual. El armamento de las pequeñas naciones sólo sirve para excitar su bravura e inducirlas al desastre. Las naciones débiles no tienen más defensa ante el mundo que el respeto que les reconoce el derecho internacional. Se dirá que es preferible morir a ser ultrajado. Es asemejar demasiado la existencia nacional a la vida individual. Eso sería más admisible si las entidades abstractas pudiesen morir por su honor, pero no mueren, sólo consiguen evidenciar su inferioridad. Bélgica impone respeto, simpatía, compasión y homenajes, pero su pobre pueblo pensará que no estaba obligado a jugarse en la contienda.

Como el poder nacional es una fuerza relativa, y dado que no basta contra los más fuertes, sólo puede dar la satisfacción de intimidar a los más débiles, de manera que una pequeña nación que gasta cincuenta millones anuales en mantener su paz armada, sólo está en condiciones de atemorizar a las naciones inermes, como quien hace cucu a los chicos.

Podrá argüirse que todas las naciones europeas son desiguales y sin embargo están armadas.

Es que allí se busca el equilibrio en las alianzas, y para eso cada una debe contribuir con su cuota de fuerza armada.

En Sud América la nación que pretenda la supremacía ha de provocar una alianza equivalente en contra de ella. El equilibrio es

indispensable. En pequeño pasará aquí lo mismo que en Europa. Acabamos de ver que a los dreadnoughts argentinos ha respondido el presidente uruguayo con un vasto proyecto de militarización y un magno plan de fortificaciones. Olvida ese presidente, a pesar de ser un hecho notorio, de que las naciones pequeñas no pueden defenderse de las más fuertes, y comete la imprudencia de preparar la suya para desaparecer heroicamente como Bélgica en una resistencia estéril, si por acaso — lo que felizmente es muy remoto — ocurriese una guerra entre las dos naciones a las cuales la uruguaya sirve de paragolpes.

Si el Uruguay se militariza no tiene por objetivo la paz. El aforismo tan repetido de los romanos — dice Sergi — "si queréis la paz, preparaos para la guerra", no tenía el significado que hoy se le quiere atribuir, porque sólo ante el peligro de una guerra determinada ellos se preparaban para afrontarla con el propósito de contener a enemigos ciertos.

Nosotros hemos de pelear por un motivo fútil, como están peleando los europeos, porque para eso sirven las armas y el ejemplo de bravura.

En resumen: como consecuencia de la guerra se modificará el mapa de Europa, la diplomacia tendrá mayor labor, surgirán muchos congresos, se incorporarán nuevos principios al derecho internacional, se prometerán mayores garantías a las poblaciones, a las familias, a los civiles, a los desarmados, a la propiedad, a la vida, al honor. Los partidos avanzados engrosarán sus filas, predicarán contra el militarismo, imputarán cargos a los contrarios, descartarán responsabilidades, propondrán reformas, idearán libertades, pero no podrán arrancar de los hombres del presente los gérmenes de los conflictos guerreros, y entonces la expectativa de la guerra será siempre lógica como la de cualquier fenómeno natural periódico, y en previsión de ella la paz armada seguirá siendo, allá y acá, la preparación para la guerra, aunque partidos idealistas la combatan como perros que ladran a la luna.

Del señor José Martínez Jerez

> Que los corderos tengan horror a las águilas, se comprende; pero no es razón para querer mal a las águilas que arrebaten los corderillos.

Los elementos y el contenido psicológico de la guerra, sugieren en primer término su más provechosa enseñanza.

Las palabras *humanidad* y *civilización,* por las que hemos soportado en estos últimos lustros oratorias tan caudalosas y volúmenes tan forrajeros, tienen sólo un sentido negativo. Nuestra resignación ha resultado estéril.

La humanidad es un conjunto de grandes necesidades que se disputan pequeños beneficios y siendo éstos insuficientes para satisfacerlas, el triunfo de las más grandes de ellas, con la necesidad de aumentarlos, siempre ha iniciado un progreso. Los preparativos para estas luchas y la posición que resulta de la victoria, constituyen el estado de predominio que se llama civilización.

No hay, pues, acción conjunta, ni ideales comunes. No hay, pues, humanidad.

Los hombres, agrupados geográfica o diplomáticamente, cumplen en la guerra las funciones transcendentales de la vida.

La civilización es la actividad del más fuerte.

La guerra ofensiva es el primer síntoma de evolución. La puramente defensiva revela la posesión de la mayor suma de riqueza accesible a la capacidad de un pueblo. Las sociedades han visto cambiados sus destinos y se han abierto nuevos derroteros únicamente con el triunfo renovador de las fuerzas ofensivas. La obra espontánea de la naturaleza es más perfecta que la artificial humana, porque en cada primavera tiene aquella una civilización.

El hombre, producto adjetivo de la naturaleza, sujeto y vinculado a ella por fatalidades orgánicas neciamente olvidadas y aun contrariadas por sutiles espiritualismos de religión y de arte, tiene, como especie, un obscuro destino y las fuerzas ciegamente exactas que rigen el equilibrio de la Vida total son las que han motivado los grandes pasajes de la Historia.

Estamos en un capítulo de transición, más interesante y más eficaz que las más gloriosas, sangrientas e inútiles revoluciones

políticas. El momento histórico actual es sólo comparable — y el símil corre por ahí en graciosas e indoctas maledicencias — con la oleada juvenil que hizo posible en el agotamiento romano el florecimiento del primitivo cristianismo.

La brillante independencia latina, el famoso pasquín tripartito con que aterrorizaron un imperio los pretendidos alquimistas de los derechos del hombre, y la majestuosa sagacidad de la rubia y pérfida matrona que gobernaba la balanza de oro de la justicia retributiva y de las libertades que le eran útiles, no han dado al mundo, ni siquiera a ellos mismos, la pequeña felicidad de pobres, simbólica y franciscanamente reducida a ese elemento insubstancial en cuyo nombre se invoca la más ineludible de las necesidades.

Las grandes cuestiones sociales, el problema humano de la vida, han sido tergiversados por la bancarrota de una civilización que puso en el pórtico de su Capitolio no el supremo ideal de una libertad metafísica, sino la precaria comezón de anarquías individuales, el derecho a la protesta lírica, el recurso de queja y la inquietud espiritual desorientada, versátil y recelosa, impotente para conjurar la espantosa crisis orgánica que venía azotando a los tres grandes núcleos de la latinidad europea.

El mecanismo religioso, sometido al silencio benévolo de los indiferentes, acogiéndose al regazo generoso de turbias caridades, penumbras eclesiásticas y celestes aduanas proteccionistas, seguía negociando misteriosamente sus títulos en una pingüe liquidación que era otra forzosa pero vergonzante Reforma.

La mentira patriótica, fomentada con leyendas de sangre y cuentos infantiles, aterrando el plácido egoísmo de la clase gris con la banal superchería de un fiero Barba Azul ávido de la ingenua y casta doncellez de Europa, encendió en los corazones sentimentales de ministros mercantilistas y en las manos sagaces de flemáticos usureros un ardor fingidamente defensivo que secreteaba alianzas y acumulaba armamentos, pero frívolo e incapaz, sólo pudo constituir un militarismo equívoco, silencioso y desorganizado.

La francachela artística, bajo el Pontificado absurdo de una Ciudad impúdica y vocinglera, feria de vanidades y de escándalos, llevaba rutas descarriadas y daba a la cándida admiración de sus catecúmenos productos enfermos e insípidos: novelas pasionales de mujeres perversas y viciosas, inocentes conflictos de

conciencia al margen de un honor convencional, dramas semi-algebraicos a base de adulterios tolerados, poesías sutiles sin sentido donde la claridad de invocaciones helénicas ahogábase en el dolor inútil de nuestras actuales vidas y luego, como esfuerzo magno, como redención de las artes plásticas, ese patológico y grotesco futurismo, sacerdocio de la Fuerza, que anhelaba el efecto estético de catástrofes horrendas, que pretendía aniquilar y devastar museos, bibliotecas y catedrales y ha huído sin rastro a los primeros disparos.

La improvisación científica, doctamente disfrazada, exhibiéndose graciosamente a la ignorancia universal en fastuosos estuches, como joyas del genio directivo, había suplantado al estudio y a la observación, y ya los sabios, mundanos como actrices, llenaban los salones galantes, los cafés, los paseos y las academias disertando con una placentera amenidad latina, acerca de los viejos problemas del mundo y de la vida, con la convicción de su irremediable ignorancia, esmaltando sus charlas con ingeniosas y dulces bagatelas y dejando correr por frutos espontáneos de su imaginación vivaz la ciencia furtivamente traducida de textos bárbaros.

La apocalipsis económica, madre de la guerrera, no ya por los vastos índices de los presupuestos militares sino por las rapiñas insaciables del capitalismo, había trastornado el sentido de la riqueza pública, había castigado las fuentes naturales de producción y en la espantosa miseria que iba gangrenando a las clases proletarias germinaban los virus de la disolución, de la que no eran acaso los más agudos síntomas el socialismo político, hambriento y perentorio, las huelgas desesperadas y la emigración colectiva.

Este fracaso de la raza latina de Europa y la incapacidad y miserias eslavas, han hecho posible que los menos aptos, los peor dotados, pero atentos a una histórica razón de utilidad que es su único destino, ese pobre pueblo isleño que ni pudo ni podrá nunca constituir una civilización que lleve su nombre, ese pueblo frío, nebuloso y miope que vive de rentas penales, de cupones y de dividendos, gobierne capciosa y arteramente a Europa tras el fantasma secular de su fuerza invencible y *sus recursos ajenos* inagotables, estableciendo un régimen económico que ha subvertido el concepto de la propiedad; llevando a los pueblos el dinero venenoso de las deudas; abriendo sus factorías y depósitos de

carbón sin respeto de nacionalidades constituídas; cultivando sus intereses a expensas de las pasiones, de las ruindades y de las venganzas de otros pueblos; empujando a guerras absurdas a los peligrosos; concertando provechosos convenios defensivos para que todos respetasen apariencias de una neutralidad que era el broche estratégico de una argolla; aliándose indistintamente sin formales compromisos; instaurando el régimen odioso del capitalismo avasallador y abriendo lagoteramente sus puertas a las conspiraciones del terrorismo en nombre de la suprema libertad de asesinar al prójimo.

Y como no creaban riquezas nuevas, como la ineptitud de los dominantes se dedicaba a sutilizar y complicar la vida y a desenterrar el pasado, ya que eran incapaces para orientar un nuevo porvenir, ha surgido poderosa, invencible, con la sublime magnitud que la naturaleza pone en sus fenómenos, esta fuerza liberadora, esta energía expansiva que, como estaba cercada y oprimida por los viejos egoísmos, ha tenido que romper y destrozar para abrirse paso. Cuando el agua hierve en la marmita, lo primero que salta es la tapadera.

No se trata de un pueblo ambicioso que quiere dominar al mundo: es la especie inmortal que ha tenido un sano y vigoroso renacimiento.

Ahora bien, ¿qué nuevos elementos aportará su triunfo?

La raza germana es una raza fundamentalmente observadora, lógica, metódica, pensativa. Hasta los mismos rasgos de su ingenio carecen de frivolidad y son profundas consideraciones satíricas sobre temas transcendentales. Con la materia que un alemán pone en un chiste, un francés escribiría un tratado. La gente mediterránea pecó siempre de versatilidad, de superficialidad, de inconsciencia. Sus grandes hombres son iluminados. Sus obras son obras del momento. Lo suave, pintoresco y sorprendente constituyen su jardín espiritual. Y sobre todo, la rebeldía, pesadilla ancestral, con la que pretende — ¡todavía! — librarse de los martirios con que agotaron para siempre su carne y su espíritu, el ascetismo cristiano y la penitente y angustiosa moral católica. El arte, la política, la administración, el comercio, la agricultura, la misma vida individual en los pueblos latinos es un maravilloso alarde de independencia, acaso más perezosa que egoísta, porque, en último término la gran conquista de esa suspirada libertad consiste en el santo derecho de hacer cada uno lo que quiera, es decir, de no hacer nada.

El triunfo germano supone el planteamiento en nuevos términos de los problemas orgánicos de la vida, siempre sobre la base de un acercamiento a la naturaleza, a la realidad, sin delirios espirituales ni estériles sacrificios de esos apetitos de la carne que hemos querido idealizar para convertir en vicios las necesidades, residuos de un misticismo histérico, temeroso de Dios, doliente y resignado, que a todos alcanzó menos a los profesionales de su culto.

El viejo mundo latino contemplará absorto la evolución del gran pueblo, y hará tentativas revolucionarias para asimilarse sus éxitos.

Cuatro hechos fundamentales señalarán las bases de una nueva vida social:

1.° La decadencia del arte, principalmente en sus especies más inútiles: la oratoria, la poesía, la novela, el drama, el cuadro — y el renacimiento general de las ciencias naturales, experimentales y especulativas.

2.° La reorganización de los socialismos de la calle y de la cátedra (Kátedra, si queréis, oh! temibles colegas) sobre bases más positivas que las del partidismo político y la propaganda parlamentaria.

(La actual guerra no ha matado sino que será la propulsora del socialismo. Este, en las naciones latinas, era una aspiración vaga y combativa, uno de tantos partidos de oposición. Como se trata de algo más serio que manifestaciones recreativas y fogosos discursos de vanguardias aventureras, necesita ser elaborado con la prolijidad de un código, por métodos intelectuales y no por gritos callejeros. El socialismo latino nada tenía que defender: su obra eran sus diputados. Por el contrario, el socialismo alemán es, precisamente, el que ha hecho posible la gran liberación que supone esta guerra. La tendencia colectivista de la raza es la única base posible de una organización verdaderamente social).

3.° La desaparición de la fe religiosa y de su moral individualista, restrictiva y de sanción divina. El derecho ampliará su acción tutelar, garantizando los intereses comunes y resolviendo hasta el hoy *sagrado* de los ridículos o perversos problemas de conciencia.

y 4.° La transformación del régimen de la riqueza en sentido inverso del capitalismo y sobre las bases que plantee la nueva organización social.

*

América no debe dejarse amilanar por la diplomacia del miedo que ha concertado en Europa esa alianza absurda, amorfa y circunstancial en la que están haciendo un triste papel de héroes homéridas y mártires cristianos, los polichinelas de John Bull.

América tiene aún sus destinos propios y debe buscar en sí misma, durante varias centurias, sus medios y sus fines. La engañosa prosperidad del crédito no es base firme para un gran pueblo. El dinero de fuera es peligroso y traidor cuando no viene en cambio de productos.

La Argentina, la República del Trabajo, debe reformar la tendencia funesta de sus admiraciones y de sus programas financieros. Se hace patria con lo patrio y lo patriotizable. Pero el orgullo de los intelectuales y el dinero de los prestamistas no adquieren nunca carta de naturaleza.

Consecuencia de esta guerra será la disminución de advenimientos extraños. La Argentina tendrá que vigorizar y organizar sus fuentes de producción y aprovechar más económicamente, creando industrias, las riquezas hoy depreciadas por ambiciones impacientes.

Y esto será un gran bien que evitará a un pueblo rico, joven y fuerte, entregarse a la rapacidad capitalista y a la explotación por parte de los alegres feriantes del *Boulevard.*

*

Olvidemos un instante, jóvenes intelectuales, la inconfesable inspiración que bebíamos en los pintados labios de la señorita Lutecia, nuestra sentimental y cursi preceptora; olvidad vosotros, viejos excursionistas calaveras, las famosas hazañas que os hicieran un día héroes de un *cabaret;* vosotros, eruditos, tomaos el trabajo de aprender idiomas para no traducir de uno solo como venís haciendo; ingenieros, filósofos, médicos, químicos, hombres de ciencia y de saber, tomad la palabra y decid a donde se debe ir a estudiar y a donde van a estudiar los que quieren divertirse; y ustedes, señoras mías, con todo el respeto que merece, no la francesa elegancia de las sedas de vuestros vestidos y las plumas de vuestros sombreros, sino la dulce misión con que atormentáis nuestra vida, os pregunto si no os sentís en conciencia un poco descontentas del papel social que estáis desempeñando.

Reconoced todos que habíamos equivocado el camino. ¿Por

qué obstinarse en los prejuicios de siempre? Una era nueva se aproxima. Lavémonos de nuestras culpas, que no son eternas, y sigamos adelante, sin rencores, buscando eso que nuestros cándidos abuelos creían ya haber conseguido y que está tan lejos, tan lejos...

Del señor José Gabriel

Señores directores: Mi opinión sobre las consecuencias de esta guerra, para la Humanidad, se halla tan indecisa al presente, como aventurado me resultaría aun por mucho tiempo predecir la marcha misma de los acontecimientos que han de ser causa de esas consecuencias. No obstante, quiero responder a la inquisición de ustedes (no a la *inquisición por ustedes abierta)* (1) y para ello me permitirán que atienda más bien al sentido que no a la letra de su pregunta. No soy *volteriano*, y por lo tanto, creo firmemente en la *causa* y el *efecto*, ya que, como dice Bergson, prever es proyectar en el porvenir lo que se ha percibido en el pasado o representarse para más tarde los elementos ya percibidos, pero en una nueva combinación, según distinto orden.

Creo sí, como ustedes, que debemos eliminar de este asunto toda discusión *por estéril y peligrosa*, sobre las causas de la guerra; pero han de ser éstas aquellas que conciernen directamente a la diplomacia y al Estado y no a las del orden moral y material de la naturaleza en sus manifestaciones más elevadas; porque la guerra en sí es un hecho, significativo sólo por su efecto material, sin que se le pueda tomar como causa única de toda consecuencia a él. Si a esto se agrega la hipótesis ya admitida por todos, que la guerra era inevitable, fatal; que debía producirse forzosamente, sin que bastara esfuerzo humano alguno a impedirlo, se comprenderá aún mejor cómo es imprescindible tratar de las causas de esa guerra para conocer sus consecuencias.

Y bien: la guerra debía producirse, ¿por qué?

La vida se resiente de una falta de acción; sobran teorías, todas las teorías son falsas. El bien, el mal, el pecado, la virtud, todo es falso. Aun el mismo Dios concebido por nosotros es falso. No hay más Dios que la Humanidad, el Dios físico, el que emana directa-

(1) Del *buen sentido:* averiguar.

mente de la naturaleza en su perfecta unión. Ese es el Dios. El otro, el que no es de la naturaleza y no es como nosotros (puesto que no se le ve), ese, es falso. Todo idealismo que quiera elevar al hombre hasta un supuesto cielo, es malsano, es peligroso. A la humanidad siempre le halagan estas promesas de *elevación.* ¡Elevarse, elevarse! ¿Y si se dijera que separarse de la Tierra es descender? En la bóveda sin fin del espacio no existen lados; allí no hay alto, ni bajo, ni lateral. Y puesto que, físicamente, el cielo no existe, ¿por qué tender a él? Es muy bello crearse un cielo, un Dios; pero ya que se necesitan estos ideales en la vida ¿por qué huir de nosotros mismos para encontrarles? El reino de Dios está con nosotros, el cielo es nuestro, le tenemos aquí, dentro de todos; hay que amalgamarse con él para gozarle, para ser sus ángeles, uno por uno y todos el Dios. Inclinarse a lo contrario es dejarle escapar, es descender. Por eso todas las teorías son falsas, porque tienden a desunirnos, porque quieren arrancar al hombre de su naturaleza y le derrumban.

No me cansaré nunca de acusar a esos idealismos cobardes que viven sólo para denigrar el mundo y su naturaleza. Es muy fácil y muy elocuente despreciar la vida; pero esto sólo se hace cuando nos vemos incapaces para vivirla, cuando otros más fuertes nos muestran su cuerpo sano. Entonces, sentimos envidia, y por no tener la lealtad de confesarnos, optamos por despreciar a esos seres y nos creemos superiores; con mayor espíritu. ¡El espíritu! ¿Es que hay, acaso, mayor espíritu que el de la naturaleza robusta y sana? ¿Es que nos apartamos más del animal, con nuestras carnes laceradas? La fiebre sólo produce alucinaciones; la fiebre es el delirio y el delirio es teoría, porque no ve las cosas como son, sino como las imagina.

"Hay un solo heroísmo — dice Romain Rolland — y consiste en conocer el mundo tal cual es y amarle." Romain Rolland tiene razón, infinita razón. El idealista es como los niños inteligentes, que se forman un concepto de la vida, para luego cambiar por completo ante la realidad vista por la experiencia. Así son todos los idealismos: empeñarse a todo trance en vivir de maquinaciones cerebrales, para no poderse desligar nunca de la naturaleza; ser moralistas y no practicar la moral; ser jueces y cometer injusticias; ser pesimistas y vivir. La naturaleza, que desconoce las teorías puede perdonarnos el que estemos equivocados; pero nunca nos perdonará el que vivamos en contradicción. Cerebro

y cuerpo es todo uno. Aquél no permite que éste viva de su instinto y le gobierna; pero ha de gobernarle sometido a sus mismas leyes, que no son teoría, que son barro, que son... lo que son. Nada hay más cierto.

En fin: la vida clamaba por nuestra acción y de alguna manera habíamos de concedérsela. Es nuestro tributo. No supimos ofrecerle en mejor forma y fué a cañonazos. No importa, la vida queda satisfecha asimismo. Lo que ella quiere es no morir de enervamiento, como los idealistas, y por esta vez lo ha conseguido, aunque ¡ay! con qué dolor.

*

Expuestas así las causas de la guerra, — es decir, convenido que el idealismo ha hecho del hombre un paria que espera mejor vida y olvida su perfección, — para predecir sus consecuencias basta ahora con asimilar las primeras al porvenir y se obtendrán estas últimas. Pero, como el porvenir nos es desconocido, forzoso y lógico será que tengamos en cuenta el presente y sólo con este factor como dividendo tratemos de obtener un cociente aproximado. Por mi parte sé decir que, en medio de la mediocridad general, mi solución del problema recae en favor del presente alemán. Si se me pregunta porqué, he de decir que se interrogue lo mismo a aquellos detractores de Alemania que aseguran que el triunfo de esa nación sería un mal para la Humanidad; que *la victoria alemana sería tan inicua, sería a tal punto una quiebra del derecho, una glorificación tan escandalosa de la fuerza brutal que todas las ideas morales quedarían trastornadas. Que la víspera de la batalla del Marne, el mundo ha estado en la misma situación que la víspera de la batalla de Lepanto.* Mientras ellos no den otras razones más positivas, mientras continúen teorizando, no hay nada que hacer. No porque su yerro justifique mi error, sino porque, ante imposiciones de esa índole, tan categóricas, tan subidas de tono, no queda otro recurso que dedicarles la existencia misma del pueblo germano, para su estudio. Y como esto han de haberlo hecho ya (quiero creerlo así por no achacarles ignorancia), al no haberse convencido de lo cierto, esto es, de la superioridad en todo y por todo, de la Alemania, mal habían de avenirse con una exposición mía, falta en absoluto de autoridad.

Sin embargo, he de dar algunas razones que abonen, o procu-

ren abonar en lo posibe, mi aserto. Pienso ante todo que la grandeza del pueblo alemán se muestra mayormente en su unidad. Los que no quieren rendirse a esta evidencia — no sé porqué — alegan como rebajamiento de ese pueblo su unidad misma, asegurando que es un pueblo de autómatas, en donde no se sabe qué cosa es la individualidad. ¡Mentira! La unidad sólo existe allí donde los hombres tienen conciencia de su personalidad propia. Mal puede hallarse la personalidad de las muchedumbres, cuando las personas en sí carecen en absoluto del Yo individual. La naturaleza es una y al progresar, sea en conjunto o por separado, fuerza es que se encuentre en determinado nivel.

Y no es que hay un ingenioso juego de palabras, un rebuscamiento de lógica, que parecen convencer de lo contrario a mi aserción: se toma una muchedumbre disciplinada y se dice, todos son de igual inteligencia. Y por el contrario, en donde falta esa disciplina se puede decir, éste es más inteligente que aquél. Pero ¿por qué no ha de decirse en este último caso, aquél es más tonto que éste, y no éste es más inteligente que aquél?

Igual cosa sucede con el ejército. Se habla del militarismo alemán. ¡Mentira, también! Es militarismo el de aquellos pueblos que sin tener soldados tienen ejércitos. Formar un ejército con soldados, ya puede ser un mal si se quiere la no existencia del ejército; pero pretender la formación de los ejércitos sin tener soldados, el mal es aun mayor, pues se desea llegar a un determinado fin sin buscar los medios de conseguirlo. Y éste ha sido siempre el mal de los pueblos que ahora guerrean contra Alemania. Sus mismos defensores nos lo dicen: El inglés ha convertido la guerra en un deporte, aun no se ha preocupado de la contienda. El francés chancea siempre y atiende más a una broma que a las emboscadas de los soldados... ¡Ay! Todos sabemos en la vida, que el buen camino conduce a los mejores fines; pero el inconveniente está en que, de ordinario, nos ocupemos más del fin mismo que del buen camino.

Y entonces, ¿qué esperan, qué esperan esos interesados que aun no han tomado en serio su defensa?... La verdad que son terriblemente ingenuos estos francófilos. Ríense del kaiser, que confía en un Dios y no se dan cuenta de que en realidad, los únicos que esperan el favor de Dios son los aliados. Ya lo dice Joffre en todas sus proclamas: el final será la victoria. ¡Si no se empieza por salvar los obstáculos que median entre ellos y ese

final, mal han de conseguir su intento! Los dioses pelean aquí, como en las batallas homéricas, junto a los hombres; es cierto; pero, como en las batallas homéricas, aquí, también, la presencia de los dioses sirve más para disculpar al vencido que para ayuda del vencedor.

Ahora bien: como Alemania, para lograr un fin propuesto, ha perseguido siempre más los medios que el fin, es decir, se ha encontrado en mayor acuerdo con la naturaleza que los otros pueblos (su riqueza material y artística nos lo demuestra), de ahí su superioridad y esa cultura que los débiles no quieren ver, porque es condición del débil denigrar aquellas cosas superiores que no puede alcanzar. ¡Cuánto más noble sería, para vosotros los que habláis de nobleza y de generosidad, confesar que sois más débiles, que estáis enfermos! Entonces y sólo entonces sentiría uno deseos de deciros: ¡sí, sois superiores! No está el mal en la debilidad, que está en la hipocresía.

Finalmente y para responder a las dos preguntas de la encuesta: si la guerra enseña algo a la Humanidad y la convence de que su mal está en su enfermizo idealismo, y en esta forma emprende otro camino mejor, las consecuencias, cualesquiera que sean en su orden de vida, siempre tenderán a conseguir ese esperado progreso del mundo, que hasta el presente es de muy dudosa realidad. Como estas no sean las consecuencias de la guerra, otras poco me importan, pues todo será amontonar fuego, armas y millones, para emprender de nuevo otra guerra, tanto más despiadada y más cruel cuanto mayor es nuestra cultura y más son los ardides de la civilización.

Del señor Arturo Marasso Rocca

Esta guerra llama a la Humanidad a una meditación suprema de su destino. Si considerada biológicamente la vida es lucha, lucha a muerte, nuestro don de hombres poseedores de un inmenso caudal moral, de una serenidad altísima, se conmueve ante estas pavorosas obras de destrucción y de egoísmo con las que se aniquilan los pueblos *cultos* (1).

(1) No creo en la verdad de la vieja afirmación de que la guerra es imprescindible para el progreso; tampoco de que irremediablemente tendrá que ser originada por la lucha de intereses de las naciones: los estados confederados de América demuestran que no es imposible la buena armonía eterna de los pueblos.

Esta guerra era terriblemente necesaria; la conciencia honrada de los hombres se rebela contra esa pesadilla trágica de los pueblos militarizados. Aun vencedora, Alemania que hoy nos inspira temor y odio, sería aplastada por la más terrible de las sanciones morales; mas, estos bárbaros, poseedores de las ciencias e industrias, nos harían pagar muy caro nuestra dignidad e independencia. Después de la catástrofe, sobre sangre y ruinas, se afianzará la democracia europea. La diplomacia, ese hábil juego macabro, se hará menos egoísta y más humana. El ciudadano se levanta hoy contra feudalismo y militarismo, su victoria definitiva será una de las más grandes conquistas del derecho; en este caso, la guerra que hoy nos asombra, cierra el ciclo de la Revolución francesa. En adelante las guerras serán muy difíciles, no imposibles: la compenetración moderna de los pueblos en su espíritu y su comercio les dará el carácter de conflagraciones. La contienda presente señala ya la división del mundo en dos grandes ramas: la de la verdadera civilización, y la de los hombres esclavos de los dogmas teocráticos; además, nos anuncia tiempos felices; el fracaso venidero de las guerras *oficiales* con el fin de saciar la ambición personal o el sueño de gloria.

El Kaiser, esa figura grotesca y cómica, es el último profeta de Jehová y el nieto de Júpiter tonante; mas esto nada vale en comparación de los ríos de sangre y lágrimas derramados por su locura trágica. Los hombres de mañana aprenderán a ser sinceros y justos; justos y sinceros en arte, ciencia, política y moral. Quede el ejemplo de los sabios de Alemania quemando sus libros para justificar el crimen; no sin razones decía Eucken que la civilización era una adición humana a la naturaleza. Sí, la era futura de la estirpe será la de una acendrada moralidad interior y si esto no sucede, mal haya de la guerra y quédense los pillos, los afortunados del cesarismo o del plebeyismo, hipócritas y necios, estudiando en los tableros de la diplomacia, del periodismo y del gobierno el modo de aniquilar a las muchedumbres brutales arrojándolas las unas contra las otras.

La hora ha llegado, distinguidos Directores de Nosotros, en que los hombres de la tierra — los altruistas — se unan con vínculo indestructible para predicar la vieja buena nueva de la paz, de la conquista unánime de una cultura de verdad, sin fanatismo ni hipocresía.

En América reinará la paz, especialmente entre los pueblos

latinoamericanos, que la habitan y que tienen una poderosa afinidad étnica y ética. ¿Los Estados Unidos? De Roosevelt a Wilson media un mundo: las buenas intenciones de la gran Nación del Norte están demostradas hasta la evidencia. La guerra europea nos aconseja fortalecernos vivamente de grandeza propia, de inteligencia y de doctrina para hacernos escuchar en el mundo. Nuestra futura evolución intelectual y material seguirá íntimamente ligada a la Europa y el ejemplo de Alemania les será provechoso a los pueblos militarizados de América, criminalmente alarmistas y disolventes del ideal colectivo. En nuestro desarrollo económico, a pesar de las muchas sugestiones útiles de la guerra, debemos estudiar profundamente a Norte América.

Mientras tanto, no lloremos por Europa, que parece decirnos con Jesús, llorad por vosotros, por lo poco arraigadas de vuestras virtudes, por lo exhibicionista de vuestras acciones y *la falta absoluta* de grandes ideales desinteresados; y, empeñémonos en formar hombres de capacidad intelectual y moral que den término al reino de los hábiles-inútiles, con el de la inteligencia honrada; no hagamos límites entre nuestra vida privada y pública, para sentirnos fortalecidos de primordiales virtudes de amor, de trabajo y de honestidad que cimentan la grandeza de las naciones ilustres.

En conclusión, la Humanidad ganará mucho en su tranquilidad derrotando al enemigo sin escrúpulos, Alemania; pero, cambiará espiritualmente muy poco. La transformación interior, la sabiduría, no se consigue en los campos de batalla, al contrario, son éstos, lugares de horror que nos hacen desesperar de la grandeza del hombre. Lentamente las razas anglosajonas y latinas se fundirán en una raza superior. El Japón aunque fuera segunda o tercera potencia no tendrá intervención en América, pues cuando ésta pese poderosamente en la balanza del mundo, *la victoria no dará derechos* y la paz de las naciones será cosa cierta.

Del doctor Raúl A. Orgaz

Arribada al fastigio de su civilización, la Europa contemporánea experimenta ahora las conmociones que trae el choque de dos imperialismos: el imperialismo británico y el germánico. El primero largamente consolidado por una política exterior inteli-

gente y audaz; el segundo súbitamente florecido en el colosal desarrollo de las energías de la raza al día siguiente de una lucha feliz. El impulso anormal del último proviene, en gran parte, de un cambio brusco en la idiosincrasia del pueblo alemán. Sus componentes fueron siempre considerados como unos suaves soñadores, y Wágner — buscando sin duda, la exactitud — afirmó que los alemanes gustaban de la acción que sueña. Pero es forzoso convenir en que si hoy han querido un sentido más real de la vida, siguen soñando cuando al perseguir la realización de sus lógicas ambiciones parecen prescindir de la altura a que ha llegado la evolución de los valores morales en el resto del mundo. El imperialismo alemán es por ahora un imperialismo inferior, medioeval, a base groseramente militar. Como desenlace de la presente lucha, el triunfo de una u otra tendencia implicaría una consolidación o un debilitamiento de la corriente democrática contemporánea, y esto parece digno de preocupar a quienes aspiran al título de heraldos sociológicos, llenos de confianza en la propia longividencia. ¡Viva la República Alemana! — el grito de los socialistas franceses al partir al combate — concretaría la aspiración de muchos como medio de celebrar dicho desenlace.

Pero no hay duda de que la idea democrática sufrirá un eclipse en los primeros tiempos de la paz, pues la corona de laureles — recogida por cualquiera — asume siempre en tales casos, el significado de un atributo cesáreo. Será muy viva, por mucho tiempo, la gratitud hacia los ejércitos. Francia misma, mientras renueva las flores en las tumbas de Déroulede y del conde de Mun, se sentirá más halagada que nunca entre el zar iconólatra y el descendiente de *the famine Qucen,* que dijeron los irlandeses.

Atenuados los fervores de la gratitud y de la veneración, la Europa, adquiriendo conciencia de sus desventuras y de la inanidad de sus conquistas ético-jurídicas, sufrirá una honda desilusión. Tornando los ojos a los Estados Unidos buscará ansiosamente las bases de una vida social digna y fecunda. El triunfo del arbitraje en Sud América ha de adquirir entonces relieve extraordinario. Entre tanto, nuevos desgarramientos y disgregaciones traerán nuevas pugnas militares, y la Europa parecerá un astro que agoniza lentamente. Los avances del espíritu igualitario serán impotentes para conjurar ese retroceso general.

A la República Argentina la guerra actual traerá estos resul-

tados provechosos: acelerar su autonomía económica, realzar su entidad internacional, y hacerle adquirir un más alto aprecio de las excelencias de la paz. Factores del primer resultado serán las penurias económicas que hoy se experimentan y las que vendrán más tarde, pues es lo cierto que toda liberación presupone un dolor.

Del doctor Alejandro Gancedo (hijo)

Como responder con amplitud a las preguntas formuladas significaría hacer un libro, véome obligado a hacerlo escuetamente.

1.º La guerra europea actual, estallido armado de la lucha por la supremacía cultural, apurará la decadencia de Europa, iniciada con la preponderancia militarista. Así triunfe el mejor preparado o el más resistente, la consecuencia fatal estará en la desaparición de Europa como centro de la civilización mundial.

2.º La que se consolidará antes de una centuria en ambas Américas, pero sin salir de los veinte grados (treinta y cinco a cincuenta y cinco grados) en los que se desenvolvía hasta ahora. Los pueblos próximos al Ecuador, no podrán practicar, por razones geográficas y étnicas las enseñanzas de conciliación entre la moral comunista y el imperialismo económico que la guerra aconseja. En cuanto a la Argentina, se ve obligada a pasar del período agropecuario al industrial.

Del señor José Muzzilli

Pueblo sin tradiciones pretéritas, que ha puesto el sol en su bandera como símbolo augural, no debe soñar el nuestro en conquistas ni hegemonías, ya que se halla entregado al trabajo fecundo, que agrupa a las razas, y no tiene que acuñar laurel de bronce para la frente de ningún César.

De hoy en más, dos afirmaciones nuestras adquirirán frente al estrago, fuerza de postulados: La victoria no da derechos, América para la humanidad.

Y tendrán esos principios, bellos y morales, la honrosa misión de guiar a las nuevas generaciones redimidas del error y enaltecidas en el respeto al trabajo. Serán los fundamentos de un nuevo derecho internacional, que lejos de inspirarse en sutilezas de can-

cillerías, se inspire en una profunda sinceridad de intenciones, derecho significado en una línea recta y que no se afiance en el músculo brutal de Calibán, sino en la luminosa espiritualidad de Ariel.

De América, pues, será el ideal de la paz. A ella acude para no convertirse en mueca de ironía y paradoja en el continente que vió el sacrificio de Bélgica, destrozada como lirio bajo el casco de un potro.

La guerra es la resultante lógica de la interpretación real del derecho: la fuerza sobre principios e ideologías. No busquemos, por lo tanto, justificaciones demasiado partidistas, que se explican en el primer arranque sentimental, pero que no resisten al análisis. Europa ha metido el derecho en sus balas.

El presente estado de cosas se debe a la educación absurda que ha nutrido el cerebro de los hombres. La guerra ha llegado a considerarse como un fenómeno natural y paradojalmente humano.

No adelantamos absolutamente de los tiempos en que Heráclito escribía: "La guerra es madre de todo bien; las aguas estancadas se corrompen; las aguas agitadas y vivas conservan su pureza".

Del doctor Salvador Debenedetti

I

Sin entrar en mayores consideraciones sobre la significación del concepto "humanidad", es evidente que los sentimientos, las simpatías, el amor y el odio de la humanidad, — en el sentido más amplio, — están divididos en la sangrienta emergencia por que atraviesa el mundo.

Para unos es una cuestión de raza la que determina sus tendencias partidistas; para otros es el examen del factor económico que inclina sus simpatías en uno o en otro sentido; para los de más allá es un sentimiento especial, una duda, una imposición o el desconocimiento del valor moral de los pueblos lo que hace fomentar sus odios o sus amores.

En general, la humanidad está constituída en estos momentos por dos bandos: los pueblos beligerantes que constituyen una "humanidad" activa o dinámica y los restantes pueblos de la tierra

que forman la "humanidad" pasiva o estática. En cualquier momento esta segunda humanidad puede convertirse en activa y la primera dejar de serlo. Si extremamos las cosas naturalmente, sin esfuerzos, veremos que tanto la humanidad activa como la pasiva están sujetas a fraccionamiento por razón de los intereses de todo orden que sustentan. De esta manera se llega fácilmente a encerrar dentro de fronteras limitadas las distintas "humanidades" en que se encuentra separada la especie humana.

¿Qué consecuencias es posible entrever para la humanidad como resultado de esta guerra?

El triunfo de cualquiera de los bandos en beligerancia le dará consecuencias especiales que, tal vez, poco importen a la humanidad restante. Así: un triunfo de los aliados de la Europa central será la continuación del desplazamiento total o en parte del que fué hasta hoy "predominio inglés". En realidad, el mundo habrá sufrido en ese caso una substitución de fuerzas. ¿Cuál conviene a la relativa humanidad? Es difícil asegurarlo, pero hasta ahora el desarrollo de Alemania en cualquiera de sus formas no constituye ni ha constituído un peligro para nada ni para nadie. Se habla con insistencia pertinaz del autoritarismo, del espíritu de conquistas, del militarismo, del despotismo, del orgullo alemanes, y de otras cosas que es vano enumerar, como posibles males que se extenderán por la faz de la tierra si triunfara Alemania. Pero si triunfaran los aliados ¿qué podría decirse de las posibles e insospechables pretensiones de Inglaterra o Francia, o Rusia y hasta las del lejano y semidesconocido Japón y las de los dudosamente civilizados países balcánicos?

Por otra parte, los antecedentes de la vida de los pueblos que obedecen a la dirección germana están muy lejos de suponer tales extravíos. Alemania ni es un país conquistador basado en su fuerza material, ni se caracteriza por su "despotismo sistemático", ni lleva en sí peligrosos orgullos, ni arrastra un militarismo alarmante. Todo cuanto se ve y se siente de Alemania, en cualquiera de sus manifestaciones, no es sino la resultante de su natural desarrollo y de un lógico y espontáneo proceso que podrá molestar a los vecinos y al mundo entero, pero que es tan legal como consciente y síntesis de aspiraciones legítimas que palpitan en el alma de cada uno de sus hombres.

Entre una humanidad que se impone, humanidad constituída por una unidad de razas aspirantes y una humanidad que se carac-

teriza por la desarticulación total de sus componentes, me parece que no hay mucho que dudar.

Este mal que ha de plantear conflictos en una época próxima entre los países que hoy se han coaligado y otros que aún no han entrado en lucha, es para mí una de las consecuencias de esta guerra que veremos más pronto de lo que sospechamos. Así como no hay caso de que a raíz de un estado de guerra se asegure la paz, el desarme, la consolidación de fronteras, el aplacamiento de las pasiones que se encienden en las colectividades, del mismo modo la guerra actual, una vez terminada, podrá momentáneamente provocar aquellos estados, pero no contendrá en definitiva al vencido. La paz universal será efímera.

Creo, además, que un triunfo de los aliados será el principio de una desinteligencia entre ellos. La razón es muy humana: en la repartición de la presa, los fuertes se hartan y dejan hambrientos a los débiles.

Para la humanidad activa o sea para los pueblos en beligerancia, las consecuencias de la guerra podrán modificar la geografía conocida, pero posiblemente consolidarán las aspiraciones de razas, aspiraciones que son tan vehementes y legítimas entre los germanos como entre los latinos, los eslavos o los anglosajones.

Para la humanidad pasiva las consecuencias serán de otro orden. Materialmente algunas naciones tratarán de aumentar su influencia o su prestigio en determinadas manifestaciones. Lo estamos viendo claramente en la conducta seguida por Italia. Este país, que aspira a completar su unidad, mira con profundo recelo cualquiera tentativa extraña que hiciera peligrar sus ventajas, no sólo en el Adriático, sino en el Mediterráneo mismo. Además, han hecho vacilante su situación y harto delicada su posición, intereses de orden político, social y religioso. Los antagonismos internos y el desarrollo de la política del Vaticano son factores que pueden determinar una conducta inesperada de Italia.

Estados Unidos, desde el otro lado de los mares, mira con cierta paternidad a todos los países de la tierra y especialmente a los que están en beligerancia. Su aspiración a país consultor, su finalidad a constituirse en juez en último instante, para dirimir la contienda, es demasiado visible. Este disfrazado y no siempre franco tutelaje es, como anhelo, muy legítimo, pero puede lesionar intereses y ser causa de profundas divergencias. Es necesario estar sobre aviso y especialmente el resto de América.

En síntesis; me parece que las consecuencias que se pueden entrever de esta guerra son de dos órdenes: particulares, es decir, directamente para los países beligerantes y generales o sea para un resto de la humanidad. Las primeras serán materiales, como ser compensaciones territoriales, anexiones parciales y calculadas, contribuciones necesarias, natural predominio comercial e industrial, etc. Las segundas serán morales. Posiblemente amenazará al mundo una nueva e intensa corriente pacifista que correrá la misma suerte que ha corrido la que hemos sentido en estos últimos treinta años. No creo que sobrevengan grandes cambios ni nuevas y fundamentales orientaciones. A lo sumo podrá nacer una literatura plañidera en ciertas partes o altiva y rebelde en otras que podrán dar origen a la constitución de un nuevo derecho.

En el terreno de las relaciones entre los pueblos, debemos esperar que conjuntamente con la paz los hombres y especialmente los intelectuales harán un esfuerzo para saldarlas cuanto antes. Sin duda, la humanidad sufrirá, en su desarrollo, un retardo, un compás de espera, pero sus intereses son demasiado grandes y se encuentran demasiado comprometidos para que no le permitan reaccionar en seguida. ¿Habrá por ello mejorado o empeorado la situación de la humanidad? Ni lo uno ni lo otro. En todo caso las condiciones de superioridad de un pueblo o de una raza sobre otros se acentuarán y no tardarán en hacerse marcadamente visibles.

II

Después de siete meses de guerra observamos que las condiciones generales de los países americanos han sufrido un serio quebranto. Todos estamos convencidos de nuestra insuficiencia americana. Soportamos este estado de cosas con paciencia tal que no sabemos si atribuirla a virtud o a enfermedad. Sufrimos las consecuencias de esta guerra casi con la misma gravedad que en los pueblos que guerrean. No hemos visto nacer una iniciativa eficaz ni siquiera una idea de orden cualquiera que marquen una orientación.

¿Qué se espera? ¿Que también en estas circunstancias alguna benéfica y providencial lluvia salve la *cosecha* amenazada por contingencias lejanas, por esta guerra larga, dolorosa, sangrienta

y cruel? ¿Esperamos que la próxima paz nos dicte normas o nos imponga condiciones en nuestra evolución y desarrollo?

Comprendo que el interés de la guerra, sobre todo de esta guerra novedosa, nos tenga demasiado preocupados en los tiempos presentes. Pero cuando la guerra termine, cuando venga la paz ¿qué harán los pueblos americanos?

Hasta ahora sólo los Estados Unidos, por razones demasiado visibles, dan señales de vida. Los demás estados, en general, siguen como antes, arrastrando una vida más crítica de día en día.

¿Cómo se preparan a soportar las condiciones de un porvenir que no se destaca mucho por su brillantez? ¿Esperan que la paz ponga en descubierto una vez más su insuficiencia? ¿Se llegará, por lo menos, a conseguir despertar confianza entre los pueblos europeos?

Posiblemente se creará en Europa un estado moral, insoportable para muchas gentes. Preveo un fenómeno de emigración europea, sobre todo encaminada hacia las playas de América. Debemos prepararnos a ello con conciencia y con tiempo. Posiblemente asistiremos al nacimiento de un verdadero industrialismo, sólido y serio y, lo que no se ha hecho hasta ahora por inexplicable desidia y falta de previsión, se desarrollará una marina mercante nacional que nos pondrá a cubierto de posibles y próximas contingencias.

Las relaciones intelectuales o materiales entre los países americanos podrán afianzarse, pero para ello es necesario que nos conozcamos más y nos comprendamos mejor.

Si como consecuencia de la guerra se llegaran a plantear verdaderos conflictos de razas, la humanidad americana estará en condiciones de afrontarlos con serenidad y con posibilidades de éxito.

Marzo 1.°/915.

Del señor Enrique M. Ruas

Antes de la guerra empezaba a ganar terreno una tendencia mental pacifista, consiguiente a los nuevos hábitos adquiridos por todos los pueblos de la civilización durante el último medio siglo. Pero si pudo desarrollarse como tal consecuencia, no expresaba un positivo ideal de paz, ni tampoco un claro concepto de cuán útil sería para todos y cada uno de los pueblos, sacrificar a

este ideal determinadas aspiraciones políticas en cuya consecución cifran su porvenir y su grandeza. La campaña antimilitarista era tan sólo una condición previa al programa revolucionario de reforma social y al del simple internacionalismo obrero. Para las clases conservadoras, el mantenimiento de la paz era una condición indispensable a la preservación de cuantiosos intereses materiales desarrollados. Por otro lado, el servicio y los gastos militares pesaban sobre los pueblos y sobre estos intereses, y las erogaciones y sacrificios que les imponían, les llevaban a preferir los procedimientos pacíficos en la solución de las cuestiones internacionales. Pero así como aquella preferencia importaba admitir la presencia de este peligro — las cuestiones internacionales — la tendencia señalada era el miedo de la guerra que pudiesen encender estas cuestiones y que interesase la estructura de los intereses mercantiles, de las teorías políticas y de la solidaridad obrera internacional. Tales temores nos ratificaban en la opinión de que la guerra era una de las probabilidades con que debía contarse. El aumento creciente de los gastos y preparativos militares, hecho con el consentimiento o la resignación, y a veces con el aplauso de los mismos perjudicados, tampoco quería decir otra cosa que el miedo y la probabilidad de la guerra. Lo cierto es que no se tuvo el coraje o la sinceridad de contemplar la situación tal cual se presentaba. De este modo, el problema de la paz fué transpuesto en el orden de los problemas sociales, no pudo ser planteado concretamente y en sus verdaderos términos, y por lo tanto no pudo ser atacado frontalmente.

Es verdad que aparte de aquella tendencia, existe también otra a ser considerada, la que se expresa por instituciones como la Cruz Roja y por la reglamentación de la guerra en lo que atañe a la conducta con los rendidos y el empleo de ciertas armas, proyectiles y explosivos contra las personas. Pero estas son adquisiciones de la idea de bien, dentro del propio mal cuya necesidad casi consagran; y si fiásemos en el progreso de estas adquisiciones y en el de un concepto moral de la solidaridad humana, estaríamos muy lejos de alcanzar una era de paz. Tales adquisiciones, por otro lado, no son causa, sino efecto, del progreso social. Todo lo que se hiciese por ellas directamente, solo serviría para fomentar los misticismos y fanatismos ambientes. Bastante se hizo en este sentido. En cambio no recuerdo que se hiciese nada directo para resolver el problema de la paz.

Los partidos revolucionarios y semirevolucionarios sujetaban la solución del problema a su remota victoria política, reduciéndola a una consecuencia de esta última. Con su concepto limitado del evolucionismo determinista, no querían reconocer en los afectos patrióticos una formación natural ni un progreso evidente sobre cualquiera de los otros sentimientos sociales, resistiéndose a pensar que eso fuese una adquisición de los sentimientos e ideas de solidaridad. Sin duda el error fué provocado por el carácter particular, aventurero o imperialista, que por herencia mental y educación de las masas tiene el nacionalismo en Europa, la cuna de aquellos partidos. El hecho es que combatieron enérgicamente el patriotismo, provocando reacciones de este sentimiento, que aparte de producir otros trastornos obstaculizaron todo debate razonado del problema de la paz. Nacionalistas y revolucionarios se contemplaban recíprocamente como peligros sociales, y los dos lo eran en efecto, del punto de vista de sus actitudes negativas. Por su parte, las clases conservadoras, reconociendo implícita o explícitamente la presencia de cuestiones internacionales, susceptibles de encender la guerra, y además un peligro general latente de la misma, preconizaban los armamentos como seguro de vida, e independientemente de esto los unos, y contra esto los otros, preconizaban los procedimientos pacíficos. Pero las cuestiones presentes y posibles eran tales y tan serias, que para resolverlas tuvo que añadirse a los procedimientos usuales un nuevo procedimiento, no ya político, sino legal, el arbitraje.

Los argentinos, visto el buen resultado que nos dió con Chile, nos inclinamos a juzgar el arbitraje como una panacea. Pero tengamos en cuenta que, sobre todo de este lado de los Andes, considerábamos la cuestión como una cuestión legal, mucho menos que como política y vital. Después de esto, tengamos en cuenta también que no recurrimos al arbitraje obedeciendo a las cláusulas de un tratado preestablecido, sino a un concepto de mejor conveniencia. Aun en las cuestiones en que el arbitraje está indicado, la paz o la guerra dependen de aquel concepto, y en la mayoría de los casos no está indicado el arbitraje. Así lo demuestran los tratados de este nombre, en los que se excluye las cuestiones de soberanía, y naturalmente las cuestiones políticas y las cuestiones vitales, todas las que son capaces de provocar una guerra, incluyéndose únicamente aquellas por las cuales los pueblos difícilmente querrían apelar a las armas. Los pacifistas con-

servadores, convenciéndose de que en realidad el nuevo procedimiento dejaba las cosas como estaban, pensaron en una extensión creciente del principio de arbitraje, hasta que también le estuviesen sometidas las cuestiones que interesasen la soberanía nacional. Esto era un peligro para los débiles o una disciplina a la que no se iban a someter los fuertes y orgullosos, y se ignoraba cuándo conseguirían sacarlo triunfante. En todo caso aun quedarían pendientes después las cuestiones que suscita la preponderancia política y las cuestiones vitales, que tras de ser el latente peligro de guerra y lo que exacerba las cuestiones secundarias, están por naturaleza fuera del alcance del principio de arbitraje. Entonces se habló de limitar los armamentos... Limitarlos era mantenerlos, y esto denunciar de nuevo al mundo el peligro de guerra. La limitación debía efectuarse sobre la base de conservar su predominio aquel que lo tenía. No se necesita decir otra cosa en abono de la habilidad de la idea ni en explicación del fracaso. Numerosas actitudes pacifistas no fueron más que maniobras políticas. El único resultado práctico fué distraer a los pueblos sobre la naturaleza del problema, reducirlo al de los gastos militares, y dejar la impresión de que era insoluble.

*

Al estallar esta guerra fué herido todo aquello que la temía, y a la par de lo mismo, ciertos sentimientos de solidaridad étnica. Todos los pueblos de la civilización son descendientes o afines de los aliados, y en esto consiste radicalmente lo que se llama "falta de tacto diplomático" y de "sentido psicológico" de los alemanes, para atraerse la simpatía del mundo por medio de sus impresos y declaraciones. Con las unas y los otros los alemanes ejercitan su derecho de defenderse, y cuando se les niega este derecho, al calificar aquello de "propaganda", y al considerarlo como propaganda inmoral, no se hace otra cosa, y esto por lo menos, que poner en evidencia el origen verdadero de los sentimientos antialemanes. Si tuviesen otro origen, hasta existiría curiosidad por la palabra de descargo, en lugar de afán por acallarla y desnaturalizarla a todo trance.

En cuanto a los pueblos neolatinos, y hasta donde ellos se inclinan a los aliados, lo cual está lejos de ser absoluto, los afectos étnicos están organizados en torno de Francia. El punto de vista desde donde se contempla los intereses de Bélgica y de Italia así

lo demuestra. Si Bélgica no hubiese sido un estado neutral, sino lisa y llanamente soberano, su posición en la guerra sería mucho menos desfavorable. Se le imponía la neutralidad como condición de su existencia, y se le imponía la obligación de sacrificarse defendiéndola; sacrificio a pura pérdida y a simple beneficio de terceros. De otro modo Bélgica no tendría como ahora, solamente deberes, frente a los aliados; tendría también derechos, y hubiera podido estipular, como era justo, las condiciones de su concurso militar. O que la auxiliasen en el acto — veinte días tardaron — o que pudiese retirarse desde luego sobre Amberes o sobre la izquierda de los aliados, como se hizo cuando ya no había otro remedio. Después de sacrificada en la línea del Mosa, y considerablemente quebrantado su poder militar para la defensa de Amberes, tuvo que sacrificarse de nuevo, defendiendo esta plaza, prácticamente librada a sus solas fuerzas. Sin embargo, mientras se concibe la violación de la neutralidad de Bélgica como un atentado, no se concibe que haya nada de irregular en esa limitación onerosa de su soberanía. Hoy mismo, a trueque de la victoria de los aliados, no se lamentaría que los ejércitos volviesen a pasar batallando por el territorio belga. Igual egoísmo se manifiesta en cuanto a Italia. Es evidente la ansiedad porque no arregle pacíficamente sus cuestiones con Austria, para que de este modo haga matar sus hijos en defensa de los aliados. Hoy reina entre los partidarios de estos últimos un sordo encono contra Italia por no haberlo hecho, y tampoco se lamentaría que después de hacerlo saliese defraudada, y si es posible castigada por su poca diligencia. E igual egoísmo manifiestan ingleses y norteamericanos en cuanto a Francia...

Heridos en tales afectos, los pueblos de la civilización reaccionaron contra los enemigos de los aliados. Reaccionaron en forma tal, que si los japoneses hubiesen reaccionado lo mismo — no son de la familia — habría a estas horas un millón de soldados japoneses en territorio de Francia. Por el hecho mismo de aquella reacción ya los declaraban causante, causa y culpable de la guerra. Con el criterio cronológico que se aplica a estas cosas — ¿quién pegó el primero? — parece que se hubiera debido empezar por Austria. Pero es que debían reaccionar contra el peligro; y en parte porque la potencia militar de Alemania era la expresión del peligro, y en parte porque ella tomaba a su cargo los beligerantes de quienes son afines aquellos pueblos, reacciona-

ron contra Alemania. Estaban de más las declaraciones e impresos de los aliados para precipitar sobre ella la responsabilidad de la guerra.

La reacción fué necesariamente conativa, simple expresión de las emociones que embargaban al mundo. La tendencia agresiva se sintetizaba en el empleo de la palabra bárbaro, que en este caso, como en los tiempos de los romanos, quiere decir únicamente extranjero. Para justificar los excesos de aquel movimiento primo, se admitieron por un lado las más atrevidas acusaciones, y se ocultó por el otro todo aquello que pudiese desmentirlas — de ahí la irritación contra la "propaganda" alemana, — y por decoro intelectual se hizo algo para explicar histórica y psicológicamente la compatibilidad de una barbarie extrema con las más adelantadas manifestaciones de civilización. No iba a admitirse que bárbaro quiere decir únicamente extranjero.

Por tales artes históricas y psicológicas se llegó a la conclusión de que tan curiosa compatibilidad se explicaba por el militarismo prusiano, y que de consiguiente había que extirpar esto. Se añadió a todo evento que dicho militarismo era la fuente de todo militarismo, y de ahí, y de lo que el mundo estaba preparado para concebir el militarismo como la causa, y no como la consecuencia de la guerra, se dijo que ésta era una guerra santa porque iba a destruir el militarismo, porque iba a atrofiar el órgano activando la función. Pero si se la llama santa, a pesar de haberla dicho provocada por Alemania, y a pesar de haber protestado contra ella y precipitádole todos los calificativos posibles, era en realidad porque ahora se la consideraba desde otro punto de vista: teniendo la victoria en el bolsillo, se iba a llevar a cabo una vendetta, el exterminio y el desmembramiento, y el aniquilamiento industrial y comercial de Alemania, hasta reducirla a un pequeño estado filosófico, "que no hiciese daño". Eso quería decir extirpar el militarismo prusiano, y era menester santificar de antemano una trágica vendetta que se daba por segura. Todo eso valía el programa antimilitarista.

De este modo la pasión germanófoba vino a prestar al mundo un servicio bien flaco. Esta guerra era quizá la ocasión propicia para concluir verdaderamente con la guerra. A este fin lo menos indicado es lo que se hizo. Han fomentado el odio entre los pueblos, han exacerbado a los alemanes, presentándoles el mundo como una maffia de chacales hambrientos de Alemania, y han im-

10

pedido nuevamente la discusión razonada del problema de la paz, en el momento más oportuno.

*

La posición de la sociología entre las demás ciencias parece haber variado mucho. Desde luego, ha perdido toda independencia que pudiera atribuírsele. El fruto de sus investigaciones ha pasado a la biología, que ahora es a su respecto la ciencia pura, quedando ella como la ciencia aplicada. En un primer aspecto es la ciencia del gobierno, en un segundo aspecto es la ciencia de la administración, en un último aspecto es la ciencia de la adaptación colectiva. Pero como ciencia aplicada se singulariza de todas las demás, en que es la ciencia que aplica a la solución de sus problemas todas las ciencias aplicadas, de acuerdo con los postulados de la ciencia pura. No podía ser de otra manera, si ella es en efecto la ciencia de la adaptación colectiva. De este modo, no podemos contemplar los problemas sociales como problemas filosóficos, sino como problemas prácticos

La ciencia pura nos enseña que el hombre se agita en un ambiente biológico del cual forma parte. Se ha hecho la anatomía de este ambiente por abstracción de sus condiciones, y su fisiología experimentando y observando la función de cada una de ellas. Se ha visto además que en el orden interior las condiciones económicas son centrales, y que en el orden internacional son centrales por el momento las condiciones políticas. Se ha observado que por su constitución deficiente las condiciones centrales están sujetas a un régimen. Determinados por la lucha por la vida, se producen lentos desplazamientos de las fuerzas sociales en el orden nacional, y de las ponderaciones políticas en el orden internacional, tendiendo a extremos desequilibrios que provocan catástrofes periódicas. Tales catástrofes, a su vez, tienden a restablecer el equilibrio. La experiencia ha demostrado que en el orden nacional, sin haberse llegado aun a una reconstitución científica de las condiciones económicas, ciertas medidas son capaces de impedir aquel fenómeno, manteniendo los desplazamientos dentro de ciertos límites. Se ha visto también que la función última del ambiente es el equilibrio biológico, así como en el organismo es el equilibrio fisiológico. Se ha visto que tal equilibrio es mantenido natural o artificialmente, sea por desplazamientos migratorios, sea por diminución de la natalidad, sea aumentando la ca-

pacidad del ambiente por la intensificación del tratamiento de sus condiciones primarias (como es un caso típico el de Holanda); y por la manera como tal equilibrio es mantenido, a expensas o no del crecimiento demográfico, puede conocerse si el ambiente cumple bien o mal su función biológica, del punto de vista de la especie humana. Se ha visto, por último, que la capacidad del ambiente progresa en relación a toda rectificación de las condiciones económicas, que produzca una distribución más equitativa del fruto del trabajo humano, y que aquellas catástrofes procuran obscuramente estas rectificaciones.

A la altura actual de los conocimientos humanos, mantener una actitud pasiva frente a un problema social cualquiera, verbigracia el de la paz, sólo se explica por pereza intelectual, o más exactamente, por esa propiedad de la materia que se llama la inercia, a la que no podía escapar el tejido nervioso. También es posible que intervenga en ello una sujeción estricta a la letra de la ley de la lucha por la vida, sujeción que puede ser también otra expresión de aquella inercia. Si considerásemos eternas las formas actuales de lucha por la vida, supondríamos eternamente inmutables las condiciones ambientes, supondríamos a la humanidad limitada a contemplar como se deshoja el calendario, y a los centros nerviosos de la especie como páginas en blanco, donde nada escribiese la experiencia. Todo esto implicaría la negación del criterio científico de la época.

La evolución social es indefinida, como consecuencia de la constante adaptación al medio; es rítmica con la evolución más vasta del ambiente por entero, — de donde la eternidad del fenómeno, — y rítmicamente con ella evolucionan las formas de lucha. Toda modificación natural de las condiciones ambientes, toda etapa de evolución, importa sin embargo un proceso psicológico completo, que va desde la experiencia de aquellas condiciones hasta la reacción sobre las mismas. Lo contrario fuera negar que el hombre está hecho de materia irritable y reactiva, y que las funciones de adaptación sean funciones de protección, funciones psíquicas. Tal proceso es cada día más consciente en la especie, debido al progreso científico y de la cultura pública y a la creciente atención que se dedica a los fenómenos sociales. Cuando gobiernos tan poderosos como el de los Estados Unidos permanecen en este momento inertes ante el problema de la paz, quiere decir que no se han penetrado del momento histórico, o que aspiran a conseguir

para su pueblo la "leadership" del mundo, adquiriéndola a expensas de la ruina de Europa. Nada más triste que la actitud de aquel gobierno en momentos como los actuales, dedicado a producir documentos curialescos, según cuya teoría el honor de la patria de Wáshington depende ahora del libre comercio de explosivos y cañones.

Para resolver el problema de la paz se han propuesto varias fórmulas. Matar el militarismo por la guerra no sabemos si es una fórmula, pero ya hemos visto cuanto vale. Otros proponen una confederación europea o una república universal. Pero tanto la una como la otra sólo podrían ser formaciones naturales, a cuya formación artificial se oponen hoy otras formaciones naturales. Tendremos que respetar estas últimas, si queremos hacer algo. Podemos esperar una república universal, pero no podemos fabricarla, y hasta se ignora cuál sería su estructura política, si sería un gigantesco estado unitario o una gran confederación aduanera sin capital política, o el fruto de la descomposición de las naciones en comunas. Puede calcularse que será por un lado la obra de una creciente división del trabajo entre los pueblos, y por el otro de una creciente homogeneización de la mentalidad de las sociedades y que sus primeros pasos serán la consolidación de la paz y la implantación del libre cambio o del impuesto único. Pero eso tan solo. Lo único que podemos hacer en cuanto a la república universal se refiere, es no entorpecer su advenimiento, so color de precipitarlo. Consideraciones análogas deben hacerse en cuanto a la confederación europea, y además otra: sería la confederación de las potencias conquistadoras, y un peligro para la paz y la libertad mientras Europa tenga un pie en cada uno de los restantes continentes.

Al hombre no le toca proponer motu propio los problemas sociales. Son ellos los que naturalmente se proponen. Al hombre sólo le cabe conocer que han sido propuestos, e investigar sus términos, es decir, plantearlos. Se ignora que los problemas de la confederación europea o de la república universal se hayan propuesto naturalmente. Se sabe, en cambio, que tampoco fueron propuestos como problemas, sino inferidos por especulación, como supuestas condiciones previas a fines dados. No pertenecen a nuestra generación, que en el orden internacional debe limitarse al que le está propuesto, el problema de la paz. Querer complicar este último con problemas ulteriores, es retardar su solución. No pode-

mos ir contra la mentalidad del siglo ni preceder a la experiencia.

Así como los problemas sociales se proponen ellos naturalmente, tienen una solución necesaria. Otra cualquiera dilatará esta última, los dejará intactos o agravará sus términos. En cuanto a este de la paz, considero que ilumina su solución el postulado de Ingenieros, [1] que dice: *"Cada sociedad humana ha tenido, tiene y tendrá las costumbres e instituciones más útiles a su conservación y desenvolvimiento"*. De donde, y de que toda sociedad no puede concebirse separada del medio físico que contribuye a la definición de sus caracteres, se deduce que las condiciones internacionales naturales y más convenientes a la evolución social, serían las de mutuo respeto de la integridad territorial y de la soberanía política. En Derecho la fórmula sería: "aplicación universal del principio de la soberanía".

Nuestra mentalidad es la mentalidad feudal, evolucionada. Entre nosotros ella ha quedado reducida a su última expresión, pero conservamos todavía costumbres e ideas caballerescas, unas buenas y otras malas, como la lealtad personal en política y el duelo, y un concepto de jerarquía social que no es el de la plutocracia, sino precisamente el de la nobleza feudal. El individualismo que tanto preocupó a Sarmiento era el mismo individualismo iliberal y antisocial de la Edad Media. No nos extrañemos entonces de encontrar más pura en Europa la mentalidad feudal, sin excepción de Francia, el país clásico del feudalismo y la caballería, y el que hace más caso del honor militar. Las instituciones de nuestra civilización son también las instituciones feudales más o menos evolucionadas bajo diversas influencias.

Si se compara los derechos civiles y políticos del individuo libre, con los de las sociedades en pleno goce de su soberanía, se verá que son homólogos. Las colonias, protectorados, etc., pudiendo a veces pactar comercialmente con los estados soberanos, no pueden pactar políticamente, es decir, carecen de derechos políticos. Esto ocurre también en mayor o menor extensión, ya por situaciones de hecho, ya por situaciones de derecho, con los estados neutrales e influídos, o simplemente víctimas de la ley del garrote,

(1) Todo lo que pudiera haber de acertado en este artículo, no sería otra cosa que el fruto de algunas lecturas, en primer lugar la de este compatriota, que tanto nos honra, del profesor Sergi, de Pierre Bonnier, y de un distinguido zoólogo francés que presta sus luces a nuestro país, el doctor F. Lahille. Con esta observación evito muchas engorrosas citas.

como era Turquía antes de la guerra. En cambio, los estados soberanos gozan de derechos políticos.

En cuanto a los derechos de las sociedades, homólogos a los civiles del individuo, son la propia soberanía, a la que se asemeja cierta inviolabilidad del individuo libre, y que importa la propiedad del territorio y la libertad de pactar comercialmente con los demás estados soberanos. Se comprende que una sociedad no soberana tiene limitados estos derechos.

Los siervos, y aun los villanos de la Edad Media, aparte de no tener derechos políticos, tenían sus derechos civiles más o menos restringidos, casi hasta cero en algunos siervos. Es fácil distinguir la relación que existe entre ellos y las colonias, protectorados, etc. Así como los siervos estaban adscriptos a la gleba, de la que no podían ser separados, pero con la cual eran vendidos, hay sociedades que no son dueñas de sus destinos ni de su territorio. Tal territorio podrá ser vendido o canjeado en todo o en parte, por la entidad política extraña que ejerce en él la soberanía, sin consultar a sus habitantes, y vendiéndolos en cierto modo a ellos mismos. Cuando una nación conquista un territorio poblado por otra sociedad, reduce a esta otra a cierta servidumbre; hace una cosa muy parecida a lo que hicieron los bárbaros con el territorio y los habitantes, al conquistar las provincias del imperio romano. La diferencia es menor de lo que pudiera esperarse, mediando una distancia de más de dos edades de la historia.

Europa es quien efectúa tales conquistas, imitada ahora por los Estados Unidos. Ante el progreso de las ideas en aquel continente, donde no se concebiría la presencia de un siervo, es notable que conciban la existencia de sociedades reducidas a la servidumbre. Las necesidades de la conservación bastarían a explicarlo en lo indispensable, pero desde otro punto de vista ellas han venido a favorecer la persistencia de un pesado remanente de la mentalidad feudal, que es más notable en un caso como el de Francia, y que se revela también en los complicados prejuicios de sangre, en el sentimiento de superioridad de Europa y en las relaciones internacionales. Las potencias se consideran como los pares del mundo, jerárquicamente superiores a los demás estados, y son rehacias al principio de igualdad de las naciones. Inglaterra y Francia, por ejemplo, al tratar con nosotros, se atribuyen ciertos fueros, y nos suponen obligados a cierta clientela mercantil, mental y política, que puede o no consultar nuestra conveniencia, y que interesa el

sentimiento de nuestra autonomía. Parece que cuando en Europa los pueblos sustituyeron por la suya la soberanía del monarca, en el orden internacional reservaron para sus entidades políticas respectivas los antiguos privilegios de la corona, que era capaz de heredar y adquirir derechos sobre sociedades extrañas a aquella que constituía su dominio natural. Los derechos de Francia sobre Marruecos, Madagascar o el Tonkín, no pueden ser atribuídos al pueblo francés, que los tendría en contradicción con sus principios del 89. Sólo se pueden atribuir a una corona, y es que el gorro frigio de Francia, por la parte que mira al mar, es todavía una corona. Cuando los aliados, en esta guerra, se proclaman defensores del derecho y la justicia, no proceden en contradicción absoluta con lo que acabamos de ver. También las coronas se atribuían una misión trascendental sobre la tierra, y siempre se la atribuyeron también los pueblos conquistadores.

Resumiendo lo substancial, encontramos que por debajo de sociedades sujeto de derecho (posición libre), hay otras en posición servil, objeto de derecho para aquéllas. Las primeras son las potencias europeas — tradicional y principalmente Inglaterra, Francia y Rusia — y a su lado los Estados Unidos y el Japón, educados por Inglaterra. Aquel estado de cosas no se encuentra en liquidación. Lejos de eso, la política de dichas poderosas naciones expresa una tendencia a convertir en objeto de derecho a las más débiles. Esta tendencia lo mismo se manifiesta en las exigencias del Japón a China, que en las pretensiones de monopolio económico y mental, y de clientela política, que acerca de nosotros indican Inglaterra y Francia. La diferencia que va entre la conquista sangrienta de Marruecos, la anexión de Egipto, el peligro japonés y las presunciones y tendencias implicadas en la visita de M. Baudin a la América del Sud, es simplemente una cuestión de grado. Es natural que la política absorbente se adapte a las condiciones de tiempo, lugar y circunstancias, y que se manifieste desde las formas más violentas y cínicas, hasta las más pacíficas y encubiertas, e invente, llegado el caso, la penetración pacífica.

Las empresas coloniales de Europa son belicosas por naturaleza. La guerra es indispensable para efectuarlas y para sofocar legítimas insurrecciones que son el estado normal en ciertas partes. Cada colonia requiere conquistas complementarias indispensables para asegurar sus vías de comunicación con la metrópoli;

y todo esto supone la existencia de ejércitos y escuadras. El desarme y las colonias son términos incompatibles. Pero éste no es aun el aspecto fundamental de la cuestión.

Es exacto que en el fondo de todo problema social se agita siempre la cuestión económica, y que la tendencia imperialista de los pueblos es correlativa a su incremento económico. Pero la lucha económica es siempre lucha por la vida, y conduciéndose los pueblos como distintas especies biológicas frente a frente, toda lucha en cualquier terreno es a los fines de la supervivencia nacional.

Las condiciones internacionales están de tal modo establecidas, que el porvenir de un pueblo depende de su ponderación política. Tiende así cada uno a la mayor ponderación política, y por lo tanto a la preponderancia política universal. La potencialidad económica, traduciéndose en potencialidad militar, es el elemento indispensable de la ponderación política, pero la expresión de esta última es aquello que precisamente permite a los pueblos dar pábulo a sus energías económicas: la expansión territorial por el mundo, anexando, protegiendo u obteniendo la concesión de zonas económicas, formas distintas de monopolizar mercados. De este modo la ponderación política de un pueblo está expresada en general por las soberanías que absorbe o menoscaba, y la lucha entre las potencias se polariza entonces en la lucha por estas absorciones y menoscabos. De más está decir que todo pueblo que no ha alcanzado o no puede pasar de cierta potencialidad económica, se abstiene de participar en semejante competencia.

La preponderancia de una potencia y el crecimiento de otras es de distintas maneras motivo de preocupación para todas, y las necesidades de la defensa las agrupan en bandos que tienden a reducirse a dos y a equilibrarse. Las potencias menores caen automáticamente en el bando contrario a aquel donde se encuentra su peligro inmediato. El equilibrio de las fuerzas mantiene la paz, pero el desarrollo desigual de las de cada bando, sumas, restas, desvalorizaciones, etc., tienden a romperlo en favor de alguno, y el trabajo de zapa de la diplomacia lo procura empeñosamente. Sólo la resignación de aquel en cuya contra principia a enunciarse el saldo de las fuerzas podría impedir la guerra. Ella se produce, resuelve la situación particular de una o más potencias, tal vez cambia de dueño la "leadership" del mundo, pero desde un punto de vista general no tiene otro efecto que sentar nuevas ba-

ses de equilibrio, quedando intactas las condiciones internacionales. ¿Quién ignoraba esto antes de la guerra?...

Lo único que podría asegurar la paz sería restituir su independencia a los pueblos que la han perdido, y reconocérsela a las colonias blancas. Tras de ser de justicia, esto no perjudicaría los intereses económicos de nadie y fomentaría los de todos. Permitiría también liquidar pacíficamente y en corto plazo cuestiones secundarias que tienen soluciones indicadas en los plebiscitos y las compensaciones mutuas; el porvenir de las naciones actualmente débiles quedaría despejado, y el Asia futura dejaría de ser una amenaza. La magnitud de los perjuicios que esta guerra ocasiona a los beligerantes invita a pensar si la política colonial y de anexiones no es al fin una rémora para quien la practica. Hay otros hechos que abonan este pensamiento. Desde luego el monopolio de los mercados por la vía política es un procedimiento antieconómico en último análisis.

*

He indicado al principio como el espíritu de raza ha perturbado el criterio de los pueblos de la civilización. En algunos períodos de la campaña, los aliados propalaron contra los alemanes las más arriesgadas acusaciones, cuyos epifonemas se convirtieron en refranes. Fueron pronunciadas bajo el imperio de violentas emociones suscitadas por la marcha de los sucesos. Una de las más monstruosas resultó ser obra de una mujer histérica. Terminada la guerra, cuando se haga la revisión fría de los ingentes materiales literarios y artísticos acumulados por ella, se verá que la parte más sensacional es documento psiquiátrico. Hubo producciones literarias y dibujos alegóricos, serios y caricaturescos, sencillamente delirantes. Pero entre tanto, sirvieron a su vez para emocionar más violentamente al mundo, con el consiguiente efecto sobre la función del cerebro.

Es bueno tener esto en cuenta, pero de la discusión pública de la guerra se deduce que nuestra generación se resiente de falta de disciplinas mentales, y que en nuestra cultura predominan con exceso los elementos literarios y artísticos. El defecto está, necesariamente, en la enseñanza secundaria. En cuanto al pueblo, ha revelado que la simple instrucción primaria es insuficiente para que se haga cargo de los problemas de la época, y tal vez que ella sola es más nociva que ninguna. Siendo más o menos demo-

cráticas las instituciones de toda la civilización, considérese cuán peligroso es esto. Por ejemplo, entre nosotros, está muy difundido el parecer de que a mayor agotamiento de los pueblos beligerantes, nuestros clientes y nuestros proveedores, más saldrá ganando después de la guerra nuestra economía; y en casi todo el mundo goza de mucho prestigio la idea de la ruina industrial y comercial de Alemania, que era la nación que abarataba en él la vida. También es notable que esta guerra nos haya devuelto al período heroico de la democracia política, cuando la guerra está sacando en todas partes a la superficie el problema económico, y cuando la situación interior de Alemania nos está demostrando la eficacia de la democracia económica, tanto desde un punto de vista material como de los hábitos que desarrolla.

Relaciono estos hechos con otros. Antes de la guerra ya era evidente la insuficiencia de la instrucción primaria para la lucha por la vida, y en todas partes era un problema el de la enseñanza secundaria. Ya porque los estudios eran demasiado largos frente a la intensidad de la vida moderna, ya por miedo al pauperismo intelectual, se tendía a restringir el acceso a ellos, y a convertir a los hombres en diferentes máquinas de trabajar. Pero será necesario convencerse de que el ciudadano del siglo XX, si ha de ser un ciudadano a la altura de los problemas de este siglo, no puede pasarse con la enseñanza primaria y especial tan solo, y le son indispensables las ideas generales que suministra la instrucción secundaria. Contemplar esta última desde el punto de vista del hombre de sociedad, que es lo que suele hacerse, no indica un criterio muy amplio. Creo que hay que contemplarla del punto de vista del ciudadano, cuyas preocupaciones son cada día menos simples y menos locales.

A difundir la enseñanza secundaria, a hacerla obligatoria, que sería el ideal, se oponen precisamente las condiciones económicas, el problema central del siglo en el orden interno de cada sociedad, precisamente el problema cuya solución depende de los progresos de la cultura pública. Para resolverlo los partidos democráticos luchan por formar una conciencia social y una mayoría política, pero su propaganda escolla en la falta de cultura del ciudadano. He ahí un círculo vicioso que es ciertamente un peligro social. Si la liquidación de esta guerra no estableciese bases sólidas de paz, una futura conflagración, tal vez intercontinental entonces, sólo podría ser impedida por los progresos de la cultura pública en

todo el mundo. Serían entonces tres grandes problemas interdependientes, con solución a base del problema económico. Si no hubiese sido ya tan extenso, me permitiría exponer algunas opiniones sobre este punto, pues conciernen a mis vistas sobre las consecuencias de la guerra.

*

Hoy los pueblos están obsesionados por la guerra, y tienen la loca esperanza de que la liquidación de la misma traiga el bienestar de todos. Se encontrarán en cambio con sus viejos problemas considerablemente agravados y complicados, y más pobres que antes. Entretanto, se están adquiriendo conocimientos útiles. Tiene cierto mérito ser una sociedad sólidamente culta, numerosa y bien organizada, y con una administración inteligente y honesta, a la que se aplique un principio inglés que parece mal aplicado en Inglaterra y muy bien en Alemania: "the right man in the right place". Un muchacho, aunque no sea hijo legítimo, tiene también cierto mérito, pues será una columna de la sociedad. Las rígidas damas inglesas, al preocuparse simpáticamente del estado interesante en que quedaron veinte mil mujeres de los alrededores de un campamento de instrucción, demuestran que han progresado algo sobre lo que cuenta Dickens. Sin duda es una enseñanza de la guerra, y sin duda surgirá otra, de la comparación entre el sacrificio que la sociedad exige al individuo, y el abandono en que lo deja de ordinario. De este modo, mi opinión sobre las consecuencias de la guerra no es muy concreta, pero creo que entraremos por necesidad en un período de activas reformas sociales. No veo la solución militar de la guerra, y creo que al fin se convencerán de que es inútil continuarla. Pero cualquiera que fuese la solución militar, aquellas reformas de todas maneras se impondrían, y aquí haríamos algo bueno empezando luego. Creo, por fin, que el descrédito de Alemania no durará mucho, y que al contrario, serán imitados sus métodos bajo la presión de los pueblos.

Es ésta del señor Enrique M. Rúas la última contestación recibida y con ella, tan rica de ideas, damos término hermosamente a la encuesta, abierta en el mes de Febrero próximo pasado.

Por cierto, tenemos motivos de sobra para estar satisfechos de los resultados de aquélla. Al proponerla a los hombres de pensa-

miento del país, llevábanos el anhelo de poner al alcance de muchos de ellos un medio fácil de decir su palabra, sin pretensiones, acerca de este formidable acontecimiento histórico en que han venido a hacer crisis los tiempos modernos. De ahí la amplitud de nuestra encuesta y la generalidad de los términos en que la planteamos, para que nadie pudiese no hallar en ella la forma y el lugar de exponer todo entero su pensamiento. Y si este carácter general y acaso vago que le dimos, pudo ser criticado por algunos en el primer momento, el desarrollo posterior de la encuesta y sus resultados, concluyeron con toda disconformidad y tal vez hayan demostrado a nuestros cultos críticos de la primera hora, que no nos faltó del todo la razón al hacer las cosas como las hicimos. ¿Se quería que todos se definieran en pro de una de las dos grandes agrupaciones de países beligerantes? Pues todos, salvo contadísimas excepciones, lo han hecho bien claramente, y las simpatías por Francia, Inglaterra y Bélgica, o por Alemania, han tenido en nuestras páginas elocuentes expresiones, que a veces, sin embozo, se han manifestado también por terribles alegatos de odio y de desprecio.

Han contestado a nuestra encuesta, en los números 70, 71, 72 y el presente de NOSOTROS, *los señores que a continuación nombramos en el mismo orden en que han aparecido sus respuestas:*

Augusto Bunge, Luis R. Gondra, Guido Anatolio Cartey, Juan Mas y Pí, Julio Molina y Vedia, Ernesto Mario Barreda, Clemente Onelli, Juan Torrendell, Gregorio Uriarte, Clemente Ricci, Enrique Herrero Ducloux, Alberto Tena, R. Monner Sans, Emilio Becher, Alfredo López Prieto, José H. Rosendi, Vicente D. Sierra, Alfredo Colmo, Víctor Mercante, Horacio C. Rivarola, M. Kantor, Miguel Angel Rizzi, Alberto Mendioroz, Victorio M. Delfino, José León Suárez, Mariano Antonio Barrenechea, Osvaldo Saavedra, José Martínez Jerez, José Gabriel, Arturo Marasso Rocca, Raúl A. Orgaz, Alejandro Gancedo (hijo), José Muzzilli, Salvador Debenedetti y Enrique M. Rúas, en total 35 respuestas, que ocupan 190 páginas de la revista.

Es ciertamente una valiosa contribución de la intelectualidad nacional al debate de los infinitos puntos de vista que sugiere la gran conflagración, valiosa no sólo por la cantidad y la extensión de las colaboraciones sino también, y sobre todo, por la calidad de los colaboradores, profesores universitarios — entre ellos dos decanos de facultades — historiadores, jurisconsultos, publicistas,

periodistas, naturalistas, militares, poetas; hombres de gabinete y hombres de partido, pertenecientes a las más diversas tendencias políticas.

Debemos señalar a título de curiosidad, que ningún político militante, entre más de cien que hemos interrogado, ha respondido: ello hace honor a la discreción de nuestros hombres de gobierno, que saben no comprometer peligrosamente sus opiniones.

No hemos de ser nosotros los que pretendamos clasificar tan numerosas, variadas y discordes opiniones; bástenos dejar constancia de que la mayoría ha reconocido en la actual conflagración una enorme trascendencia y ha visto en ella la crisis de un régimen insostenible ya; que la mayoría tiene una intensa y bella fe en los destinos de América, para ella y para la humanidad; y que la causa que defienden Francia e Inglaterra es la que se ha atraído, como era de suponerse, las simpatías del mayor número, bien que esta encuesta haya demostrado que el ideal por que lucha Alemania tiene también en nuestro país muchos y entusiastas admiradores.

Nuestra encuesta ha sido acogida por la prensa y por el público con simpatía e interés: nuestros diarios le han dedicado comentarios altamente elogiosos y algunas de nuestras revistas atentos resúmenes. Mucha resonancia alcanzó la respuesta del elegante y sutil literato Emilio Becher, publicada en el número 71, bello y terrible alegato contra Alemania, que mereció los honores de la transcripción en otras publicaciones; y asimismo ha sido objeto de una seria consideración la respuesta del doctor Augusto Bunge, quien con fe socialista y agudo criterio de sociólogo, expuso en el número 70 las ventajas que reportaría al mundo el triunfo de Alemania. El número de abril de la importante revista española La Lectura *ha creído oportuno transcribir íntegra dicha respuesta.*

Y nada más. Damos con esto por cerrada la encuesta; sin embargo nos será grato dar cabida en Nosotros, *en todo momento, a los artículos que, acerca de la guerra europea y de sus problemas, quieran enviarnos nuestros colaboradores. La revista seguirá acogiéndolos con la misma imparcialidad con que ha procedido hasta la fecha, pese a quien pese.*

La Dirección.

TARDE LARGA Y DORADA...

I

Tarde alegre de marzo, de cielo azul y puro,
Que haces cantar mi hastiado corazón de poeta,
Cuando mueras ¿qué rosa del firmamento obscuro
Endulzará el encanto de mi ilusión secreta?

Como a una novia pálida, te amo y te deseo.
No te vayas — exclamo — mientras en ti me abismo.
En la noble belleza de tu armonía creo
Al descifrar la clave de tu eterno mutismo.

Me embriagas con tus rosas voluptuosas de seda,
Con tus parques umbríos de suntuosa arboleda
Donde yerran mis sueños sonámbulos, dispersos.

Para decir tu encanto toda palabra es poca...
(Mi juventud se ha muerto, mi juventud está loca
Esta tarde de oro, de emoción y de versos.)

II

Tarde larga y dorada que te vas silenciosa
Mientras mi corazón se muere dulcemente,
Me invades con tu amarga tristeza voluptuosa
Y la suave nostalgia del florido poniente.

¿Qué música de rimas dirá el encanto leve
De tu alma transparente saturada de aromas?
Medito y reflexiono: es mi sueño tan breve...
Y el aire azul se puebla de cándidas palomas.

En la gris y flotante penumbra vespertina
Se apaga tu belleza mágica y sibilina.
Sangran en el ocaso tus luminosas huellas...

Y te vas... ¿hacia dónde? Tornarás, tarde mágica?
(Naufraga en el crepúsculo el alma loca y trágica
Mientras la noche escribe su epitafio de estrellas.)

JUAN AYMERICH.

EL MUSEO MUNICIPAL

Economías y cultura

Al señor Intendente de Buenos Aires, doctor don Arturo Gramajo

Distinguido señor:

La idea era excelente; pero llegó en hora inoportuna. En Buenos Aires, en tiempos de crisis, es prohibido hablar de Arte, de Ciencias y de Letras.

Cuando los Bancos no descuentan todo progreso se paraliza, y desde ese momento no merecen sino indiferencia las altas manifestaciones del espíritu, las Universidades, las Bibliotecas, las más soberbias colecciones, como las que encierran nuestros Museos, el de Historia Natural en primer término; y se oye hablar con absoluta indiferencia de nuevas donaciones importantes, como la de Zemborain.

¿Para qué sirve todo eso? ¡Por cierto no ha de impedir las quiebras anunciadas ni valorizará las tierras improductivas!

Tampoco se piensa que es deber ineludible exhibir al pueblo lo que le pertenece; que es indispensable conservar en buenas condiciones objetos tan valiosos, según dicen, y que a los jóvenes es menester inculcarles sentimientos de gratitud hacia esos donantes altruistas que les ofrecen centros de estudio y de recreo intelectual.

La inmensa mayoría, en medio del abatimiento comercial, no piensa más que en los propios negocios; y luego en la conservación del individuo; las damas en las modas ¡eso sí! los hombres en los vencimientos, y en nuevas especulaciones!

Aquí, ya lo sabe usted, ignoramos el término medio. En las

diversas ramas del gobierno y en la vida privada, raras veces se han tomado medidas previsoras, útiles para las nuevas generaciones. Tampoco se practica el ahorro público o privado, ni para lo útil ni para lo bello, y nunca estamos preparados para los tiempos difíciles.

En los años prósperos, todos *se sienten* millonarios; eso está en la atmósfera, en la raza quizá, seguramente en las costumbres tradicionales. Todo en auge; de pronto alguien da un grito de alarma: *¡Crisis!*

Por lo general son ciertos Banqueros los que se asustan de su obra, ellos que también fueron los primeros en fomentar la especulación, y entonces, espectáculo lamentable, todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, pierden la tranquilidad, ven a cada instante, día y noche, fantasmas con caras impávidas de cobradores o de oficiales de justicia, y todos se consideran mendigos, desde el Superior Gobierno hasta el miserable inmigrante.

Mucho contribuye a ello el espíritu de imitación y de contagio, fecundo aquí como en ninguna parte. Los especuladores — curioso contraste — son gente apática, tímida, sin ideas propias. Viven de impresiones sucesivas, que cambian a la menor noticia, al menor influjo exterior. De ahí esas bruscas fluctuaciones y esos descensos vertiginosos que se llaman "craks" y que derrumban las "firmas" de más reputada solidez.

*

Nuestras crisis periódicas son sintomáticas: revelan la juventud del país. Durante algunos años todo refleja exuberancia, inexperiencia, todo se arriesga, nada se prevé. Es una generación nueva en el mundo de los negocios que tiene que pagar su tributo a la experiencia. Entonces vemos casos de audacia increíble; los millones giran sin cesar, todo se va a las nubes. Poco tiempo después, sin aviso previo, resuena el famoso grito de alarma, y tras él el *julepe,* la revisación de cuentas, los arreglos con acreedores, y, a la postre, el arrepentimiento tardío e inútil.

Por otra parte, aquí pocos relativamente se acuerdan de "mañana". A Buenos Aires, como a los muchachos que crecen, todo le va quedando chico, calles, paseos, plazas, hospitales, cementerios. ¿Los dirigentes? Sólo pensaron en ganar elecciones; raras veces en las necesidades de lo futuro. El egoísmo más feroz ca-

racterizará ante la historia a la mayoría de los ciudadanos que en el siglo pasado gobernaron este país.

A la verdad, dentro de algunos años, esos *grandes hombres* que algunos sinceramente tanto admiran, estarán olvidados, y con justicia, porque no hicieron nada más que politiquear, ¡y en qué forma! mostrándose ignorantes y pequeños en sus iniciativas, sin concebir la grandeza actual y menos aún la futura de esta ciudad que crecía ante sus propios ojos, y sigue creciendo, a pesar de todo. Recuérdese la frase de un Presidente, no ha mucho tiempo: "Aquí no necesitamos artistas; lo que nos hace falta es gente que siembre papas!" ¡Ah, qué diferentes las figuras históricas de Ridavia, el gran precursor; de Mitre, organizador de la Nación, militar y hombre de letras; de Sarmiento, publicista eminente y maestro, como él mismo se llamaba con orgullo, quien enseñó a este pueblo a leer y escribir, es decir, a pensar.

Ellos no hicieron más porque la época en que actuaron no lo permitía; pero han dejado por doquier muestras visibles de sus elevadas aspiraciones, haciendo vibrar en todos los buenos ciudadanos las fibras más íntimas del patriotismo y nobles anhelos de progreso!

¡Y cuántos más que contribuyeron a salvar nuestra dignidad nacional, mostrando al mundo que aquí también honramos las ciencias y las artes, factores esenciales del progreso indefinido; Ameghino, en primer término; sus predecesores y continuadores, y luego: médicos y abogados esclarecidos, artistas, pedagogos, periodistas y dignos representantes de las grandes industrias nacionales, que podríamos llamar el "cuerpo sano" de este gran conglomerado de humanidad.

*

Pero la mayoría, la inmensa mayoría: *ignorancia* y ausencia de ideas elevadas, y "carnerismo", según la frase tan mordaz como exacta que se atribuye a uno de nuestros personajes contemporáneos.

He ahí las características de nuestro pueblo (lo que no excluye que en otras partes suceda lo mismo). Aquí, lo repito, siempre se ha improvisado, sin cálculos de recursos, y sin entusiasmo serio por nada, sin convicciones arraigadas. El Gobierno, en síntesis, poco ha hecho para adaptarse a las circunstancias: ahora

mismo los impuestos debieran estar reducidos a la mitad y de igual modo el Presupuesto: la lectura más superficial revela una frondosidad inaudita.

Si no fuera por la iniciativa personal y el aporte de colecciones particulares no tendríamos el Museo de La Plata, que honra no sólo a nuestra República, sino al Continente entero; el de Etnografía que organiza Ambrosetti con pocos elementos y mucha constancia en la Facultad de Filosofia y Letras, y que algún día asombrará por la riqueza e importancia de sus colecciones; el de Bellas Artes, que debemos a la tenacidad de Eduardo Schiaffino y de sus compañeros del Ateneo, etc.

*

Cada vez que se produce uno de esos grandes acontecimientos culturales, inauguración de algún Museo, de una Casa de Enseñanza, de un monumento, el pueblo, por lo general apático, se entusiasma durante pocos días, se habla mucho de fomentar las artes, las ciencias, lo noble, lo ideal, y después... olvido!

Irrita el pensar lo que podría ser nuestra ciudad si los gobernantes se hubiesen mostrado previsores a la manera de Rivadavia, fomentando los adelantos intelectuales a la par de los materiales.

Ahora mismo, ¿qué planes hay para lo futuro? Sólo se piensa en cobrar las deudas de la orgía, pero pocos son los que pagan. Se gastaron millones ¿en qué? Cada año se inflaba el Presupuesto, y ahora todo se vuelve contrición y "mea culpa"! "Economías": He ahí la palabra de orden. ¿Fondos de reserva? Nunca los hubo ni los habrá. "Está en la raza", dicen los filósofos, y se quedan impasibles.

¡Que nos hablen de las famosas economías! Todo se reduce a la supresión de unas pocas partidas del Presupuesto, las que quizá más honor le hacen!

Las conozco. En 1886, siendo Secretario de la Sociedad de Bellas Artes, obtuvimos (¡entonces verdadero milagro!) una mísera subvención mensual de *cien* pesos, para sostenimiento de la *Academia,* gracias a que desempeñaba el Ministerio de Instrucción Pública el doctor Eduardo Wilde, un artista. Pues bien, cada año (y esto es Historia) a título de economía, lo primero que pensaba en suprimir la Comisión de Presupuesto era nuestra modestísima subvención (primer dinero gastado por el Gobierno Argentino para fomento del Arte).

Y cada año nueva visita al doctor Wilde o sus sucesores para implorarles que la restituyeran.

*

Volviendo, señor, al proyecto de usted — el de fundar un Museo Municipal de Buenos Aires — ¿existe aún? Temo que como tantas otras veces algunos representantes de la prensa y tras de ellos la opinión conservadora (?) lo haya deshecho antes de iniciado. Lo digo con tristeza, sin encono. Creo en el periodismo, en su alta misión social, en la ilustración de la mayoría de los redactores. Me honro de haber pertenecido al gremio, y por lo mismo no ofendo a nadie, me parece, afirmando que entre nuestros periodistas no abundan personas competentes en asuntos de Arte. Esto, sin embargo, no les impide dar su opinión de vez en cuando: "Exigencias de la profesión". Es por demás curioso constatar lo que sucede cuando de Arte se trata: Cualquier *lego* se calla si oye hablar de asuntos científicos, filosóficos, históricos y aun literarios; pero trátese de pintura o de escultura, y surgirán críticos por doquier. Y si todos opinan, ¿por qué habíamos de negar ese derecho a los periodistas?

La influencia de los diarios es enorme, decisiva casi siempre. Todos lo saben; de ahí que las mejores ideas pueden deber su fracaso a hombres ilustrados, patriotas, que creen de buena fe defender la cultura del país y el tesoro público impidiendo creaciones nobles y *útiles,* como la del Museo Municipal...

Realizan, por cierto, mucho bueno; pero a veces *matan* las ideas mejor inspiradas.

*

Esto es lo que acaba de suceder: "Estamos pobres; nada de Museos!" — dijo uno. Otros lo repitieron, y los habitantes de esta ciudad quedaron convencidos.

La algarabía duró apenas unas cuantas horas; ¿hoy quién se acuerda?

Al día siguiente ya no se hablaba de tal Museo, sino de nuevas quiebras, de escándalos sociales y de la eterna, maldita politiquería!

"Estamos pobres"; pero se sigue gastando en todo, hasta en

sostener un Teatro lírico del Municipio: ¿para educación musical del pueblo? ¡No, señor! para deleite de los ricos.

*

Mientras tanto, he aquí algunos datos que convencerán a cualquier persona medianamente culta:

1.° Buenos Aires, la capital de Sud América, la segunda ciudad latina, no posee ningún Museo que le pertenezca. Es un caso único en todo el mundo civilizado. Es como un rico que no tuviera sala, como un hombre de mundo sin corbata.

2.° Existen colecciones valiosas, según se asegura, donadas con este fin especial.

3.° Tenemos un Intendente entusiasmado con la idea, y no faltarán ciudadanos que quieran prestarle su cooperación.

4.° Hay dos terrenos *centrales*, muy centrales, que pertenecen a la Municipalidad y que sería el caso de utilizar, realizando al propio tiempo una notable obra de belleza urbana que me permito someter a su ilustrado criterio.

Sólo faltaría el dinero para edificar. Que se comience por la parte esencial de las nuevas construcciones: las salas que han de abrigar los objetos valiosos; y luego, en tiempos más favorables, vendrá lo demás, fachadas, decorado, etc. Así se han hecho muchos Museos en Europa. Baste recordar, entre otros, el del Prado, en Madrid.

*

Acabo de afirmar algo que puede parecer inverosímil: ¿Dos terrenos muy centrales, propiedad del Municipio? No me refiero a las nuevas Avenidas: ¿No es verdad que estoy soñando? Pues bien, los tenemos, debido a la patriótica energía del Intendente señor Güiráldez, a quien el barrio a que voy a referirme debe su completa transformación, que por mi proyecto quisiera ver realzado.

*

La plaza del Congreso es demasiado grande, e inútil por demás. No abrevia distancias, como la de la Concordia en París, ni sirve para reuniones públicas, porque la han cubierto de monumentos

y de jardines. Es, además, del punto de vista higiénico, algo así como un pulmón hipertrofiado, enorme para ese barrio, mientras otros carecen de órganos respiratorios.

Es, sin duda, hasta hoy un adefesio, del punto de vista estético ¡y qué monstruo resultará dentro de algunos años, cuando la "libertad de edificar" haya permitido todos los ensayos posibles de las imaginaciones ardientes pero rudas de tantos *Ingenieros no Arquitectos,* según la intencionada expresión de Carlos Algelt! Eso, cuando no se trate de simples albañiles audaces que después de múltiples derrumbes y repetidas muertes de obreros, mediante los pesos de algún *socio,* han obtenido o se otorgaron a sí mismos el título de *constructores,* en vertiginosa carrera, como los héroes de Napoleón, que de simples soldados llegaban a mariscales en menos de un lustro!

Decididamente esa plaza realizada con grandes esfuerzos y el más noble propósito, resulta un tanto inútil y "fea a la verdad". ¡Hasta la perspectiva del Congreso la han suprimido, por *inútil* quizá, haciendo de dos cosas buenas una mala, pero muy mala!

Tiene múltiples defectos; el mayor nos parece, ya lo dije, su tamaño excesivo y desproporcionado.

Admitidas estas premisas, mi proyecto surge de por sí. Aíslese dos pequeñas "manzanas" entre Paraná y Montevideo. En ellas se puede construir dos edificios, aislados, en terreno municipal, lo repito, a ambos lados de la Avenída y dejando bien espaciosas las calles de Rivadavia y de la Victoria.

Diversos y considerables serían los resultados obtenidos de esta suerte:

1.º Se disminuiría las dimensiones excesivas de la plaza, dándole así mayor cohesión, más relieve y mejor perspectiva. La tralasción de la hermosa fuente de Lagae, allí tan fuera de sitio, sería más que ventajosa, indispensable; como también, sea dicho de paso, el desplazamiento inmediato de esos dos grupos de la escalera de honor, que no analizaremos una vez mas, puesto que, de todos modos, resultan pequeños, desproporcionados, perturbadores del conjunto decorativo!

2.º Se formaría de nuevo la antigua Plaza Lorea, que nunca debió tocarse, porque constituía una herencia intangible que mucho nos honraba. Recuerdo de un ciudadano altruista y patriota, era obligación y justicia mantener su voluntad, en homenaje a su memoria.

3.° Se podría construir dos nuevos edificios de fachada igual o simétrica, dando así un aspecto imponente a la entrada de la Avenida, viniendo del Congreso. El panorama que ahora allí se nos ofrece es sencillamente lamentable, y para lo sucesivo, ¿a qué no estamos expuestos?

A la verdad, es de temerse un desastre edilicio. ¿Conoce usted, señor Intendente, el enorme edificio que ocupa una conocida casa de comercio? Es la primera a la derecha, dirigiéndose hacia el centro. En frente, al otro lado de la Avenida, existe un terreno no edificado. Pues bien, si a uno de esos *cavalieri* que vienen "a hacer su América" se le ocurre edificar allí "algo" estéticamente opuesto o inferior al vecino de enfrente; si son diversos los propietarios en esa "cuadra" y a cada cual se le ocurre presentarnos una pequeña muestra angosta y elevada de cualquier estilo más o menos absurdo, ¿cómo se presentará el conjunto constructivo que da acceso a nuestra Avenida, nuestro orgullo?

¡Qué diferentes resultarían dos fachadas monumentales en grandiosa y severa simetría! No puedo creer que sea incomprensible o difícil realizar esta u otra solución del problema estético que urge resolver.

4.° Estos edificios deberán ser, con el tiempo, notabes palacios destinados al abrigo de lo que podríamos llamar el "Cerebro de la Ciudad", dando al mismo tiempo — lo repito — acceso a la Avenida, de igual manera que los dos inmortales edificios de *Gabriel* a la Rue Royale, en París.

a) Uno de estos palacios quedaría destinado para el Museo que usted tan oportunamente proyectó. Bajo el mismo techo, y aun con la misma dirección, podría fundarse otro Museo "de reproducciones artísticas y artístico-industriales". Este último me parece el más urgente entre nosotros, porque es el más fácil de constituir, porque enseña y educa, mediante colecciones variadísimas y de poco costo, sirviendo también de recuerdo a los que han viajado. Estimula, por otra parte, a los jóvenes artistas y obreros, facilitando a todos la elección de dibujos y modelos.

Han prohijado esta idea, en diversas épocas, don Francisco Seeber, Augusto Ballerini, Enrique Rodríguez Larreta, Eduardo Shiaffino, el que suscribe y otros seguramente, que lamento no recordar. Al ministro doctor Juan R. Fernández lo habia convencido y contaba con su apoyo decidido, pero su muerte prematura y tan sensible, todo lo aplazó.

¿Tendrá usted la suerte de poder realizarla? Lo espero por el patriotismo y la cultura de los respetables caballeros que actualmente forman la Comisión Municipal.

b) El otro edificio, su *pendant,* comprendería diversos locales apropiados para alojar la *Biblioteca Municipal,* (quizá tomando por base la que posee la Asociación Bernardino Rivadavia); el Archivo de la Ciudad; una gran sala para conciertos y conferencias, y una serie de locales aptos para instalar en ellos a nuestras beneméritas instituciones científicas, literarias y artísticas, que medran penosamente porque los alquileres les llevan casi todas sus entradas. Me refiero a las Instituciones antiguas, de méritos indiscutibles: al Instituto Geográfico, a la Sociedad Científica, a la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, a la Junta de Historia y Numismática, al Museo Social, al Círculo de la Prensa, a la Asociación del Profesorado y alguna otra que sería fácil recordar.

¡Ojalá le fuera a usted posible dar vida a esta vieja idea que acaricio desde mucho tiempo y que imperturbablemente pregono cada vez que se presenta una ocasión favorable!

En el piso más elevado de ambos edificios, podría instalarse talleres para pintores y escultores (en Buenos Aires no los hay). Sería, por cierto, un excelente medio para fomentar las artes.

5.° Los frentes, finalmente, que dan a Victoria, Rivadavia y la Plaza Lorea, están indicados para tiendas y almacenes, que producirían una renta muy apreciable, por lo menos, para cubrir los gastos administrativos del conjunto.

*

Me he permitido, Señor, exponer en estas páginas ideas que me preocupan y que considero "progresistas". La noble iniciativa de usted ha tenido la virtud de impulsarme a darles forma escrita.

Vivamente deseo que usted las encuentre oportunas y quiera consultarlas con personas competentes para someterlas después al elevado criterio de la Comisión Municipal.

Mis sinceras felicitaciones.

CARLOS E. ZUBERBUHLER.

NUESTRA ARQUITECTURA

Hasta hace un par de años nuestros arquitectos no tenían tiempo para considerar sus obras; el tiempo era poco para realizarlas. Hoy, por el contrario, siendo raro el quehacer, podemos pensar, juzgar lo hecho y preparar nuestra obra futura.

Bueno es que cada uno piense para sí; pero también es útil que algunos publiquen sus ideas; porque si el pensamiento de cada pueblo ha de gobernar a sus arquitectos, no podría tiranizarlos demasiado, sin perjuicio para todos. El buen servidor, que en su servicio es siempre más sabio que su amo, debe ilustrarle. Además, y es claro, los arquitectos también tenemos voz y voto como parte del pueblo.

Desde el fondo obscuro de la época colonial, los argentinos nos encaminamos a una vida luminosa. A muy corta distancia en el tiempo, éramos casi una página en blanco en lo que a cultura humana se refiere. El indio, "las boleadas", "el rodeo", la tropa de animales o de carretas, el mate y la siesta, la guitarra con sus aventuras o desventuras de amor; "la pulpería" en el desierto, y en la ciudad funcionarios ensimismados y cierto número de comerciantes; unas cuantas docenas de jóvenes inficionados por libros franceses, mientras se evitaba por razones de moral que las señoritas apredieran a leer, eran, casi, los rasgos de la vida en el Río de la Plata cuando se alzó la bandera de independencia. Vino enseguida el conflicto entre la población del campo y la "burguesía decente", como la llama López; entre la "barbarie y civilización" como dice Sarmiento; entre el gaucho, hombre más primitivo, y el civilizado "pueblero"; un período de lucha cruenta por el poder y la prepotencia, y por fin, la organización política y jurídica del país. Nuestra revolución iniciada hacia 1810 y terminada medio siglo después, tuvo como única expresión en bellas artes, que se añadieran a las antiguas canciones, danzas y leyendas populares: poetas y oradores. Lo que algunos han dado en llamar

"arquitectura colonial" consistía en iglesias y pobres casas, mero transplante de las iglesias y casas españolas por "chapetones", sin vínculos reales con la raza en formación, una arquitectura no comprendida ni necesitada por aquel pueblo, y luego reproducida mecánicamente sin noción visible de arte, bien que se plegara dócilmente a la simplicidad de costumbres de nuestros mayores, dando por resultado casas de muy agradable y reposado aspecto. Hasta hace medio siglo teníamos el tradicional lirismo y épica populares, hoy casi extinguidos, y la nueva oratoria y poesía. No había otro deseo ni otra noción de estética. Tampoco se practicaban las artes útiles y las ciencias, sin cuyo concurso el deseo de belleza no admite expresión apreciable. Sin población, no podía haber industrias; y sin las necesidades industriales, poco lugar había para el aprendizaje y desarrollo de las ciencias. Pero a partir de la guerra con el Paraguay, la Argentina entra en su período de gran crecimiento material; afluye una gran inmigración ávida de riqueza, las industrias del campo, el comercio y las comunicaciones y en suma todo lo que fuera crear valores económicos absorbe el esfuerzo y la preocupación generales hasta tocar, en más de un momento, un utilitarismo vecino a la estupidez. Por fin el país celebra el centenario de su revolución con una ciudad tan grande como las mayores del mundo, y casi tan rica. Todas las circunstancias materiales para el florecimiento de las Bellas Artes están cumplidas, a lo menos en la ciudad capital; pero las artes plásticas no florecen, porque el pueblo no tiene antecedentes, ni cultura, ni aspiración propia en tal dirección. Ha tenido que empezar por la imitación de modelos extranjeros y por la asimilación de ideas extranjeras y en eso estamos. Y es digno de notarse que nuestros pintores y escultores precedieron a nuestros arquitectos, en contradicción con el origen histórico de estas artes. En 1902 egresan de nuestra facultad de ciencias los primeros arquitectos argentinos; antes, que yo sepa, solo uno, don Joaquín Belgrano, había ejercido esta profesión. Hace diez años los argentinos arquitectos no pasaban de treinta y los constructores eran dos, y había que luchar contra una ignorancia pública que no tenía noticia de las funciones propias del arquitecto y consideraba a todo gran edificio como una obra de ingeniería, sin perjuicio de que un "maestro mayor" práctico pudiera ejecutarla. Hasta ese momento toda nuestra edificación, buena o mala, era obra de extranjeros, y si alguna adaptación sufrieron, y cada vez menos, las casas a las costumbres del

país, ello fué debido a las direcciones dadas por el propietario cuando no se dejara seducir por el prestigio de lo más europeo y adelantado.

Pasada la crísis del 90 y antes de entrar en liza los arquitectos argentinos, ya la ciudad se llena de suntuosos edificios y buenas casas, aunque nadie sepa ni a nadie le importe quiénes son sus autores. Yo tampoco lo sé. Incomprendidos, a pesar de la firma que graban en sus paredes, están por ahí en fachadas e interiores el académico Paquin, el fogoso teorizante Altgelt, uno de los raros que entre nosotros hablaran de arquitectura, el lujoso Christophersen, hoy cultor de una simplicidad no poco afectada, a quien tanto debe la escuela argentina de arquitectura iniciada bajo su comunicativa inspiración, el fantasista Le Monier, y algunos otros de mérito equivalente y menos recordados.

No bien aparecen los arquitectos argentinos, vemos que, aunque su obra no presente, como es natural, caracteres nuevos y definidos, les falta tan sólo número y pocos años para suplantar ventajosamente a sus colegas extranjeros.

Al considerar nuestra presente arquitectura, podemos consolarnos al saber que no es nuestra, pues debemos condenarla. Sería gran lástima si no fuésemos capaces de repudiarla. Sepamos acusar primero sus grandes vicios. Por mi parte la acuso de querer llamar la atención a todo trance, y, por supuesto, de no conseguirlo. Se persiste en buscar ante todo una decoración rica o novedosa sacrificando las necesidades, destino y economía de la construcción. Convengamos en que la culpa es más del pueblo, que de sus arquitectos. Esta arquitectura ostentosa es el espejo de la falsedad y vanidad en que todos vivimos. Nuestro propietario sabe más de dinero que de belleza; la confunde con el lujo y hay que darle lo que pide, — para eso paga. Si fuera cierto que el deseo de ser lisonjeado y admirado es más grande entre los salvajes que entre los civilizados, podríamos esperar que alcanzaremos un día aquella sinceridad, sin la cual el verdadero arte no puede existir. La sinceridad se aleja cada día de ser una virtud pública, y sólo triunfa por medio de individuos, de artistas. Y no será individuo o artista quien se ablande ante las sugestiones de la opinión pública y de la moda, quien no sea capaz de desdeñar el aplauso y todas las satisfacciones ajenas al placer de la obra en el acto de hacerla. El artista que se preocupa por su público está perdido; es un fal-

sificador ¡y cuántos lo son! Y cuántos se ven obligados a sacrificar en aras de la falsedad, no sólo para subsistir, hasta para ser tolerados. Así fué siempre, y así es el resultado.

No hallamos raro que un palacio mandado hacer para oficinas de la lotería se convierta en Biblioteca Nacional, o que otro palacio que había de ser escuela fuera ocupado primero por tribunales, y últimamente por las reparticiones del Consejo de Educación. Aparte de las virtudes mágicas de tales edificios, ya era peregrina idea la de *palacios* para una vergüenza como la lotería, o para escuelas que están siempre por construirse por falta de fondos, y que razonablemente nunca deberían ser, ni parecer, palacios. Pero el delirio de las grandezas sigue. Dígalo una escuela primaria que no se diferencia de otras sino porque ha costado más plata, y que, siendo bajo todos aspectos un edificio disparatado, culmina como lección de egoísmo y soberbia para los niños que la concurren. Frente a ella, tenemos un Palacio de Justicia donde el arquitecto creyó salvarlo todo por el mero efecto de masas, una obra tan insoportable que la escueta enumeración de sus horrores ocuparía páginas; basta decir que allí ha resultado una sugestiva concordancia entre la tétrica distribución de las salas, patios y galerías y la luz indecisa y artificial que caracteriza y necesita nuestra institución de los pleitos y sentencias; entre detalles como las filas de sus grotescas e injuriantes estatuas y las abominaciones de la jurisprudencia humana, demasiado humana. ¡Y decir que es esta concordancia oculta, por la ignorancia de que la justicia es Sol, lo que ha dado origen al concepto corriente de que esa alta cueva es uno de los buenos monumentos de nuestra metrópoli!

No es poca suerte que a ningún arquitecto argentino le haya tocado lucirse con obras semejantes.

Si de los edificios públicos, muestra elocuente del talento de nuestros gobernantes para *elecciones* de toda clase, pasamos a los privados, el espectáculo es más tranquilizador sin ser satisfactorio.

En todas partes puede notarse el olvido o menosprecio de principios elementales de la construcción. Aun siendo posible, que no siempre lo es, el estudio de la orientación de las diversas partes del edificio falta o fué insuficiente; las condiciones de luz y ventilación no fueron respetados por el arquitecto, sea porque no les asignara la soberana importancia que tienen, sea porque el man-

dante pedía renta y más renta; la proporción y distribución de las salas, comunicaciones y servicios fueron descuidadas por análogas causas; el arreglo de las masas y la decoración y relieves externos e interiores fueron estudiados sobre el papel, a ejemplo de lo que muestran las láminas, sin tener presente la especie de luz que habrá de iluminar esas cosas, luz del Sol, luz difusa, cenital, del norte o sud. ¿Qué importa todo... si lo que el cliente pide es renta o aparato de riqueza, o ambas cosas a la vez? El arquitecto puede, y tiene que guardar para otra oportunidad las leyes de su arte; "la república no necesita químicos". ¿Y qué obra de arte puede caber opresa por enormes muros medianeros, o en las consabidas lonjas de diez o poco más "varas" de ancho? Ahí están los dos vicios radicales de nuestra arquitectura; digamos su imposibilidad misma, a saber: su exhibicionismo y su mercantilismo que corresponden a la presunción y a la codicia de los hombres, a dos sentimientos tan tiránicos como antiestéticos. Por eso son raros los edificios en cuya fachada pueda leerse su plano y en ambas cosas su objeto. Ya no puede decirse que las paredes de las casas son transparentes para el arquitecto; estamos, más bien, en el secreto de lo que los muros pueden tapar; a través de ellos no puede verse otra cosa que la falsedad que encierran. Contra este resultado de la Civilización que está afuera sin dejar de estar adentro de los arquitectos, nada puede esperarse. Ninguna arquitectura podría sobreponerse a la cultura general de su pueblo. En el curso de la civilización ya las Bellas Artes alcanzaron sus cumbres y hoy todos los esfuerzos de los artistas son para impedir su naufragio, para mantenerlas a flote, hasta que la esperada regeneración de la humanidad traiga consigo los fundamentos morales necesarios para una arquitectura superior, y para una Belleza no ya separada y como extraída de la Vida, sino en íntima fusión, con todas y cada una de las manifestaciones de la Vida.

Pero aún en las peores circunstancias hay todavía un progreso incesante de la mente, que espera su hora. Siempre que un individuo pueda ganar hechos, su arte, cualquiera que él sea, podrá ganarlos. No ha de paralizarnos el conocimiento de nuestras limitaciones; en la práctica hemos de proceder libres de todo escepticismo, como si lo mejor estuviera a un paso de nosotros.

Mencionemos todavía otra forma prosaica de la desmoralización del arquitecto por la falta de discernimiento de sus clientes y del público. Si un trabajo concienzudo no es más apreciado que otro

de aparato, lo más a menudo el profesional optará por lo cómodo. De ahí resulta una manera de trabajar como ésta: el arquitecto se ocupa de tomar trabajos por medio de sus relaciones o fama, para distribuirlos entre dibujantes que los estudian y desarrollan; y aún cuando esta tarea esté dirigida y rectificada por el arquitecto, la mitad del proyecto es obra de dibujantes, de legos en la materia. De este modo los que tienen escasa vocación se van desentendiendo de su arte, y los demás todavía no se deciden a reducir el auxilio del dibujante a la tarea mecánica de poner en limpio o sacar copias, pues eso importaría rehusar una cantidad de trabajo y una ganancia que siempre parece poca. Debe haber excepciones. Tenemos arquitectos que en un año han proyectado y dirigido cuarenta y más obras, en la capital y fuera de ella. Esto, como se comprende, no es más que una media verdad. Otra cosa será cuando nuestro pueblo adquiera ideas de arquitectura, poniéndose, como se pondrá en muy breve plazo, a la altura de las naciones más cultas.

¿Qué sabe nuestro pueblo de arquitectura? Por más que haya mirado aquí o en Europa, no ha visto nada. No sospecha lo que el arte de construir le ha dado, ni lo que puede darle y le dará. Pues toda la gente ve muy bien que es ella la que hace sus casas y ciudades, pero no imagina hasta dónde sus casas y sus ciudades la están haciendo a ella. La influencia de toda arquitectura buena o mala en el carácter y costumbres de las personas, no es menos grande que los estragos ocasionados por tantas habitaciones insalubres. Sin contar la sugestión ideal que puede darnos esa "música congelada" y todas las vías sutiles por las que insinúa inconscientes pero persuasivas enseñanzas, es claro que, por ejemplo, una habitación incómoda nos embaraza, estorba los movimientos graciosos del cuerpo y por consiguiente se opone a la gracia del carácter. En más de un caso, no persistiría nuestro mal humor en nuestra casa, si el arquitecto la hubiera dispuesto con una perspectiva interior que falta en absoluto, y que en un grado u otro habría sido muy fácil obtener con sólo desearla. Esto se relaciona con la manía de reclusión, que considera indispensable que desde cada pieza no se vea más que lo que allí está o pasa, y que eso mismo no pueda ser visto desde afuera. Separaciones y separaciones, escondrijos y escondrijos; vemos aposentos y por ninguna parte el hogar de la familia. ¡Cómo no ha de ser grande el fastidio de los moradores de la casa! No soñaron, y efectiva-

mente no se encuentra en ella un sólo detalle pintoresco, ni una planta si no es artificial, y todas las horas del día no se diferencian por una luz diferente, sino por mero aumento o disminución de una luz mísera y siempre pobre. Sequedad y monotonía, que del ambiente repercute en el alma. El adulto es ya civilizado y soporta pasablemente todo eso; pero, los niños, pobres pájaros o fierecillas, enjaulados o encajonados, se ponen malos; malos para llamar el médico, y malos para dar ganas de huir de aquel infierno de riñas y chillidos. El niño, alejado de la naturaleza se corrompe y vive desesperado; si pudiera seguir su gusto cambiaría esa casa por una choza. El arquitecto podría muchas veces observar, diciendo: "En el programa que usted me da, me parece que se olvida los niños; yo podría proponerle a usted una economía en médico, escuela y malos ratos."

El verdadero arquitecto es un reformador, un guía de la humanidad; su misión es perfeccionar lo que sostiene la vida y disminuir los fardos, llevándonos a una existencia más sana y elevada. La eficiencia de su obra no admite comparación, si se considera que su obra se aplica a las necesidades o usos, tanto o más que a la belleza, y que tiene una permanencia y continuidad de que no gozan la estatua, cuadro o sinfonía, obras que si pueden impresionar más vivamente, nos visitan tras largas ausencias, no acompañan nuestros días y nuestras noches.

No basta que riamos de las "decoraciones construídas" para oponerles nuestras "construcciones decoradas"; hay que saber que "el edificio adaptado estrictamente para responder a su fin, resultará bello aun cuando no se haya tenido en vista la belleza". Esto es así en virtud de las leyes de la Naturaleza y del Espíritu. El verdadero artista sabe quién es el Artista; sabe que no es él ni ninguna otra persona. "El alma universal es el único creador de lo útil y de lo bello; por consiguiente, para hacer algo útil o bello el individuo debe entregarse o someterse a la mente universal."

Nuestro arte está felizmente tiranizado por la Naturaleza. "Debe conformarse a las leyes de la Naturaleza, o será hecho polvo bajo su omnipresente actividad. Nada que sea chusco o fantástico podrá resistir. La Naturaleza está siempre interviniendo en el arte. No podéis construir vuestra casa o pagoda como queráis, sino como debáis. Hay un pronto límite para vuestro capricho. La torre inclinada puede inclinarse hasta ahí no

más. El techo del mirador o de la pagoda puede curvarse hacia arriba hasta un cierto punto. La pendiente de vuestro techo está dada por el peso de la nieve. La prudencia del arquitecto sólo cabe dentro de estrechos límites: la gravedad, el viento, el sol, la lluvia, las proporciones de los hombres y de los animales, y hechos semejantes tienen más que decir que él. Ante una necesidad tan omnipotente, lo artificial en la vida del hombre resulta insignificante."

"Si un hombre puede construir una simple casa de campo, con tal simetría que parezcan de poco precio y vulgares todos los hermosos palacios, lo debe a la Naturaleza, cuyos poderes todos le sirven; haciendo uso de la geometría en lugar de gastos; agujereando una montaña para su chorro de agua; dando pretexto para que el Sol y la Luna parezcan meras decoraciones de su morada."

¿Cuál ambiente rodeará la obra; de qué modo la obra podrá ser recibida y completada por un ambiente dado? Aunque se trate de una ciudad hecha por el comercio, debe consultarse el ambiente. Edificios muy irregulares chocarían con la regularidad que los rodea; y si tratamos como visible lo que en nuestras calles angostas es imposible ver o apreciar, será un despilfarro ridículo. Notemos la importuna presencia de la gran casa que hace esquina en el ángulo principal de nuestros hermosos jardines de Palermo.

Pero, la principal falla de nuestro arquitecto consiste en que esta profesión sea distinta de la de constructor. Así no podrá ser más que un artista a medias; es inútil que pretenda ser un constructor en potencia; no lo será de veras, si no lo es en el hecho. Si no toca y mueve los materiales, más de una vez los olvidará y será engañado por ideas inconsistentes. Entre la anatomía del edificio y el dibujo de sus superficies hay una relación demasiado estrecha para que se la pueda descuidar impunemente. En la historia de Miguel Angel puede verse que "su amor a la belleza se hizo sólido y perfecto por su profundo conocimiento de las artes mecánicas"; y que "no fué un especialista en ornato, ni se limitaba a la silueta y dibujos de torres y fachadas, sino que estaba familiarizado con todos los secretos del arte, con todos los detalles de la economía y de la fuerza."

Es necesario que todo el pueblo colabore con sus arquitectos para poner en claro el contenido de la palabra Arquitectura, en

su mente y en sus obras, en la intención y en el acto. Si es un asunto de interés público, el pueblo debe hacerse cargo de su parte en él. No sólo los letrados de toda clase, también el ignorante debe dar su opinión. Al fin y al cabo, cualquiera puede decir como Montaigne: "Cuando oigo a nuestros arquitectos inflarse con esos majestuosos términos de pilastras, arquitrabes, cornisa, orden corintio o dórico y otros análogos de su jerga, mi imaginación va derecho al palacio de Apolidón, y luego veo que todo eso se reduce a las simples piezas de la puerta de mi cocina."

La opinión del ignorante genuino no es baladí, está sólidamente fundada en su ignorancia, algo nos enseña, y una mala opinión puede ser rectificada y vale más que ninguna.

JULIO MOLINA Y VEDIA.

SAINT SAENS CONTRA WAGNER

Sabido es que la representación de las obras de Ricardo Wágner ha sido prohibida en Francia e Inglaterra.

Esta medida, excusable si fueran únicamente sus iniciadores gobernantes exaltados, asombra cuando se sabe que fué propiciada por un compositor de fama, como lo es el Sr. Camille Saint Saëns, quien está en el deber de defender a uno de los más grandes genios del arte, contra los patrioteros ataques de los filisteos, en vez de unirse a éstos en una campaña infamante para aquél.

Es de lamentar que el compositor francés no haya comprendido que el draconiano úkase de los gobiernos aliados es sólo el desquite de los "snobs", que durante largos años lucharon contra el tedio y el sueño en los teatros líricos de París y Londres, soportando estoicamente la música "savante" en aras de la moda, y que hoy, como esclavos libertos, aprovechan un pretexto patriótico (?) para echar lodo a los dramas musicales que son incapaces de comprender.

Tan cierto es esto, que sólo han sido víctimas de la censura Beethoven y Wágner, es decir, dos grandes genios de la música, no habiéndose tomado medida alguna contra los Meyerbeer, Lehar, Oscar Strauss y demás mercenarios del arte, que no deberían ver ejecutadas sus obras en ningún país de cultura superior.

Los ataques de Saint Saens a Wágner no son recientes. Desde que la élite intelectual francesa admiró la obra del gran compositor germano, aquél emprendió una tenaz campaña en la prensa y en el libro, tendiente a empequeñecer la gigantesca figura de su rival, en la que esgrime argumentos, que como verá el lector, carecen de valor artístico, porque reposan sobre críticas de académico rancio, patrioterías infantiles, e ideas, que por suerte para el arte moderno, están completamente desacreditadas.

Como Debussy, Saint-Saëns no concuerda con las tendencias

de Wágner; pero mientras aquél ataca a una estética y esboza otra, basada en procedimientos, armonías, timbres nuevos y personales, de donde surge su obra, la más original de nuestros tiempos, el segundo se concreta a buscar pretendidos defectos técnicos, y escribe a la usanza antigua composiciones frías, sin personalidad ni emoción, bellas algunas, mediocres las más, en las que el mayor mérito y la única razón de ser son la pureza de la línea y la corrección del estilo, dos cualidades honorables, sin duda, pero que la estética moderna no considera ya como únicas bases de una obra artística.

Con semejante bagaje musical, era de esperarse que Saint-Saëns siguiera cortejando las formas impecables y produciendo las composiciones *correctas*—demasiado correctas para muchos — de las que en nuestra época tiene él sólo la especialidad, y alentara a los que dotados de genio creador abren nuevos horizontes a su arte. Nada de esto acontece, sin embargo, pues todos los innovadores merecen la irónica sonrisa o el despreciativo silencio del ilustre académico, como si éste considerara que crear es atentar contra la música y ofender la sagrada memoria de los clásicos.

Saint-Saëns, que además de distinguido compositor es también un sabio, no debe ignorar, sin embargo, que desde Palestrina hasta Berlioz — último iniciado en la verdad, según aquél — las ideas se han transformado de siglo en siglo y que los que hoy consideramos como clásicos, fueron en realidad grandes revolucionarios en su época.

Guido de Arezzo al agregar dos notas al pentagrama; Gluck en sus dramas musicales; Haydn al crear la sinfonía; Beethoven al reducir a tres, las cuatro partes de ésta; Listz al escribir el primer poema sinfónico y el mismo Saint-Saëns al darle forma definitiva, fueron innovadores tan respetables como Wágner, Debussy o Strauss; puesto que sería ilógico pretender que el arte ha dado ya todo lo que puede dar y que nadie, después de los titulados clásicos, tiene el derecho de enriquecerlo con formas, tendencias y procedimientos nuevos.

Los artistas de verdad, los que tienen conciencia de su misión y de los deberes que impone el talento, pueden aceptar o no las creaciones de sus contemporáneos, pero deben respetarlas y apreciarlas como un noble esfuerzo hacia el supremo ideal de la Humanidad, el progreso.

Si todos los músicos hubieran tenido el criterio reaccionario

del autor de *Sanson et Dalila,* la orquesta estaría aún compuesta por la flauta de Pan. Fué un sacrílego revolucionario el inventor de la lira...

Como lo hemos dicho ya, los ataques de Saint-Saëns a la obra de Wágner, son ajenos al verdadero arte, puesto que tienen por base: patrioterismo y críticas a la forma y a los procedimientos, independientemente de lo que podríamos llamar la esencia de la música, es decir, la emoción, la personalidad, la pasión, facultades todas que no se adquieren en los conservatorios y que son las que señalan a los grandes temperamentos; la belleza de la línea, estando al alcance de cualquier escolástico de talento.

Lo primero es sencillamente ridículo. Ensañarse con el hombre que ha escrito *Parsifal,* porque en un momento de aberración firmó un opúsculo insolente para el heroísmo galo, es llevar al exceso la susceptibilidad patriótica. Tan cierto es esto, que el compositor francés no titubeó poco después de la guerra del 70, — cuando aún sangraba el alma de su pueblo — en adherirse a la cruzada artística en favor de Wágner, olvidando generosamente la demasiado famosa publicación. Sólo cuando la fama del autor de *Tristan e Iseo* eclipsó la suya — como es lógico que acontezca — Saint-Saëns, con evidente mala fe, colocó en primer plano esa sátira que nadie lee y que nada significa comparada con la Tetralogía.

En cuanto a las críticas musicales y literarias a los dramas líricos del compositor-poeta, acusan una carencia de sensibilidad y de comprensión, que es ciertamente lamentable encontrar en un artista de tanta fama.

Las disonancias le parecen "cacofonías horribles que son a la música, lo que los pikles a la comida..." Concepto digno de un mal burgués, pero poco honorable para un artista.

Lástima grande que el compositor francés no haya aplicado la *receta* a muchas de sus obras, que carecen de esa condimentación y son en extremo indigestas a pesar de la pureza de sus líneas!...

El libreto de "Maestros Cantores" le indigna... *et pour cause...* No admite que "Walter, que no ha *estudiado* nada, ni la poesía, ni la música, pueda vencer por la sencillez de su feliz naturaleza, a los sabios Meistersinger."

No creemos, como lo cree el Sr. Saint-Saëns, que en arte todo lo hace la sabiduría; si Walter tenía temperamento y genialidad, nos parece lógico que haya confundido a los honorables burgueses

que se reunían para contar sílabas y notas — y para quienes la poesía y la música eran una sucesión de frases o sonidos, encuadrados en reglas inviolables.

El autor del *Rouet d'Omphale* tiene mucha afinidad con Beckmesser; por esa causa, sin duda, lamenta el triunfo de Walter, evocando el de Wágner, que también ha echado en tierra a tantos Meistersinger modernos!

En otro sitio dice: "El estilo se complica cada vez más: multiplicando las notas sin necesidad, abusando de los recursos del arte hasta el desperdicio, exigiendo, por último, de las voces y de los instrumentos, cosas imposibles."

No se reprocha a un hombre de haber *desperdiciado* (?) notas y recursos, si así se lo exigían su temperamento y su genialidad. Por otra parte, el tal derroche no existe; Wágner, que sabe ser sencillo cuando así lo requiere la situación del drama, es complicado, pero claro, logrando efectos orquestales que no ha conseguido jamás el autor del *Déluge*, obra ésta que en opinión de un crítico, es un diluvio en un vaso de agua, justamente por la sobriedad con que describe un advenimiento tan grande.

"El desdén de la "carrure", que no existía en las primeras obras, se transforma poco a poco, en los últimos tiempos, en una licencia *destructora* de la *forma* y del *equilibrio*."

Para Saint-Saëns, he ahí el sacrilegio! Violar la sagrada pureza de la línea; no considerar a la música como un pastel que para ser sabroso necesita tener forma determinada!

¿Ignora acaso el distinguido académico, que el respeto a la forma consagrada y el equilibrio son patrimonio de los mediocres?

Los genios desprecian esas futilezas; carecen del sentido de las proporciones, no tienen miramientos para con el público y los ejecutantes; siguen ciegamente sus pasiones, sus ideales, los impulsos de su temperamento, sin preocuparse para nada de la tradición. Por eso son grandes, por eso no se les confunde con los que pesan y miden sus sensaciones y, en el temor de violar los cánones, comprimen o alargan con *ficelles du métier*, lo que no admite ni vallas ni límites definidos de antemano, la emoción.

"¿Acaso ofrecer al público bellezas crueles, convidarlo con sufrimientos delicados, y con dolores elevados, no es excesivo? Eso es ya mortificación. Y cuando alguien quiere mortificarse, no va al teatro, se encierra en un convento..."

La ironía de Saint-Saëns es sutil, casi tan sutil como su música.

Por lo visto, este señor, considera que el teatro lírico es un agradable pasatiempo; un sitio propicio a las buenas digestiones de la burguesía, con acompañamiento de música *correcta,* sin grandes pasiones que puedan perturbar el funcionamiento del estómago; pero con bellezas y purezas de líneas melódicas, que al deleitar agradablemente el oído del público, complemente la beatífica somnolencia que sigue a las copiosas comidas!

Con semejante estética, no comprendemos por qué *Les Barbares, Henry VIII, Proserpine,* y otras óperas de Saint-Saëns, han fracasado tan lamentablemente; el público es, a la verdad, injusto e ingrato con el ilustre maestro...

"El encantamiento del fuego", tiene el defecto (?) de habituar a los maestros de la orquesta, a las ejecuciones *a peu près;* "La Muerte de Amor de Isolda", de comenzar en un tono y finalizar en otro; razones académicas que llenan de júbilo a los cristalizados, a los escolásticos, a los insensibles, pero que en nada afectan el entusiasmo que tienen por Wágner, los que buscan en la música, lo que Mauclair llama: *le sens intime de la musique.*

Terminaremos esta triste serie de citas, con la última, adaptada al ambiente y a las circunstancias — el Sr. Saint-Saëns tiene el don de la oportunidad — en la que pretende demostrar que en la música de Wágner "se perciben las crueldades cometidas por los alemanes, con mujeres y niños y el bombardeo de catedrales"!

Nada de particular tendría, que en una *revue* de la *Scala* o de *Folies Bergères,* un musicastro satirizado desarrollara ese tema; pero, francamente, que un Saint-Saëns pueda sostener semejante disparate nos parece el colmo de la necedad y de la mala fe o un síntoma grave de reblandecimiento cerebral, muy lógico esto último en un hombre de edad tan avanzada.

En el supuesto de que el ilustre maestro gozara plenamente de sus facultades, las conclusiones a que arriba, después de estudiar la obra wagneriana, nos confirman en lo que sospechábamos; esto es, que al hurgar con tanta severidad, que al inventariar con criterio de tenedor de libros, los defectos técnicos y el desperdicio de notas, no ha tenido tiempo — en el supuesto de que su temperamento se lo permitiera — de compenetrarse de la emoción, de la suavidad, de la elevación de los conceptos y de los

ideales, de las pasiones y de los dolores, que son la esencia de la genial obra.

Por no haber sentido el misticismo que se desprende del preludio de *Lohengrin,* del coro de peregrinos de *Tannhäuser,* del preludio del primer y tercer acto de *Parsifal,* es que Saint-Saëns se atreve a decir que percibe al través de la música de Wágner el espíritu que impulsa a los que bombardean catedrales. Del mismo modo que por no haber sido capaz de emocionarse ante la pasión y el dolor de Elsa, Elisabeth, Iseo, Brunilda, Kundry — acaso la más sublime de todas — es que pretende ver asesinos de mujeres!

El hombre que declaró que *producía obras para cumplir con una función(!) de su naturaleza, como el manzano produce manzanas,* no puede comprender a Wágner, puesto que éste no es un *árbol inconsciente,* pero un *hombre genial;* que no produce "para cumplir con una función de su naturaleza", pero sí para traducir e intensificar un estado de ánimo, una pasión, un ideal.

He ahí divergencias insalvables que explican las críticas de Saint-Saëns.

Existe demasiada disparidad de criterio y temperamento entre el hombre que refleja en sus obras las crisis capitales de su vida: la pasión en *Tristán e Iseo,* el heroísmo en *Sigfredo,* el misticismo en *Parsifal* y el que escribe para llenar una necesidad fisiológica, variando de tema al azar de los pedidos de editores o admiradores, para que pueda esperarse, por parte del mediocre, justicia para con el genial.

No es nuestro propósito establecer un parangón entre Wágner y Saint-Saëns; pero creemos necesario hacer notar la pequeñez e insignificancia artística del segundo comparada con la del primero, para que los ataques al gran genio alemán, sean medidos en su justo valer.

Contrariamente a lo que se nota en Wágner, que desde *Rienzi* hasta *Parsifal,* marcha al través de una serie de obras maestras, de diferente carácter, cierto es, pero todas ellas lógicas cuando se estudia la vida íntima de su autor, hacia un constante progreso que culmina con la obra inmortal; las producciones de Saint-Säens, forman un caos, en el que se codean obras perfectas y mediocres, religiosas y profanas, escritas al *estilo* de todos los siglos y de todos los países, con excepción quizás del estilo propio, sin que se vea al clasificarlas por orden cronológico, que su creación res-

ponda a las influencias psíquicas de las diferentes etapas de la vida y de las múltiples pasiones e ideales que impulsan a los hombres de temperamento.

El inconsciente *manzano* de marras, que da frutos buenos y malos, chicos, grandes o agusanados. nos parece un símbolo....

La obra musical de Saint-Saëns, pese a sus admiradores, no tiene puesto en la historia de la evolución del arte moderno. Inspirada en fórmulas e ideales caducos, es un anacronismo en nuestra época de individualismo. Su mayor gloria es haber logrado "ser clásica" en vida de su autor, gloria que pocos compositores contemporáneos envidiarán y que explica cierto desdén de los intelectuales por el hombre que ha dedicado sesenta años de labor artística a la busca de la pureza de la línea, a costa muchas veces de la originalidad, fuerza, pasión y demás cualidades primordiales para las obras de arte tal como las concebimos hoy.

Saint-Saëns vive fuera de su época; pero, en vez de ser uno de esos *faros* de que nos habla Baudelaire, que anteponiéndose a sus tiempos luchan y sucumben muchas veces para guiar a la Humanidad hacia nuevos horizontes y nuevos goces espirituales, mira hacia el pasado; despreciando medio siglo de progreso y creaciones para encastillarse en fórmulas consagradas.

Todo ideal es respetable. Seríamos los primeros en admirar la constancia del distinguido autor de la *Dance Macabre* si no existiera en él ese espíritu militante, digno de mejor causa, y ese prejuicio contra toda genialidad, que transforma a un soñador de frías y correctas bellezas en un peligroso reaccionario, capaz, porque talento no le falta, de desalentar los entusiastas esfuerzos de nuestra generación musical.

Wágner no es el único atacado. Las mayores glorias artísticas de Francia: César Frank, Debussy, Dukas, d'Indy, Ravel, han sido o son objeto de sus severas y académicas críticas, en las que no se les nombra, acaso por temor de difundir personalidades ignoradas del público, entre el cual pueden surgir admiradores, que ya no lo serían de la obra "clásica" del severo crítico!

La conducta de Saint-Saëns para con César Franck fué más infamante aún que la que observa con Wágner, pues si en este caso ataca una obra universalmente admirada, en el otro se esforzó en hacer el vacío en torno de un gran artista desconocido, llegando hasta rechazar la dedicatoria que aquél quería hacerle de una de sus mejores composiciones.

Como acontece generalmente con los artistas geniales, la posteridad reparó la injusticia de sus contemporáneos, colocando la obra musical de César Franck, entre las de los más grandes compositores de todos los tiempos.

En cuanto a Camille Saint-Saëns, que tuvo la suerte de ser alentado y presentado al público por Listz, gozó, desde el comienzo de su carrera artística, de una halagadora popularidad, popularidad que disminuye de año en año, a medida que se difunde la cultura moderna y que se conocen las obras de los Rimsky Korsakoff, Strauss, d'Indy, Debussy y otros compositores de nuestra época, siendo esto, sin duda alguna, lo que tanto agría su carácter.

Sin embargo, Saint-Saëns no puede hacer a nadie responsable de lo que acontece, pues el mismo culpable es él, que no supo ver en la música otra cosa que una serie de recetas y fórmulas seculares, que es imposible transformar, aplicando, acaso sin saberlo, el criterio chino: "la música debe cuidarse de todo exceso. Será modesta, frágil, reservada y aun se impondrá saludables privaciones", cuando sus contemporáneos han evolucionado hacia un arte más humano, más espontáneo y menos académico.

En esta lucha del *talento* contra el *genio,* Saint-Saëns sólo logra desacreditarse, puesto que en los dominios del Arte, el único medio de eclipsar una gran obra, es crear una mayor aún, y esto no lo ha logrado ni lo logrará jamás el Sr. Camille Saint-Saëns!

GASTÓN O. TALAMÓN.

POR LA ANCHA CASTILLA

I

¿Ladrón? ¡No! El ciego de Cuzcurrita jamás fuera enemigo de lo ajeno. La cosa, en rigor, no merecía tan acerbo juicio.

Cierto que el vecindario de Ventrosa no fué pródigo con el juglar aquella tarde. En ocho largas horas de rimarle virtudes y apelativos, bajo los balcones de harto acomodados hijos de la villa, había obtenido tres o cuatro reales. Era una miseria. ¡Con tres o cuatro reales no viven un viejo y una rapaza, durante todo un día!

Sólo en la posada dejaron una peseta a cuenta del almuerzo. Al salir de la aldea, ocho o nueve gallinas metíanse entre las patas del burro, buscando granos de cebada en el estiércol. El ciego de Cuzcurrita que veía un poco — sólo un poco — dijo a la nieta:

— Micaela, tira una piedra a esas aves, no sea que las pise el burro, no sea que las pise.

Y la rapaza, obediente al ruego tiró la piedra. La tiró con tan mala fortuna que dos plumíferas quedaron desnucadas.

El viejo lamentó el percance. Al fin y al cabo las pobres gallinas nada malo habían hecho para merecer tal pena.

— ¡Ay, si se entera el alcalde! — tembló el ciego.

— ¡Ay, si nos agarra agora el alguacil! — suspiró la mocica, con un castañeteo medroso de los dientes.

Entonces el ciego de Cuzcurrita, que veía un poco — sólo un poco — compadecido de las gallinas y temiendo por la nieta, trincó del cuello a los poco avisados animales y los metió en la alforja.

Esto era todo.

Y con ser tan poco, bastó para darle fama de foragido en

toda la sierra. ¡Foragido él, que, descartando su agrado ante el buen aguardiente no tenía defecto! Porque no podía llamarse defecto su errabundez, yendo de pueblo en pueblo para engarzar, en una trova ingenua, los nombres de los comarcanos que tenían mejor corazón o bolsa más boyante.

¡Cuántos escalan la Casa Consistorial con menos motivo!

II

El ciego de Cuzcurrita va marchando por el camino — fiero y zigzagueante camino — que trepa y baja por las montañas, tal que una sierpe reptando paralela a la sierpe del río. La brisa serrana orea de vez en vez las testas que el sol abrasa, mientras dora el paisaje. Los viejos robles sacan sus raíces, constreñidas y trágicas, por las peñas. Zarzas y espinos tienden ramas híspidas por aquí y acullá...

Y, abajo, el río arrulla, canta, ruge, salta y se retuerce como un mancebo enloquecido de amor...

El ciego de Cuzcurrita va caballero en el burro, seguido por la nieta que hurta su rostro al sol con un pañuelo. Es un rostro cetrino, enjuto, sin carácter. Apenas si los ojillos brillan con ladinería, que se creyera contagiada del viejo. Grandes son sus pies, grandes sus manos. El talle se cimbrea. Es infantil su seno, apenas hinchado, puntiagudo.

— ¿Te cansas, rapaza?

— Yo no me canso, abuelo.

Se detiene la mocica para arrancar una mora, tan negra que azulea. Pronto desaparece entre sus labios que quedan tintos. Luego coge unas endrinas, cuya acidez hácele entornar los ojos. Pasan por "Las Goteras", un barranco donde vibra un hálito mortal. Las rocas se yerguen hostiles como dos monstruos del Apocalipsis. Después el camino asciende con algunos peldaños labrados en la piedra.

El ciego eleva la mano abierta, proyectando hacia afuera el dedo del corazón. Fíjase en la sombra dibujada en la palma. Musita:

— Llegaremos a mediodía, rapaza.

La mozuela entrevé las familias yantando — quienes en el comedor, quienes junto al lar — prontos a salir para darles su

óbolo. Viven de la caridad hace ya mucho tiempo. El abuelo, que trabajara en las minas, cegó. Tenía mente despierta y voz muy persuasiva. Tocaba la guitarra medianamente. Antes que morirse de hambre — la hija casada, apenas si pan había para los suyos — decidió explotar aquellas facultades que, en los años mozos, le valieron triunfos. La nieta, apenas con cinco años, sirvióle de lazarillo. Con el tiempo — gracias a un empeño de la Virgen de Valbanera —, el hombre llegó a ver. Veía poco: lo suficiente para poderse guiar. Sin embargo, no prescindió de la nieta, por serle grata su compañía. Y el tío Luzmela, no obstante cobrar el precioso sentido, siguió siendo el ciego para los lugareños, que la ceguera — y esto harto sabido es — mueve a compasión y es desgracia que se explota.

III

Dejaban atrás los plantíos, cayendo de la torre doce campanadas que temblaron en el azul como almas coritas. El ciego veia ya las primeras casas de la villa, apretujadas tras la iglesia, de un color almagre, hostil y profano. La torre era humilde, revoloteando en su torno muy gritones vencejos.

Enarcaba su lomo el Arrastranalgas, en cuya alta cima indianos animosos plantaron una bandera. En frente, el monte San Lorenzo desafiaba al pico de Urbión.

— ¿Te cansas, rapaza?

— Yo no me canso, abuelo.

Minutos después metíanse en el pueblo. La plaza reposaba desierta. Fueron hasta la casa del alcalde, luego de poner pienso al burro en la posada. Tío Paulino tenía fama de generoso. Junto a su puerta rasgueó la guitarra, dejando oir su metálico son el triángulo. Se fundieron la voz caduca del ciego y el falsete estridente de la rapazuca:

Yo le canto a don Paulino,
alcalde sea mientras viva;
es un caballero noble,
la flor de Viniegra Arriba.

Por la ventana, una mano arrojó cuatro monedas de cobre.

A la señora Leonor
.....

—¡No cantéis más!—exigió un rostro patilludo, que estuvo asomado sólo un instante.

Marcharon los juglares más allá, hasta el domicilio de un indiano opulento:

Estrella resplandeciente,
yo le canto a don Manuel,
si muchos enriquecieron
nadie con tanto saber.

El panegírico dió también su fruto. Pero, en los otros hogares, al conjuro de la jota, los habitantes atrancaron las puertas. No faltó mujeruca que saliera para encerrar sus gallinas.

—¡Esto me parece perdido!—se dolió el viejo en la posada, obscureciendo ya—¡A seis reales no alcanza lo que sacamos hoy! Ayer en Viniegra de Abajo, no nos dieron ni cinco. ¡Los buenos corazones se pierden!

—¡Si no os quedarais con lo que no os corresponde!—gañó la posadera.

Trátase de una mujercilla enteca, corcovada, anodonta, que se dijera trasunto de una bruja de Goya. El ciego, amedrantado por su lengua vipérea, no quiso lanzarle la sátira que le punzaba en los labios. Elevó la cabeza con fementida unción, y dijo alzando las manos que rozaron una tripa de manteca pendiendo del techo:

—¡Tú eres Señor de todo! ¡Hágase tu divina voluntad!

La tripa de manteca quedó escondida entre los pliegues de la blusa.

IV.

El ciego de Cuzcurrita emigró de las serranías. La vida entre aquellos desconfiados aldeanos se le hizo imposible. Quiso marchar a la capital y le informaron de que la mendicidad hubo de ser abolida:

—¡Qué me den una puñalada en el pecho! ¡Válame Dios lo que la corrupción y el pecado pueden en las ciudades!—rezongó.

Campo a traviesa, echóse a andar un buen día. Se detuvo en los pueblos riojanos con que topó. Pero el poco conocimiento que de los lugares y las gentes tenía impedíale zurcir aquellas sus coplas ahitas de nombres y arrumacos. Escaso fué el resultado.

Y siguieron surcando la Rioja, bajo un sol estival, áureo, implacable, que reverberaba en los rastrojos, bruñendo las inquietas pámpanas de las viñas...

—¿Te cansas, rapaza?

—Yo me canso, abuelo.

El viejo advirtió miradas codiciosas en alguno de los carreteros que pasaban. Un mocete jaque que les brindara vino, al tiempo en que alzaba su bota la muchacha, le pellizcó en el seno:

—Lo mesmo que las uvas: ¡por madurar!—rió procurando le oyeran los que viajaban en el carro.

Hubo una risada unánime, mientras la mozuela, ruborizada, sentía el cálido golpeteo de la sangre en las sienes. Cerca de Nájera abandonaron la carretera para internarse por el camino de Badarán. El ciego fiaba en la ingenuidad generosa de los labradores. Hostilizado por los tábanos, el burro sacudía grotescamente las patas sobre la tierra dura, apelmazada y roja, tal que si la hubieran regado con vino.

—¿Por qué no cantas, rapaza?

—Tengo miedo, abuelo.

—¿Miedo y estoy yo?

—Es que no es miedo, abuelo. Me acuerdo de mi madre. Tanto nos alejamos, que temo no verla más.

—¡Pamemas!... ¡Bah!...

Guardaron silencio, cortado por los pájaros que picoteaban los racimos de uvas. Pasó una "picaraza" de vistoso plumaje negro, con blanco corbatín. Unos pollos de codorniz salieron de entre los pies de la muchacha, junto a los rastrojos. Micaela hubo de perseguirlos en vano.

—¿Te cansas, rapaza?

—¡Ahora sí que me cansé, abuelo!

Un poblado alzábase a lo lejos. Era Cárdenas, que surtió de mendigos a la comarca antaño. Al fin los hijos de Cárdenas aprendieron a laborar la tierra. Redimiéronse de tal suerte. El ciego de Cuzcurrita tenía resuelto pernoctar allí.

V

Rebasaron la meseta castellana, de lugar en lugar... El ciego hastiábase pronto de todos aquellos pueblos a los que llegaba con

las luces del atardecer. Un quesero manchego, abdominal y sentencioso como Sancho, quedó con el jumento, previo desembolso de quince duros. La profesión del tío Luzmela iba de mal en peor. Micaela, que veía en el animal un muy fiel compañero, lloró con el pecho oprimido cuando se lo llevaron.

—¡Pa lo que nos sirve! — dijo el ciego por consolarla. — ¡Algo más segura que nosotros tiene la pitanza!

En lo sucesivo los dos viajaron a pie. Cierta mañana, avanzando "con la fresca" por un caminillo polvoriento, halláronse de buenas a primeras con bizarro número de cazadores, que yantaban sobre el césped.

— Gente prencipal ha'e ser! — advirtió sagaz el viejo — Atina cómo les relucen las sortijas.

Los señorones alborozáronse al sorprenderlos:

—¡Un sutil juglar, perdido con su lazarillo! — gritó uno.

—¡Y encontrados por nosotros! — borbolló un caballero, alto y barbudo, como un hidalgo de Theotocópoli.

Les hicieron cantar, les brindaron viandas opíparas, vino blanco y bullidor. El tío Luzmela, impresionado por la franca acogida, les contó su historia: Cómo naciera en tierras de Castilla la Vieja, trabajando de minero, hasta cegar. Compuso una trova en loor a los cazadores:

Entre toda la grandeza
de España y otras naciones,
no se encuentran caballeros
de más altas condiciones.

Volvieron a ofrecerle fresas apetitosas: tortilla de jamón, lomo de pavo...

—¡Come rapaza, que nunca has de verte en otra!

—¡No beba tanto, abuelo! — suplicaba la nieta.

El de Valdepeñas arrambló con las penas, tan dorado y oloroso como el mosto de Jerez. Excitadas por el alcohol, las mentes concebían frases extraordinarias. El ciego de Cuzcurrita refirió chanzas aprendidas en sus errabundeos. Los otros contaban historias pecaminosas, con maridos anulicórneos y depravaciones que el ciego desconocía. Con toda discreción, Micaela hubo de alejarse, so pretexto de hacer un ramo con florecillas silvestres.

Bebía el ciego, excitado, enardecido, rijoso... Cuando los otros

levantaron el campamento, se alejó prendido al brazo de la nieta. Tenía en la sangre un hormigueo insólito...

VI

Iban por el atajo, en medio de la parda llanura castellana, fundida por el sol. A lo lejos, en una crestería violada, albeó, con sus muros ruinosos, un torreón medioeval. El aire castellano, pujante, robusto como un jayán, corría sin topar con un solo árbol, que de fijo hubiera derribado.

—¡El sol me enciende aun más la sangre! —confesó el ciego. —Si no buscamos la sombra me habré de congestionar.

Alarmada, la muchacha, puso rumbo a un montecillo que horadaba el túnel. Un túnel en tal paraje era frescura y era paz. Acaso hubiese también agua para refrescar las sienes del abuelo.

Llegaron. Su interior era lóbrego, pero no manaba la linfa por parte alguna. El ciego de Cuzcurrita se sentó en el suelo. Luego exigió de la mozuela que fuese hasta su lado. Micaela no desconfió. Ignoraba los efectos de la carne y el vino en aquella humanidad caduca. La rijosidad del viejo era desconocida para ella. De ahí que no advirtiese síntoma alarmante en aquel tremar de los brazos, de la boca...

—Rapaza...

Se acercó. Los dedos sarmentosos se le clavaron en los muslos... Sentía la respiración entrecortada, las sienes con fiebre del abuelo, gravitó un cuerpo sobre su cuerpo... La penumbra era celestina...

Quiso desasirse, gritar horrorizada...

—¡Madre!... ¡madre!...

Por los rieles vino el jadeo incesante de un monstruo. Cortó el aire estridente silbido, rotundo como una maldición.

—¡El tren!... —balbuceó con terror Micaela.

Notóse libertada... Mas era tarde. El convoy pasó feroz, destrozando los cuerpos, confundiendo las sangres en un mismo charco que haríase gusanera pestilente...

Y la nube de humo que quedara en el túnel, pronto se desvaneció en el cielo diáfano é incontaminado de Castilla.

VICENTE A. SALAVERRI.

INTIMA Y LEVE

Tú lo mereces todo
y nada; a veces tengo
un quedo afán intraducible, a modo
de una lejana aspiración ignota;
yo sé que desvarío y siempre vengo
a tu cariño, a tu bondad de hermana
mayor, cuya indulgencia amable brota
llena de mansedumbre
purísima y cristiana,
tal una viva flor nimbada en lumbre.

¿Qué decir del ayer? Allá, a lo lejos
relucen los miríficos reflejos
de un pasado risueño;
yo vivo tanto en cada instante y veo
tan duro y hosco este existir ateo,
que, a diario busco y en hallar me empeño
siempre una luz de fe que me levante
por sobre todo lo mezquino; existo,
palpando a cada instante lo imprevisto.
La vida es un perpetuo interrogante.

¿Eres la luz que me guiará al Futuro,
o sólo una ilusión, que inexperiencia
temprana pudo hacerme concebible?
Ignoro los designios del oscuro
sino que rige a diario mi existencia
turbia y llena de ensueños e Imposible...

Enigma tenebroso
oculta los umbrales del Mañana,
y no sabemos hacia cuál estrella
encaminar el paso tembloroso;

otros pasaron... tantos, que la huella
borróse y los caminos
muchos son para dar con el más bueno.
¡Ah! somos tantos, tantos peregrinos
del Ensueño sobre este mundo ingrato,
que en más de una jornada
veremos doblegarse el arrebato
y declinar la frente ilusionada...
Luz, mucha luz y mucha fe preclara
necesitan las almas irredentas;
dame tu amor y fe serena para
ahuyentar de mi vida las tormentas.

JULIO J. INSAURRALDE.

LAS ALMAS

CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Por Eulogio R. de la Fuente

(Continuación) *

Mimosa

Cenábamos. El vasto comedor parecía vacío. Las oscuras paredes parecían retablos. Sarolta había ido a mi escritorio para decirme que mi hermana, indispuesta, se quedaría en su dormitorio. Faltaba luz y sobraba luz. El estupor estaba aún en mis sentidos. La alegría y la tristeza me inundaban.

— Esta pechuga es para usted, reverendo padre — se ensanchaba Lucas, aceptando tácitamente todo el peso de la etiqueta... — Insisto en ello: Nelia le habló como un oráculo. Si su paternidad tuviese la poca suerte de ser jefe de sala... compulsaría en poco tiempo documentos que no pueden engañar. Haga estallar una bomba y recoja los pedazos... Lo mismo adelantaría intentando reconstruir en los segmentos de las especies animadas la unidad divina. Luego, concienzudamente, Nelia le ha dicho verdades como puños.

— Pero el concepto de Dios ¿tiene tanto que ver, mi querido señor Hermæning, con el concepto de nuestros deberes?

— Una ley moral, padre, tiene que arrancar de una noción de la vida. Si esa noción es falsa, la moral no puede ser acertada.

— Santo y bueno, santo y bueno — transigió el presbítero; — pero no hemos de olvidar que los hombres tenemos un tesoro que adquirir con la virtud y que ningún mérito habría en ganarlo sin

---

(*) Ver los números 68, 69, 70, 71 y 72.

trabajos. Todo estriba en que las partes vuelvan al todo purificadas en el sacrificio. Ex cátedra, me permito sostener que la perfección no tiene más que un camino.

—¿Un camino?.... Pues crea usted, reverendo padre, que ese camino se recorre mejor en los templos de Buda que en Roma. Crea usted igualmente que, con todas las reglas morales que hayan sido redactadas, yo no veo diferencia fundamental entre la virtud de un pueblo y la de otro, pues bajo todas las enseñas hay los mismos pecados capitales y los mismos hombres puros. ¿Cuál es, según usted, el único camino?

—El de la pureza y el de la caridad, en la fe de Jesús.

—¿Es realizable? Habría, primero, que precisarlo. Además, eso de pureza y caridad puede ser entendido de tantas maneras... Por ejemplo: la caridad católica da al que no tiene: el convidante, deja en el umbral al convidado: ama a la prudente medida de quien pide y a prudente distancia del harapo: eso se halla en el espíritu del deber, que todo recuenta y que por todo hace asquillos. Deberes tales no llevan por ningún camino; y encuentro más bella y más humana la caridad de los paganos atenienses, que sentaban a los mendigos a sus mesas temiendo que pudiesen ser dioses disfrazados. Ustedes califican al necesitado: y la calificación no permite que el necesitado la levante jamás: por eso el cristianismo ha hecho los mendigos perpetuos y profesionales. En cuanto a la pureza...

—Señor—fué a decirme Mikós,—un hombre de Hascell trae una pareja de hurones para su excelencia.

—Los había encargado, es verdad... Que le den de comer al portador y le ofrezcan cama si la noche está mala.

El aviso de Alda llegaba con poca oportunidad... Era una piedra arrojada al espejo de un estanque.

—No, reverendísimo padre—empezaba ya a gesticular Lucas, excitado en su elocuencia;—lo fundamental no es monoteizar las creencias, sino que es conocerse y tolerarse recíprocamente. ¿Acaso el creyente católico no roba igual que otro en el mercado? Usted dirá que es un mal creyente; pero yo sostengo que entre un honrado musulmán y un honrado holandés no existe diferencia para ninguna moral sensata. ¡No es pequeña broma la abstracción de vuestras almas! He ahí un signo que nada cuesta dejar escrito. ¡Disecadme, pues, ese signo! ¿Ustedes afirman? ¡demuestren! Mitos, también yo puedo crearlos a destajo y algo

han de ser mientras haya un niño que crea en ellos. ¿Qué más tenemos, reverendo padre? ¿me trae usted de los cánones la Quimera invertida, esa otra ficción que se apellida Bien?... Vea usted: por la tontería de decir que hay un sólo dios o que hay cincuenta, el Bien ha fracasado siempre; y tanto saben de Dios los del "uno" como los de los "cincuenta", puesto que, como usted dice, sincera y dogmáticamente, la idea de Dios no cabe en el entendimiento, así como la bomba no está en ninguno de sus residuos. Lea usted, reverendísimo, al viejo Pierrugues y respóndale a esto: — ¿Por qué vuestro bondadoso Dios hizo las cosas según son, cuando no le hubiera costado más trabajo hacerlas según deberían ser?... Y, en verdad: ¿de qué casta es esa misericordia que luce sobre el peligro y el tormento infinitos?... Agrego: ¿en dónde está el bien resultante de que los monos sean malignos y ladrones, crueles las aves de rapiña, macabras las hienas y pérfidos los gatos? ¿Es eso bueno ni bello, si la Creación tiene un universal principio de Bien?... Y lea usted todavía, reverendo padre, a Quatrefages: — Si Dios no quiere hacer felices a las gentes en este mundo ¿qué razón me dais para admitir que lo querrá en el otro?...

— Muy sensato, muy sensato — afectó conceder el capellán, risueño. — Quatrefages y Pierrugues son muy ingeniosos incrédulos; pero no sabrían amenizar una cena como usted, querido señor Hermæning. Todo lo dan así por bien resuelto, compendiado y embalsamado. Pero llega en la vida una hora en que la conciencia se pone a medir lo que se hizo en el Bien y lo que fué hecho en el Mal... y entonces el bien nos realza y el mal nos doblega. De buena gana aboliría yo los sermones y las encíclicas, pues más hacen las buenas obras que los silogismos; pero, puestos a preguntar, yo pregunto: ¿hay, querido señor Hermæning, para los hombres de cualquier latitud, un ideal, una senda más noble y más inofensiva que la senda de la santidad?

— Atendamos a estos flanes — se esquivó Lucas; — mejores no los come ninguna comunidad de bernardos. Más goloso soy que diez abadesas, delante de estos platos de bienaventuranza... Engordad a los hombres y serán menos malos.

— ¿Llueve? — pregunté a Martón, que servía la mesa.

— No llueve, señor.

— Haz que le digan a Janos que ensille a "Lais".

— ¿Vas a salir con este tiempo? — se sorprendió Lucas.

—Una legua o dos...

—¡A las diez de la noche!... ¿y los buhos?

—Señor barón—le apoyó el presbítero,—mucha agua tiene que haber por esos caminos... La noche es obscurísima. La señora condesa de Unghvar quedaría más inquieta que nosotros.

—Es cierto. Iré mañana.

Estaba muy molesto. Mi cabeza pedía el calmante de los paños fríos. Me metí en la conversación con toda mi voluntad.

—La santidad no es un fin, padre Miecio—le dije;—no es siquiera un camino. ¿Acaso es posible interpretar las leyes de la vida huyendo de la vida? En el cristianismo falta la comprensión del destino humano y de la esencia de la Divinidad: su teoría no puede ser vivida, tiene que ser macerada: ha tenido que inventar el cielo para vivir en la paz, y eso prueba que ignora la vida presente. Todas las liturgias son muertas: sus virtudes conducen al llanto sistemático y al estéril martirio. Si el ideal de santidad fuese cumplido, la humanidad se agotaría en el último asceta. Es algo, porque hay perversos; influye por simple efecto de contraste sobre el extremo opuesto. Si todos fuésemos santos ¿qué médula tendría esa doctrina? ¿por dónde sería recomenzado el mundo? Entendamos el hecho, no las mil doctrinas de que se le reviste. Empecemos comprendiendo que sin la Creación no habría el Creador. La creación requiere el barro, la carne. La Carne es la pasta sagrada de la Obra: sin ella, Dios estaría en sí mismo impotente. Quién maldice del barro, maldice del esplendor de la eterna Fecundidad. La pureza cristiana exige que el puro se confirme al lado del verdugo o que el puro se constituya en su propio verdugo. Eso no da la Verdad, no funda una moral que comprenda a los dos actores, por lo mismo que la moral de la paloma no abarca la moral del milano. El paganismo puro llegó a una gran base verdadera: pudo dar por consumado el Ideal y recomenzar cada año, dentro del ideal, la rotación del carro de la eterna Vida.

—¿Se me admite a los postres? Tolero bien el cigarro.

Era Vilma. Se despejó un horizonte que estaba haciéndose de plomo.

—¡Qué peroraciones ha perdido la señora condesa!—abultó el capellán.

—Supuse que se contarían aventuras... y me he venido a oirlas.

Entró en el círculo de la luz fuerte. Parecía sangrar debajo de los ojos.

— Tú eres maestro en músicas celestiales — se dió Lucas aire de reconvenirme: — la condesa debe cuidar su cabeza. Receto frases soleadas, pasajes asimilables, sencillas menudencias fragantes... ¿Se va usted, padre?

— Señor, ya está — dijo Janos, en la puerta.

Torcí la cara, contrariado. Tranquilamente, Vilma fué hacia el fuego.

— Deseo — le dijo a Lucas — conocer el final de una de sus curaciones: la del misántropo Pedro Adán.

— Pedro Adán... Adán... Oigo ese nombre por primera vez.

— Entonces — insistió Vilma, — el final de Irma de Sión.

— ¡Ah! ¡Irma de Sión!... ¡Ah! — exclamó Lucas en tres tonos.

— Refiérelo — le dije. — Es apasionada por esas cosas. ¡Hay un Pedro Adán!...

— ¡Buen Adán tenemos! — murmuró Lucas mirándome, mientras el presbítero se despedía de Vilma con el descaro de un enfermero desobedecido.

— Señor barón, buenas noches — fué a ponérseme delante el capellán. — Con todo respeto... ¿su excelencia es pagano?...

— No, padre Miecio — reí de ver su aflicción, — no soy pagano. Puede venir todos los días a honrar nuestra mesa...

— Eso es — contaba Lucas, en sus glorias, — fué un plan que merecía haber salido mejor. Vinicia era la perla de nuestras asiladas, la más histérica, la más bella, la más romántica: la Ofelia de Orfeo y la Ofelia de Hamlet; virgen pluvial, impresionable amante de los céfiros, de las ondas. Tenía antecedentes, ¡qué antecedentes !... A los once años, un clavo la salvó de un triste fin. El Danubio había crecido, iba a cubrir el planeta... ¡Es río furioso, río indomable! Vinicia, colgada en un garfio de un portante, quedó en el mundo solita. Sus padres, sus hermanos, los bueyes, las gallinas... todo fué arrastrado. Ese desastre estaba en su cara, era el motor de los lagrimones, era un eco para la estupefacción dolorosa, el halo de su blanca alma que no sabía ver...

"Y, por otro lado, tenía a... Pedro Adán, tétrico, con no sé qué catástrofe encima, ausente de la vida, enterrado en sus papelotes, en gran amistad exclusiva con una pistola. ¡Unión estupenda!... ¿Se completarían? ¿se curarían?... Yo coleccionaba

las publicaciones del misántropo. Opté por *Irma de Sión,* tipo de mujer sacada de la desesperación para el precipicio, alma con sobrehumanas visiones, tan sola en Sión como una leona entre nutrias. Vinicia leyó. Dormía con Irma bajo la almohada. Después hice desaparecer la novela y en la sala fué saludada como Irma y no como Vinicia. Se absorbió en su papel. Se apoderó ansiosamente del retrato de ...Pedro Adán. Vivió para el precipicio. Tenía largas trenzas negras. Caminaba con la languidez fatalista de una reina de Oriente. Miraba el espacio con el extravío feliz de una predestinada...

"Ese momento en que afirmé la existencia de Irma de Sión fué expectante; me latía el corazón como el émbolo en una locomotora. Me retiré para que ella entrara, pero no respiraba. Vi lo que pasó, por la grieta de la puerta. Sentado otra vez, Pedro Adán era el mismo hombre arruinado, ausente en sus sistemas filosóficos, absorto en su pista de tremebundas verdades. Ella llegó hasta la mesa, régiamente, mirando al hombre, no al espacio... Se inclinó; le tocó al hombro:

—"¿Qué hay?

—"Yo... Irma.

—"¿Quién? ¿a qué ha venido usted?

—"¡Irma!... He venido para recoger todos mis suspiros.

"Pedro Adán se quedó atónito. Cierto es que Vinicia tenía en la boca las notas trágicas de una inundación... El fué amable:

—"¿Es posible que usted, una mujer tan hermosa, haya suspirado por mí?

—"He suspirado tanto que mi alma se fué... Si no la recojo no podré llegar viva hasta mañana.

"Vinicia ¡pobrecita! tenía abiertos los brazos en alto; citaba el recto testimonio de la luz eléctrica, temblaba como un tronco de árbol detenido por las aguas contra un pilar...

"Y no hubo más. Pedro Adán se levantó y se echó ferozmente a reir; repartió terribles patadas entre sillas y pedestales... Me gritó:

—"¡Lucas, esto es miserable! ¡Es miserable!...

"Confundiendo con los guantes una mano de bronce para pisar papeles, la cogió y la lanzó por un vidrio a la calle. Salió corriendo, atropelló conmigo, me arrinconó vociferando. Y yo veía la fogata, veía a Vinicia pasar y volver a pasar con un tizón de la chimenea, loca...

"Al fin, Pedro Adán me soltó y pude sacar de allí a mi enferma. Salimos medio asados... La tenemos asilada todavía; no le ha quedado ni la chispa más pequeña de razón. ¡Irma se ha desvanecido para siempre!..."

—Sensitiva infeliz... —dijo Vilma.—Peor que la inundación se metió usted en los velos de esa almita blanca... ¿Y el misántropo?

—Desapareció de Budapest —vaciló Lucas para responder. —Creo que se salvó su vida. Se salvaron también sus papelotes.

—Algo fué eso, señor Hermæning. Quisiera saber cómo agradecérselo. Usted se batió con un muerto y le hizo volver al mundo. Me ha conmovido su historia. ¿No hay otra, del mismo Adán?...

—Empezada... no lo creo —me miró Lucas en un parpadeo. —Soy, en la vida de aquel misántropo, narrador de segundas partes... Pero sé, condesa, miriadas de otras verídicas historias.

—Edgar me tenía dicho que usted es un sabio; yo digo que es usted un amigo de los que ya no quedan. Hay que envidiar a los escasos hombres que tienen tales amigos.

—¡Bah! ¡oh!... ¡mis amigos!... no todo se hace para todos... ¡bah!

—¿No será —me preguntó Vilma —demasiado tarde para salir?...

—En efecto...

—Ten compasión de "Lais" y manda que la hagan entrar. El señor Hermæning nos contará otra novelita de sus enfermas, algún capítulo raro y triste como una cripta...

La hoz

Malo era el tiempo. El color de la ceniza mojada era el único tono del cielo. Las tierras bajas se habían hecho lagunas. Duramente embestía el viento contra los árboles diseminados y levantaba a flor de tierra vapor de lluvia azotada, remolinos huraños de lodo suelto, corriendo por el campo con el invisible ejército de las desolaciones. "Lais" no iba a su gusto, espantándose de un arbolillo o de los trapos de agua que el temporal arrugaba en el barro: tenía que cuidarme de sus botes y no distraerme de la brida y los estribos: era aquél el azorador camino de las perdigonadas; las bestias no olvidan. Defendido por mi capote y las

polainas, no dejaba al aire más que la nariz y los ojos. Readquiría la impetuosidad de mis móviles. El deseo de vivir cortaba el estanque del pasado con todos los remos activos; y un dulce instinto, un resplandor de gloria, me indicaba el cáliz privilegiado que estaba abriéndose para mí, como flor mítica. De las nubes, con los ventarrones, en las túnicas de la lluvia, llegaba una comitiva con ese presente invalorable: capullo inempañado, aurora de soles, tardío rocío de los ardores laboriosos del cielo y de la tierra... ¿Permitiría que Felipe Huszar se echara con sus pies herrados sobre los pétalos que ya hacían oasis? Mi hermana, mi hijo... ¿hasta dónde eran o serían alcanzados por una fiera no sospechada?...

La puerta de los Huszar fué, desde adentro, abierta de par en par.

— Ya sabía que no dejaría de venir — me dijo Alda, con grandes ojos saludadores. — No están más que los chicos. ¿El caballo? por aquí, al tejadillo...

Me ayudó a desembarazarme del capote, limpió algunas salpicaduras, se cercioró de que "Lais" quedaría sólidamente atada... En tanto, dije:

— Los hurones nos prestarán buenos servicios... No me he detenido para venir, Alda, y no me iré sin haber besado a Edgar... ¿está bien?

— Entremos... hace frío. Se ha empeñado en vestirse como un gentilhombre y no suelta su bastón...

Desde el corral pasamos a un aposento, limpio, modesto, que servía de sala y comedor y en donde aún había sitio para una cama pequeña. En el fondo, un banco de brazos, forrado con piel de buey, gallardeaba entre cuatro sillas en hilera. Le elegí para sentarme. Un braserillo de bronce expedía, debajo de la mesa de comer, los olores campestres del romero y el espliego.

— ¿Qué le ofrecería? — se preguntó Alda, cohibiéndose delante de un aparador negro.

— Beberé un vaso de leche.

— Hay, gracias a Dios... ¿Es cierto que estuvo a la muerte?

— La muerte está en todo tiempo sobre nosotros. Cosa frágil es un hombre; y si no fuese porque hay... manzanas y corazones como el tuyo...

— ¡Y se acuerda de las manzanas!... Deme entonces un beso en el cuello... ¿lo dió?

—Buena Alda, te besé en la mejilla, como besaré al niño; ningún derecho tengo sobre ti.

—Mejor. Cuando hay los derechos es porque sólo hay la brutalidad. Yo no seré nunca la misma... pero para usted quiero ser y he de ser siempre la yerba que se pisa.

—Alda, cuando nos conocimos ¿eras casada?

—Era virgen—contestó sonriendo del término, ruborizada.—El matrimonio fué asunto que hubo necesidad de meditar después. Mi padre lo arregló; me puso el hacha a la cabeza...

—Tu marido ¿sabe?...

Todo. Se lo dije primero. No sé engañar, no... Además, no renegaría de mi hijo... ¡Tenía que llevar lo menos que podía llevar de su padre! Se apellida Huszar; pero ¡es enteramente un Noormy!

Su cara ardía de orgullo. Ese orgullo se me engarzó en el corazón como un rico solitario.

—Creo que Huszar es un hombre honrado... ¿Ha ido a Farman?

—Ayer se fué; no volverá hasta pasado mañana. Es brusco, pero no es malo. Anda revuelto, nada más; ni a la puerta me deja salir... Voy a buscar a Edgar y traer leche.

—Algunas otras cosas hemos de hablar antes... Aun te causaré disgustos y malas noches. Es necesario, Alda, que me entienda con Felipe Huszar.

—¡Con Felipe!—dijo ahogándose, volviendo...—¡Imposible!

—No, será útil. Cuando uno no quiere, dos no riñen; no quiero reñir. Una entrevista no puede empeorar la situación. Tu marido es... el padre de todos tus hijos: deseo que no me tenga por enemigo sin serlo.

—Yo, lo mismo—se me acercó;—pero usted debe prometerme que no buscará nunca a Felipe.

—Mi buena Alda, tranquilízate. Estoy pasando revista a tus penalidades... eres una santa mujer. No te inquietes demasiado por tu marido ni por mí; no seré un malvado. Felipe tiene una mala pesadilla; se la quitaré. Fatalmente, hemos de llegar a un acuerdo o a combatir.

—¡No! no quiero—me dijo, firme y suplicante.—Es romo... no entiende más que las cosas de su cabeza... es bruto. ¡No quiero! Déjeme a mí si hay que amansarle... ¡a mí sola!

— Sea. Más que eso te debo, Alda... Trae a Edgar, que es hora de que me vaya.

Salió dominándose, componiendo el semblante, con andar pesado y entorpecido. Al abrir la puerta lanzó un grito estridente y se echó atrás.

— ¡Suéltala! ¡Cuidado!... ¡Suelta eso, Felipe!...

Cubrió con el cuerpo la entrada; pero fué en el acto arrojada de espaldas al suelo.

— ¡Perdida! — le escupió el hombre, Felipe Huszar, metiéndose en su casa con la seguridad bravía del tigre que penetra en el antro de su cañizal. — ¡Nosotros, señor barón!

Esas tres palabras fueron espesas como sangre, apostemadas... Tenía Felipe Huszar piernas cortas, pecho hercúleo, cuello musculoso, dientes apretados, ojos de caribe. Empuñaba una hoz de asta corta. La delgada hoja era siniestra como la espiral de un lazo; ella sola era una emboscada. Abarqué la habitación en una mirada, buscando un martillo, una botella, un palo de escoba que esgrimir...

— Ventilemos lejos de aquí, Felipe — le dije fríamente, — nuestros negocios. Si me vence en su casa, irá a presidio; y usted no lo merece.

— ¡Anda, trae los chicos, mala mujer, que el señor nos dirá un sermón!...

Vió que Alda se levantaba y se le interpuso, cerrando con una coz la puerta.

— ¡Vas a divertirte bastante aquí! ¡Dentro, adentro!... ¡Ya le lavarás la cabeza y las tripas!

— ¡Suéltala! — gritó ella. — ¡No pasarás! ¡te digo que no pasarás!... ¡Wenzel! ¡Edgar! ¡venid!... ¡Nos matarás primero!

— ¡Déjale venir, Alda! — grité también. — Es un valiente bandido... Le aguardo.

— ¡A ti, no!... El señor tendrá cuantas yeguas le plazca... ¡yo tengo una!... ¡No a ti, pingajo! ¡aparta, aparta!...

No había pasado un minuto; pero el tiempo, el cielo, yo, me pareció que éramos sombras definitivamente degolladas. Pensaba emplear el banco como arma. Sin moverme de la espaldera de la pared, le dije:

— Sin la hoz, pelearé contigo... Me retorcerás el pescuezo fácilmente... ¿No puedes matar un caballo de un puñazo?...

— ¡No saldrás vivo, ladrón de mujeres!... ¡Me ampara la

ley!... ¡Quítate de delante, tú, o te abro también por el medio!

Me impulsó una ciega y terrible cólera. Ningún buen pensamiento se presentó para protegerme. Con la necesidad ruda y sanguinaria de matar, me abalancé... Cogí de un brazo a Alda y la empujé hacia la ventana. Al instante, empiné la mesa y saliendo por un lado me abracé al hombre. Caímos. La mesa se fué sobre ambos. Se me escapó un alarido de gratitud, pues entreví que Alda había corrido y tenía los pies encima de la hoz. Un golpe en el costado derecho me dejó sin luz. Mi cabeza rebotó en una plancha dura. Arrastraron la mesa... ¡Oh, valerosa Alda!... Como un esquife en las olas, fuí alzado y volví a bajar sobre el pecho de Huszar. Bufando respirábamos. Unos formidables dedos ¿iban a juntar de un lado a otro el cuello de mi camisa?... ¡Era mío! ¡me soltaba! Las piernas se abrieron como un grillete para la carne hinchada... ¡Tenía su cabeza! Un poco más... retorcer un poco más y le fracturaría la espina en la base del cráneo... Huszar estaba vencido sin haberle dado un golpe. La alegría hizo infernalmente enconado este insulto:

—¡Trae a tus hijos, Alda!... ¡Verán un gato rabioso!... ¡Es poco... tu hoz... para espigarme!...

Felipe no tenía vida más que en los ojos; mirada opaca, crispada, vuelta hacia mí con odio de mulo al hierro candente... Le dije:

—Eres fuerte... Olvida lo que acabo de decirte. No quiero matarte; quiero enriquecerte... Te doy mi palabra de no tocar nunca como varón a tu mujer... La respeto.

—¡Van a morirse de miedo esos niños!... —se quejó Alda.

—Ve, Alda, gritan mucho... Lleva la hoz. Cierra la puerta... ¡Nosotros ahora, Felipe Huszar!

Le dejé en libertad, pero quedó turbado. Tuve tiempo para arrancar un pie de la mesa y armado con él me apoyé de espaldas en la puerta, tosiendo, magullado, con sabor de sangre en la boca. El ardimiento de la lucha se retiraba como una marea; los latidos de las sienes persistían y eran como una red de mechas que se aplicaban a las baterías de mi mente. Empecé el sermón para el caído:

—Eres fuerte... tienes la superior virtud que se aprecia por las colmenas de hombres... ¡puedes y sabes matar! Levántate; yo no sé matar... ¡me falta esa virtud que se inmortaliza en bronces! ¡eres más que yo! Pero... menos te temo a ti que a una mirada de tus pequeños. ¡Levántate!...

Resolló como un toro. Yo tenía que llegar a un borroso final:

—Eres tu, Felipe Huszar, el ladrón de mujeres, raptor de hijos... ¿Qué deuda he tenido jamás contigo? La ley te ampara... Pero eres tú quen debe rendirme cuentas... eres tú quien se apoderó de lo mío. ¿Con qué ley me acusas y te defiendes? Con la misma que te ha ayudado a negociar sobre una mujer con su cría, lo mismo que si comprases una vaca. Sí, Felipe Huszar, tú has servido como un lacayo los despotismos de la potestad paterna, los intereses de la honesta civilidad, las severas mentiras que caben dentro del "¡que no se sepa!... ¡nadie lo sabe!" Has comerciado con esos valores de la colmena; y ¡eres valiente! ¿en qué? ¿para qué? Eres fuerte para reprimir y oprimir la libertad de los otros; serás fuerte para estar mil días al acecho de la falta contra tu egoísmo, para caer encima con el tajo de los códigos que te ayudan, a tí, que eres ladrón de almas, bandido probo... cómplice y usufructuario de un padre honrado que tapó la independencia animal con un crimen decente. Pero si él te vendió su hija ¿cómo pudo vender también a mi hijo? ¡Deshonráis a las bestias!... ¡Y te has venido con tu hoz!... ¡Rapiña, degüello!... Vamos, levántate. Yo compro ahora. ¿Cuántos millones quieres por mi hijo?

Huszar estaba ya sentado en el suelo, los codos en las rodillas, la abultada cabeza entre las manos.

—¡Lléveselo!—dijo con desprecio.—Lléveselo ahora mismo ¡y a no poner más aquí los pies! ¡Largo!

—¿Eh? ¿has dicho lo que piensas?...

—¡Puede cocerlo y comérselo!

—¿Le das? ¿me lo das?... ¡Eres un hombre!

Se irguió con el madero que yo había soltado. Rugió:

—¡Lléveselo!... ¡Largo!...

Dos alas más...

Hubo en Noormy otra irrupción memorable.

Nubes de moscas blancas, enyesadores, albañiles y pintores tomaron posesión de los edificios centrales. Un ejército de carpinteros y tallistas fué extendiendo el mosaico de los enchapados y el rejuvenecimiento de los retablones y artesonados. Los talleres de marmolería de Andrass se trasladaron casi en pleno desde Budapest. Una sola fábrica envió cuatrocientas puertas. El ta-

picero Fejerlory llegó con la mitad de sus almacenes y dieciocho operarios escogidos. El arte de las restauraciones difíciles tenía tensas y activísimas las aptitudes del ingeniero Horvath, reputado en Viena como primera autoridad en reliquias arquitectónicas. Tres meses no bastaron para abastecernos de piedra. Fueron armados bosques de columnas. Las paredes se cubrieron de cueros y entallados. El estuco brillaba en los corredores afiligranado con oro. Una mejor armonía de las dimensiones, la luz y la línea embellecía la sobria y ducal grandeza de la arquitectura de los siglos XV y XVI. Algunos techos permitían ya creer que la mano de Miguel Angel los había transformado en cielos para solios. Los patios parecían magníficas planchas de mármol. Los picapedreros reforzaron detalles, reconstruyeron motivos, barnizaron con un solo tono de herrumbre zócalos y lienzos rehechos, trabajando no menos de seiscientos hombres en conjunto. Y aún aseguró Horvath que, dejando las grietas como estaban, eran necesarios tres meses más. Se había comenzado a la vez por los pisos superiores y por los bajos. En el lado oeste de las galerías altas fué colocado el órgano nuevo. Solamente se respetaron las habitaciones del doctor Flamingt, que se opuso a que le movieran un frasco ni un papel.

El padre Miecio estaba con el pequeño Edgar en Neustring. Felipe Huszar era mi administrador general y tenía buena tarea con los propietarios de tierras, para readquirir todo lo que nos perteneciera. Lucas pintaba, acudía a todas partes con sus niveles, daba las medidas justas a los tapiceros, alababa con su engolada voz las telas artísticas, reñía con el ingeniero acerca de un florón de sala recargado, repartía tabaco, se extasiaba con la ascensión de los grandes tirantes de hierro y, todas las noches, añadía anotaciones en su libro para aprovisionar la bodega, reclamar muebles y alfombras, vencer problemas de luz en el palacio subterráneo y complicar el dédalo faustuoso de las nuevas escaleras. Con todo ello, el jefe de sala del Policlínico estaba triste, aunque lo encubría cuidadosamente.

Es tan grande Noormy que, habiendo pasado sus moradores a una construcción del extremo Sur, cómoda y destinada antes a mayordomía y arsenal de caza, no llegaban allí los ruidos de la población obrera que bullía en el centro. Vilma se hallaba en un período de asombrosa metamorfosis. Su peso aumentaba; un nuevo color de salud y alegrías recónditas daba otras transparencias

a su blancura. La sonrisa era en su boca un mohín de la delicia. Me retraía de mirarla y no había vuelto más a la capilla, a la hora de renovar el aceite de las lamparitas... Menos, me había aventurado a comunicarle la existencia del niño.

En Mayo, una noche muy tibia y profusamente perfumada, fuimos juntos a inaugurar la primera sección de las obras, concluída sin falta de un detalle. Era lo que llamaba Lucas el palacio de verano, porque estaba bajo tierra, en dos suelos comunicados por una galería de estilo alejandrino. El primer departamento se componía de dos salones, una biblioteca, un comedor, cuatro camarines y una sala octogonal. Se hallaba allí la mayor riqueza de jaspes y ónices, de bambúes y maderas asiáticas blancas. El segundo departamento, una rotonda de columnas de mármol negro y lapislázuli, tenía la riqueza de las tapicerías, los jarrones, estatuas y metales preciosos. No se podría soñar más bello retiro para leer las comedias de Aristófanes o los poemas védicos. El ingeniero nos dejaba en él, realmente, una miniatura del salón de tronos del Olimpo.

Se bajaba desde el recibimiento del primer piso alto; la puerta no era ancha más de tres cuartas. Abrí con dos menudas llaves de níquel y se las entregué a Vilma.

— Son tus habitaciones secretas. Tú sólo podrás entrar y salir: aparte esta puerta, es un palacio incomunicado.

— ¡Qué escalera!... ¿es de bronce?

— Cobre, estaño y oro. Como has visto, la luz se enciende automáticamente. Cuando abramos la puerta de cualquiera de las salas, la escalera quedará a oscuras. Cuidado, la alfombra... se quedan los pies en ella... ¿Te gustan las vueltas de la bóveda? Lucas fué quien ordenó esas coloraciones rosadas y azuladas del estuco. Son de buen efecto... Los arcos y los zócalos son de mármol viejo de Paros.

— ¿Son?... ¡Qué silencio!

Se volatilizaba mi animación para hablar. Me temblaban las manos. Vilma llegó al fondo de la escalera; volviéndose un poco, me dijo:

— Es demasiado bello... ¿Qué haré ahí adentro? ¿me echas a vivir a las nubes?...

Sonreía confiadamente.

— Aprieta ahí y allá... Los botones de marfil son doce; se abre con estos dos... Bien, mira... Entra tú... Te aguardaré.

— ¿Yo?...

Se puso muy pálida; ya no sonreía. Mis palabras cobardes acababan de revelar el estado de mi ser.

— Edgar... subamos, si deseas no entrar; pero...

— Pero...

— Pero lo que hay ¿a dónde lo llevaremos?

— Lo que hay... ¡a dónde lo llevaremos!... Entonces, Vilma, tú...

— ¿Qué, Edgar?...

— Tú... ¿llevas también "lo que hay"?...

— Yo llevo lo que ha sido hecho... ¿quién borra lo que ha sido hecho?

Su mirada giró lentamente y la encontré en la mía.

— Entremos — dije, pasando el primero, porque mis piernas temblaban mucho.

Al instante, oyendo un suspiro, dí vuelta, cerré los ojos. Otra vez la abracé por el cuello...

— De siempre... para siempre — le dije en la boca.

— Eso... estaba hecho, Edgar... nuestras almas no saben mentir.

— Vamos, Vilma... Tengo que confesarte una cosa... y no sé decirla.

— Dame el brazo... Habla, ahora.

— Querida, hay otro Edgar.

— Nuestro bisabuelo...

— No; mi hijo.

— ¡Tu hijo!... ¿y en dónde está? — preguntó soltándome.

— En Neustring.

Fué a apoyarse en el respaldo de un sillón, mirando su abanico, abriendo y cerrando el varillaje muy cerca de los ojos. No tardó mucho para decirme:

— Pudiera haber otras causas... ¿Por qué tienes a Edgar en Neustring? ¿por qué un Noormy no está en Noormy?...

— ¡Bendita eres!... ¡Vendrá, Vilma!...

— ¿Por mí le alejaste?

— Sí, Vilma.

— ¡Ay! ¡ay!... ¡qué injusto has sido!... ¡pobre hijo mío querido!...

— ¿Hablas por Egard, Vilma?...

— Más que a ti le querré. Vamos al parque... quiero el aire... no podría estarme aquí más tiempo... Es noche de Mayo. En el parque nos veremos mejor... para siempre.

14

Pronto llegamos. Ella dijo:

—¿Vamos a correr?.... Juguemos. Después de los alisios hay un manantial muy limpio y una gruta... Jugaremos como cuando éramos niños, al sol de la noche...

Fuimos hasta más allá de los alisios, sin correr. Eran ligeros nuestros vestidos, ligeros los ramajes que había que ir separando, bruscos y veloces los cambios de luz, trémulas las palabras... Fragancias de la fecundidad primaveral venían de la tierra; eran ondas audaces y envolventes donde se encarnaba y se desvanecía un boceto de divinas alegrías...

—Es una zarza... —se detuvo Vilma para desprenderse. —¿Vendremos a comer moras?

—¿Y las avispas? —le pregunté, esperando.

—Yo fuí la reina de las avispas... cuando yo era tan niña que creía todo lo que inventabas... En aquel tiempo no eras un misántropo.

—¿Estás segura de que no lo sea todavía?

—Si todavía lo fueses... iría a la cripta para no salir más de allí.

—No sucederá, querida.

—¡No permitiré que suceda, señor mío! Pero... me estás gastando la garganta... vas a hacerme caer... ¡basta!

—Sí, Vilma: es muy sencillo ser optimista cuando la vida se cumple. Empiezo a vivir. No me acuses por mis misantropías; bien sabes que una planta no podría destilar más que agonías si sus raíces, buscando jugos de la tierra, no hallasen más que corrosivos. Cada ser nace con necesidades que claman desde adentro: tenerlas y no satisfacerlas jamás es una quiebra que no ayuda a reir. Cuando he venido, Vilma...

—Vilma estaba sin raíces en la vida.

—¡Cuánto deseo que seas dichosa!...

—Lo seré, puesto que tú lo serás —dijo, enervada.

—¡Flor querida!...

—Señor... sus flores acabarán por hacerme caer dormida... y esas flores nada tienen para las abejas...

—Porque tú no me besas, Vilma... Y mis besos sólos no pueden dar moras.

Dijo con ironía suspiradora, recostándose un poco en mí:

—Dan sueños... sueños que harán muy mal si no echan raíces en la eternidad.

—Cuéntame, cuéntame... cómo son esos sueños...

— No se pueden contar, señor mío, porque si lo hiciera no bajaría más a visitarme la reina de la estrellas.

— ¡Enviaré al rey!

— Gracias; tengo mi rey y no lo cambiaré. Mira, un conejo!... Es una piedra... ¿no parece un conejo?...

— ¿Quieres que no pueda dormir ninguna noche pensando en tu rey?

— No harás sino lo que yo hago, dormir poco... — le sonrió a las malezas. — Peor para ti si no sabes pensar lo que desees más.

— ¡Todo lo que dices es celeste, querida!

— Edgar... Edgar... las piedras miran... por eso parecen conejos...

Los suspiros salían riendo, silbando, suplicando...

— Detente... adoro tu cabeza. Abre tus pestañas, Vilma... Déjame mirar tus sueños. Yo... ¡yo! soy ahí el rey más esclarecido... Te beso... beso aquí la cama de lo que sueñas...

Se desprendió y la dejé adelantárseme unos metros. La luz lunar le daba apariencia de mujer irreal e inmortalizada.

— ¡La fuente! ¡ven! — me llamó con el abanico.

— No vayas más lejos... hay lagartos. Sentémonos en la gramilla.

— Señor, en mi bosque nadie me atacará... pero usted solo entrará en la gruta si tiene demasiado calor... ¡No, Edgar, no vayas, es fría!...

¡La gruta!... El relámpago del amor animal me atravesó como un meteoro atraviesa el alto cielo. La gruta ¿era una arca de cristal vibrante? ¿era un nido abandonado por ángeles?... Con gran temor me aproximé a Vilma.

— Allí hay un claro de gramilla — le dije. — El alerce roto... Ven.

Se sentó en el tronco doblado. Yo me acosté con la cabeza en las ramas, a la distancia del brazo.

— Vilma... soy la sinceridad... soy el verdadero... te amo. Tú me inflamas. Pronto será necesario que yo suba al altar o que te baje del altar... Bendigo la red que me envuelve; es de fuego. Hace mucho tiempo que te amo: no te encontraba; pero ahora que lo sabes... has de saber que quiero tenerte en mí, que nadie ni nada me detendrá... Muchos años he vivido el idilio de la adoración inmaterial... ahora necesito todo... todo... porque necesito saber y creer que todo se cumple. ¿Retrocederás, Vilma?...

—Edgar... ¡zsits!... Escucha. ¿Para quién me reservaría? ¿acaso no sabes que hace tiempo que tomaste posesión de todo?...

—Querida, tus pies me llaman... no les muevas... que no les vea.

—Me parece hermoso esperarlo todo... ¡más hermoso que tenerlo todo y no esperar ya nada! Si mi vida se halla en ti... ¿cómo retrocedería?... Que se cumpla todo en tu alma... que en la mía... todo está hecho. ¿Por qué, Edgar, no quedarse ahí?...

—Flor querida, ven, bésame tú y ahí me quedaré mucho tiempo; pero bésame la primera vez... Así sabré que te diste toda, para toda la vida, y se cumplirá en mí lo que falta...

—Querido, mañana... Mis confidencias ¿no son más?

La abracé y la hice arrodillar en la gramilla. Una selva de sueños se incendió en sus ojos.

—¡Qué hermosa eres! Por mi tristeza conozco que tú puedes matarme con una mirada... Te dejo... libre estás. Pero tengo una feliz embriaguez... Como Indra, me pregunto si el cielo y la tierra no me habrán dado alas de más. Bésame hoy en la boca, no mañana... y después yo besaré las piedras, los sapos... ¡Vilma, ven!...

Se inclinó sobre mi cabeza como sol que baja a los montes, radiante, moribunda, maravillosa... El beso se prendió al beso. Las dos cabezas tocaron la yerba y descansaron. Se lamieron los labios. Las bocas, flojas, se oprimieron y resbalaron en su linfa. Los dientes se trabaron en los dientes. Un mismo impulso nos llevó los brazos a asegurar esa ventura. Y las respiraciones, como un estertor, entraban de uno en el otro trasegando esencias beatíficas. La caricia corrió por los cuerpos como una ola caliente. Las miradas se embotaban como hachazos en la pez, relumbrando y muriendo. Se soldaban los pechos, se querellaron a tientas las rodillas. La codicia llevó a los pies fuerzas ciegas. Los muslos se palparon como gladiadores que tendrán que medirse... Más que sables se frotaron las lenguas, fueron lanza contra escudo, se tanteaban como inciertos seres en celo que no saben por dónde penetrarse... Una eternidad de deleite... hasta que el temblor de toda la carne, temblor helado y terrible, dijo que la beatitud es también mortal.

Quedamos allí, impregnados del sublime veneno.

—¡La muerte estuvo!... —fué todo lo que Vilma dijo.

(Continuará).

LETRAS ARGENTINAS

La Universidad de Tucumán, por Ricardo Rojas.

Han sido publicadas en volumen las tres conferencias que don Ricardo Rojas diera poco tiempo ha en Tucumán, acerca de la incipiente Universidad de esa provincia. En la primera de ellas el joven y prestigioso maestro estudia el ambiente geográfico y el nombre de la institución; en la segunda señala la filiación histórica y el carácter de la misma y dedica, por fin, la tercera a sugerir un ideal estético para esa alta casa de estudios.

El vasto conocimiento que de la época precolonial posee Ricardo Rojas, le permite realizar en el trabajo inicial de este ciclo de interesantes lecturas, una profunda incursión en la historia de aquellas regiones para esclarecer el origen etimológico de "Tucumán" y determinar la unidad social geográfica de las provincias del norte comprendidas bajo ese nombre antes de la presente delimitación territorial. Ese nombre designa, según lo establece claramente, todo un núcleo histórico de nuestra nacionalidad y cumple a la Universidad naciente "realizar una misión de fraternidad regional entre los pueblos del norte y de equilibrio nacional entre los pueblos del sud". La Universidad deberá, pues, si responde a la inspiración colectiva que ha suscitado su creación, ser el centro de todas las fuerzas de ese núcleo, centro que resumiendo los elementos que le deparan el pasado y el presente de aquellas tierras, elabore con ellas en su seno, una cultura propia, y las traduzca en resultados científicos y artísticos vinculados a un ideal argentino y americano. A continuación historia Rojas la cultura superior en la Argentina, mostrando, mediante un certero análisis crítico, los diversos aspectos de su evolución; define perfectamente el espíritu que ha informado a las tres universidades nacionales precedentes y que fuera, respectivamente, el dogmatismo escolástico en la de Córdoba; el legalismo laico característico de la época rivadaviana en la de Buenos Aires; el

racionalismo experimental en la de La Plata. Cada una de esas fundaciones ha significado, pues, en cierto modo una reacción contra el carácter de la que le precediera, de acuerdo con la evolución progresiva de las necesidades espirituales y morales del país. Frente a esos tipos de Universidad explicados y justificados por las distintas épocas y circunstancias sociológicas a que ellas responden, la de Tucumán ha de erigir su carácter propio, su estructura diferente, reclamada por las distintas condiciones que el medio y el momento en que aparece le prescriben para alcanzar la alta misión tutelar que de ella cabe esperar, y afrontar los problemas nacionales del presente argentino.

Con respecto a la misión estética que debe efectuar también la universidad tucumana, señala Rojas "la posibilidad de crear ciertos artes útiles y decorativas propias de la región", dada la existencia de un arte autóctono representado por la alfarería y la tejeduría calchaquíes. Ello puede ser la base de un arte ornamental argentino, y al efecto el autor plantea concretamente su proyecto señalando el procedimiento a seguir para la consecución de ese propósito concomitante con los de cultura científica que la institución tiende a llenar.

La labor de Rojas representa por su complexidad orgánica, la amplitud de su concepción y los derivados prácticos de su estudio, una obra armónica y cabal, que inicia brillantemente, a manera de un magistral proemio, los anales de aquella casa, cuyos orígenes ilustres y cuyo carácter promisorio ha dilucidado el conferenciante en páginas perdurables. Hay en ellas la visión evocadora del historiador, la copiosa información del erudito, la aspiración docente del educador y el ideal estético del artista y todavía su obra se embellece con el prestigio de la gaya forma que la reviste y se ennoblece con el ardor de la generosa prédica que le inspira.

La murmuración pasa..., por Alfredo Duhau.

Esta "comedia burlesca en tres actos y un epílogo" que se estrenara hace algún tiempo con merecido éxito, ha sido publicada en volumen por su autor y ello nos permite agregar a la crítica, ya hecha a raíz de su representación, un ligero comentario de índole diferente, como que se basa en la lectura y no en la visión de la pieza a través de su intérprete. Tal vez [illegible]

de juzgarla permite, si no aquilatar la "teatralidad" de la misma, apreciar en cambio mejor ciertas cualidades de su autor infundidas en su creación, y que no siempre se traduce cabalmente al pasar por el temperamento de los intermediarios... Nos referimos principalmente a la deliciosa *intención* en que tan diestro es el fino y elegante espíritu del comediógrafo; la cual se malogra en tantos casos por las deficiencias de quienes deben expresarla. La lectura, y he ahí su ventaja, nos procura una comprensión acabada de ciertos trozos felicísimos puestos hábilmente para definir toda una actitud psicológica o para zaherir con leve ironía las modalidades y defectos que esta "comedia burlesca" castiga riendo. La sátira que aquí campea no es amarga ni cruel; antes bien risueña y ligera. Es como una charla suavemente maliciosa bordada sobre cosas del ambiente y en la cual el *glissons, n'appuyons pas*, que es el secreto de la virtud epigramática, contiene la burla dentro de líneas discretas y elegantes, evitando que ella se extralimite en la socarronería chabacana o en el sarcasmo violento. Trasunta en esta pieza su autor el afán actual de ostentación y de riqueza que vela en los espíritus toda delicadeza y escrúpulo, conduciéndolos a un *manfutismo* utilitario, cuyo lema es precisamente el sobado refrán que, fragmentado, rotula y caracteriza la comedia que nos ocupa. *La murmuración pasa... y el provecho queda en casa.* Así razonan los protagonistas de la pieza, que desdeñan toda preocupación y afrontan el ridículo y la maledicencia en pos de un casamiento tan pingüe y provechoso como grotesco por las incidencias y enredos cómicos que lo preceden. Situaciones equívocas y difíciles, combinadas con maestría, y diálogos amenos, otorgan a la obra un interés sostenido sin dificultad, y los tipos, femeninos en su mayor parte, se hallan delineados con suficiente precisión en los rasgos esenciales de su carácter, simple por otra parte y vulgar. Desenvuelta con gracia natural y fácil, llena de la *verve* característica del autor, *La murmuración pasa...* continúa dignamente la labor teatral de tan distinguido escritor y periodista.

A la vera de mi senda, por Emilio Berisso.

El señor Emilio Berisso que formaba parte del grupo que rodeó a Rubén Darío en los días del antiguo Ateneo, ha permanecido durante mucho tiempo en el silencio, que ahora interrum-

pe con este tomo de versos. La elegancia con que aparece ataviado el volumen, rima con la elegancia intrínseca de las composiciones que contiene y que es uno de sus atributos más sobresalientes. El señor Berisso ha cuidado su verso amorosamente, torneándolo con perfección, de modo que surja siempre eufónico y armonioso. Esa contracción de artista presta a su obra el mérito de una realización a menudo impecable. Este *virtuoso* del verso, dotado de una emotividad delicada, escribe poemas de factura escogida, que se singularizan por la gracia del contorno y el sentimentalismo contenido y sin desbordes de mal gusto que ellos encierran. Hay sonetos en el libro admirablemente concluídos y algunas composiciones de metros diversos que acusan un temperamento poético muy selecto por su manera de interpretar ciertos temas.

El señor Berisso es un poeta culto que sabe lo que representa en el cultivo de la poesía el conocimiento amplio del idioma y la severa consagración al arte, en oposición a los que creen que se puede fiar todo a la espontaneidad y cantar tan naturalmente como el zorzal. A ese estudio acendrado del léxico y la sintaxis, debe este poeta el poder expresarse con cumplida propiedad e imprimir a sus frases primorosos giros a veces. Bien que esto no signifique sino un alarde de ingenio y de destreza verbal, los Triolets escritos a la manera de Banville y sobre "Recuerdos del Viejo Ateneo" están ahí probando ese fácil manejo del habla sin el cual no se llega a la selección literaria:

Allí se admira a Rubén,
Pensativo en un diván,
Como al maestro Verlaine.
Allí, se admira a Rubén
Como al gran Verlaine, verle en
La pobreza de *Lelián.*
Allí se admira a Rubén
Pensativo en un diván.

He aquí este otro gracioso juego malabar en que se apura hasta el extremo el "calembour" y que prueba cómo el castellano, a pesar de lo dicho en contra, se presta también en manos expertas, a flexiones que nada tienen que envidiar a las del francés:

"Lunario sentimental"
Es mi gran devocionario,
Al leerlo, sentime en tal
Estado sentimental,
Que nunca sentí mental
Placer, como en el "Lunario".
"Lunario sentimental"
Es mi gran devocionario.

Pero no cometeremos la ligereza de elogiar al señor Berisso principalmente por esos caprichos de buen humor, que son, al fin y al cabo, lo menos significativo del libro en cuanto a poesía se refiere. Lo válido del volúmen está en sus melodías emocionales; en sus composiciones de grave recogimiento sentimental, como este soneto, por ejemplo:

DEL HOGAR

Sentado en su poltrona de caoba
Con los tullidos pies sobre una banca
En un rincón de la desierta alcoba
Está el abuelo de la barba blanca.

La noche viene como hambrienta loba,
En las regias cortinas ya se estanca
La sombra... La luz muere. El viento arroba
Con la canción que de su lira arranca.

El viejo, con los ojos semiabiertos,
Recuerda... Piensa en sus queridos muertos
Y en la edad avanzada que le agobia.

Perduran dos recuerdos familiares:
El perfume de un ramo de azahares
Y la ingenua sonrisa de la novia.

El señor Berisso ha escrito también hermosas traducciones de diferentes poemas célebres con una rara exactitud en la traslación de los conceptos y las imágenes y en la aproximación rítmica. "Los conquistadores" de Heredia, "Beata Beatrice" de Dante Alighieri, "Sueño de una noche de primavera" de D'Annunzio, y sobre todo "El Cuervo" de Poe, han tenido en él un traductor lo menos *traditore* posible...

En suma, este es un libro de exquisita ejecución artística y que expresa y contagia emociones delicadas y nobles. Lleva el libro un comentario previo del señor Guillermo Stock.

Trapalanda (La ciudad encantada), por Sara Montes de Oca. Prólogo y notas por Clemente Onelli.

Este libro fué escrito por la señorita Sara Montes de Oca. En este comentario debemos referirnos, sin embargo, a la señora Sara Montes de Oca de Cárdenas, pues así se llama desde ha poco la interesante escritora. ¿Nos será permitido hacer un voto porque este cambio venturoso sólo redunde en beneficio del arte que ella cultiva tan delicadamente?

Refiérese esta última producción de la estimada poetisa a la ciudad mítica cuyo prestigio de misterio y de encanto, ejerció en las mentes soñadoras y crédulas de los conquistadores tan poderoso influjo, e impulsó a algunos de ellos a realizar expediciones arriesgadas hacia los dominios en que la leyenda situaba la ciudad de los Césares. Entre los que se sintieron atraídos por la fabulosa Trapalanda, la historia ha conservado el nombre del misionero Nicolás Mascardi que con fe inquebrantable persiguió el hallazgo de la ciudad quimérica hasta encontrar la muerte a manos de los indios. No le guiaba el afan de riquezas que fuera el incentivo de los otros exploradores. Sólo ansiaba llevar el consuelo de la fe a los españoles que, según la leyenda, habitaban la utópica región y que él suponía compañeros extraviados que aguardaban auxilios y consuelo. Tal es el héroe que la autora exalta en su poema con generosa inspiración y en versos de una rara belleza cuya entonación épica revela en quien los ha concebido un espíritu templado para sentir y expresar magníficamente las hondas sugestiones de la historia heroica:

Como durmió el imperio del *Paytiti* del Inca,
Como durmió *El Dorado,* de lustre bimundial,
Así durmió la augusta *Trapalanda del Huinca*
En el sopor brumoso del cielo colonial.

La vislumbró el arcaico cacique patagónico...
Era la ciudad maga de clásico esplendor,
Forjada excelsamente con el metal blasónico
De la futura estirpe y el futuro señor.

Era de argento puro, de puro argento egregio;
Era de nuestro argento soñado y ancestral,
Y había en la soberbia visión del mito regio,
Algo como la aurora de una Argentina ideal.

Por sobre su secreto trascendental el Andes
Clavaba sus picachos áridos en lo azul,
Y decían su historia fugaz de cosas grandes
El viento en los *pehuenes*, el cóndor y el *huemul*.

Oyendo, en el murmullo fiel de las araucarias
Y las selvas henchidas de tempestad y sol,
De las expediciones líricas de Hernandarias —
El viejo americano — y Abreu — el español,

Supo de Trapalanda Marcardi el misionero,
El ínclito jesuíta tenaz de Chiloé.
¡Y fué tras sus quimeras el visionario austero
Que en el inmenso engaño puso la inmensa fe!

Todo el poema destinado a celebrar la gloria del noble misionero se desenvuelve en este alto tono de elocuencia lírica y revela, con el apropiado y artístico aprovechamiento de las voces indígenas que la autora ha introducido en sus versos para otorgar a su obra verdadero carácter indianista, revela, decimos, positivo conocimiento y familiaridad en asuntos tan escasamente cultivados, añadiendo el mérito de una erudición acabada al que de suyo representa tan hermosa construcción poética. Don Clemente Onelli ha escrito para esta obra un interesantísimo prólogo y una profusión de notas que aclaran y completan el sentido del texto.

Olímpicas, por Vicente Bove. Prólogo de Manuel Ugarte.

El señor Vicente Bove publica en este libro una serie de sonetos, en su mayoría épicos, que ponen de relieve las predilecciones un tanto revolucionarias del autor. Más que como una obra definitiva, debemos considerar el trabajo a que nos referimos, como un ensayo plausible, cuyo mérito, si no en la forma todavía defectuosa de su realización, reside en la sinceridad y el fervor cívico que lo inspira. Algunas de estas composiciones han sido premiadas en concursos y certámenes.

Don Manuel Ugarte prologa el libro con un elogioso comentario.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

NOTAS Y COMENTARIOS

El A. B. C.

Nos es grato unir nuestro aplauso al unánime que la prensa nacional ha tributado a los cancilleres del Brasil y Chile, doctores Müller y Lira, que han venido a Buenos Aires a sellar con un noble tratado de paz la fraternidad cada día más estrecha entre las tres primeras potencias de la América del Sud. Es ciertamente motivo de alta satisfacción, máxime en este aciago momento histórico, que en América triunfe en su integridad el principio del arbitraje amplio al que estén sometidos todos los pleitos entre las naciones, así los que pueden formularse jurídicamente como los de carácter político. Es este un bello paso hacia el futuro. Vaya nuestro aplauso también para el doctor Murature que ha contribuído a esta obra de fraternidad y de paz.

La segunda comida de "Nosotros".

Sin ninguna pretensión, como la primera, se realizó el 8 del corriente la segunda comida de las que un grupo de colaboradores de NOSOTROS, ha resuelto celebrar mensualmente para estrechar vínculos y tender a resucitar aquel fraternal ambiente literario que un tiempo existió en esta ciudad, pero que parece haber muerto. Concurrieron a esta segunda comida los señores Carlos Octavio Bunge, Alvaro Melián Lafinur, Carlos Muzzio Sáenz Peña, Enrique Banchs, Coriolano Alberini, Joaquín Rubianes, Horacio Villa, Luis Matharán, Jorge Piacentini, Juan Mas y Pi, Francisco Chelía, Eulogio R. de la Fuente, Julio C. Noé, Santiago Baqué, Ernesto Morales, Emilio Ravignani, Arturo Cancela, Eloy Fariña Núñez, J. Fernández de la Puente, Julio Cruz Ghio, Manuel Gálvez, Alfonso de Laferrère, Vicente D. Sierra, J. Cantarell Dart, Hugo de Achával, Evar Méndez, Pedro Zavalla (Pelele), Guillermo Estrella, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

La comida fué dedicada, a proposición de Alfredo Bianchi y con asentimiento general, al doctor Manuel Gálvez por el éxito de su reciente novela *La maestra normal.*

"NOSOTROS".